

LA JEFA

UN THRILLER PSICOLÓGICO

JAMES CAINE

LA JEFA

Un Thriller Psicológico

James Caine

Copyright © 2026 James Caine

Los personajes y los acontecimientos que se describen en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia y no ha sido intencionado por el autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, mediante fotocopia, grabación u otros, sin el permiso expreso y por escrito de la editorial.

CONTENTS

Title Page
Copyright
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo
Prólogo

PRÓLOGO

Un buen jefe no mata a su personal.

Estoy de pie junto al lavabo, observando las manchas rojas en mi traje de chaqueta y la sangre salpicada en mi rostro. Abro el grifo y dejo que el sonido del agua al brotar me hipnotice.

¿Qué acabo de hacer?

Esto ha ido demasiado lejos.

Ha sido una estupidez, lo sé. Sin embargo, no ha sido culpa mía. Cojo una toalla de papel y me limpio la sangre de la frente.

Lo que he hecho lo cambiará todo. No obstante, la cárcel no es una opción.

Me miro en el espejo, con el rostro casi limpio de sangre. ¿Qué aspecto tan patético tengo? ¿Cuánta sensación de miedo transmito?

Esta no soy yo. Soy segura de mí misma, incluso me sobra confianza. Soy una mujer de negocios. Emano poder. La gente que trabaja para mí espera que los lidere como siempre lo he hecho. En la oficina soy algo más que respetada. La gente tiene miedo de estar cerca de mí.

No porque dé miedo, sino porque espero lo mejor de mi personal. Espero lo mejor porque yo doy el máximo esfuerzo, y los demás tienen que demostrarme que harán lo mismo.

Después de todo, esa es la actitud que me ha hecho escalar en la jerarquía corporativa de Lovely Beauty Supplies hasta convertirme en presidenta. Los ejecutivos de Toronto me conocen. Soy una líder entre un grupo de líderes.

Maldita sea, soy Nicole Barrett. Una líder nata. Una jefa a la que la gente no solo puede admirar, sino que aspira a ser como ella. No solo he llegado a la cima de la cadena alimenticia de la élite ejecutiva de Toronto, sino que estoy a la vanguardia.

Yo. Una mujer que vino de la nada. Lo he llegado a ser todo, y a los treinta y un años.

No se llega a donde yo estoy siendo débil o perezosa. He dedicado mi tiempo cada día para ser la mejor, hasta que me convertí precisamente en eso.

Observo a la patética niña del espejo que parece asustada por los actos que acaba de cometer.

Esta persona no muestra confianza, solo miedo. Esta niña parece una pobre criatura asustada que vive en la miseria con su madre, no la presidenta de una importante empresa de belleza comercial.

Odio a la niña que me devuelve la mirada desde el espejo.

Pongo las manos bajo el chorro y encuentro alivio al verlas limpias, mientras observo cómo el rojo se va por el desagüe y respiro profundamente.

Todo cambiará ahora. Vuelvo a mirar el cadáver que mancha el suelo de baldosas detrás de mí.

Esto no ha sido culpa mía.

Ha sido culpa de Alice Walker.

Para empezar, nunca debí haberla contratado.

CAPÍTULO 1

Alice
Tres meses antes.

Estoy sentada en el sofá de nuestro nuevo salón, paralizada por el miedo ante todos los grandes cambios que está dando mi vida.

Sé que debería estar feliz ahora mismo. Estoy consiguiendo todo lo que siempre he querido. En cambio, mis inseguridades se han apoderado por completo de mi cerebro. Estoy atrapada entre las ganas de saltar de alegría y las de hacerme un ovillo y echarme a llorar.

Mañana es mi primer día en Lovely Beauty Supplies, o LBS para abreviar. Soy su nueva directora ejecutiva de ventas.

Aún se me cae la mandíbula al suelo cuando pienso en mi nuevo cargo.

Me costó años acceder a un puesto directivo cuando vivía en la Columbia Británica. Y, de repente, me he cruzado el país y ahora estoy a unos centímetros de ser una alta ejecutiva en una empresa de productos de belleza emergente que tiene un potencial enorme.

El trabajo duro me ha traído hasta aquí. He pagado mi derecho de piso ante mis jefes corporativos. He sacrificado gran parte de mi tiempo y de mi vida para llegar a donde quería estar, y ahora los frutos de mi esfuerzo están dando resultados.

Evan, mi marido, me ha servido de apoyo. No me ha frenado en lo que quería en la vida, aunque a veces puede ser una buena distracción.

Estamos cerca de los treinta. Él quiere ser padre. Cuando nos casamos hace casi dos años, le dije que yo quería lo mismo, y así es, pero no ahora mismo.

En este momento, Alice Walker necesita centrarse en sí misma. Necesito trepar por la escala corporativa tan alto como pueda y, una vez que sea imprescindible, una vez que haya demostrado mi valía, podré centrarme en formar una familia con Evan.

Soy joven y aún tengo tiempo de sobra. Aunque parece que Evan está pasando por su crisis de los cuarenta mucho antes de lo esperado, yo solo tengo veintisiete años. Eso me da mucho margen para llegar a donde necesito estar.

Si le preguntas a Evan, sin embargo, te diría lo contrario. Está obsesionado con mis óvulos y con cuántos años de fertilidad me quedan.

No deja de soltar estadísticas sobre los problemas que tienen los padres mayores cuando forman una familia tarde.

No estoy preocupada. Cuando llegue el momento, seré una buena madre, lo sé. Solo que no puedo empezar cuando estoy en lo más bajo. Quiero que mis hijos se críen en un entorno donde no tengan que preocuparse por el dinero. Quiero asegurarme de poder ofrecerles esos años iniciales de estabilidad.

Básicamente, quiero que no pasen por el infierno que viví yo de pequeña.

Evan, aunque es un marido bueno y comprensivo con su ambiciosa mujer, no ayuda mucho en ese aspecto.

Actualmente no trabaja, y eso no me importa ya que nos acabamos de mudar a Toronto para que yo pudiera empezar mi nuevo empleo.

Aunque tiendo a ser muy exigente conmigo misma, sé que no es razonable que se mude al otro lado del país conmigo y encuentre trabajo de repente.

Lo que sí era razonable, no obstante, era esperar que antes de mudarnos a Toronto tuviera una carrera estable. *Estable* y *carrera* no son palabras que se puedan aplicar a mi marido.

En el mundo laboral, somos casi polos opuestos. Yo soy emprendedora, ambiciosa y haría cualquier cosa, salvo vender a mi hijo no nato, para llegar a donde quiero estar en la vida. Evan es diferente.

Él no aguanta tonterías de sus superiores. Se limita a realizar el trabajo que se le exige y poco más. Se jacta de cómo dejó su último empleo mandando a su jefe a tomar por saco.

A veces noto que le molesta lo exitosa que soy. Nunca le echo en cara que gano más que él. Él lo sabe. Llevamos las finanzas juntos. Ve lo que gano yo en comparación con lo que él aporta, cuando tiene trabajo. No hace falta que le diga lo obvio.

Gano lo suficiente para que no tenga que preocuparse por ello. Sé que gran parte de su frustración en los diversos empleos que ha tenido se debe a que no ha encontrado algo que le apasione.

Desde que era niña, quería ser ejecutiva en una empresa. Imaginaba mi nombre en el exterior de una puerta grande en una oficina elegante, personal trabajando para mí y yo dirigiéndolos.

En un momento de su vida, pensé que Evan tenía eso encaminado. Estaba empezando el Grado en Educación para ser profesor, pero dejó la universidad a los veintipocos. Desde entonces le ha costado encontrar algo que quiera hacer.

Si de verdad quiere formar una familia conmigo, y dado que yo gano más que él, lo más probable es que sea él quien se quede en casa con nuestro futuro bebé más tiempo que yo. Yo tendré que reincorporarme pronto de la baja de maternidad para centrarme de nuevo en mi carrera. Él puede encargarse del grueso de lo que el bebé necesite.

—¿Quieres que sea el amo de casa? —me preguntó Evan una vez en broma.

Evan sube las escaleras desde el sótano; cada peldaño chirría en un tono distinto. Trae cables cortados en la mano.

—Bueno, esto es un desastre —dice—. La instalación eléctrica es propiamente de los años cuarenta. Esto no cumple la normativa, seguro. —Me mira, esperando una respuesta, pero yo solo sonrío.

Ya sabíamos que este sitio necesitaba algo más que un lavado de cara.

Evan encontró una oportunidad increíble, según decía. Una casa antigua anunciada en internet con un precio increíble en una zona buena.

La descripción era idílica, como era de esperar. Decir que una casa es cara en Toronto es quedarse corto. Es la ciudad más cara para vivir en Canadá, incluso del mundo, de hecho.

Siempre habíamos querido una casa propia, y si íbamos a tener un bebé en un futuro cercano, queríamos tenerlo en una casa unifamiliar.

Evan me devuelve la sonrisa. —No te preocupes, yo me encargo —dice con confianza.

Aunque mi marido no tenga confianza en el mundo laboral corriente, desde luego es un manitas. Su padre trabajaba en mantenimiento y enseñó a su hijo muchas cosas distintas, desde instalar suelos hasta electricidad.

Era algo que la familia Walker solía hacer junta. Para cualquier proyecto de la casa que hubiera que hacer, su padre reunía a Evan y al hijo menor, Tommy, y lo hacían juntos.

Cuando conseguí el trabajo en LBS, Evan se alegró de volver a donde se había criado. Estaría cerca de su hermano Tommy de nuevo.

Al padre de Evan le habría encantado trabajar en la reforma de este lugar con él, pero desgraciadamente falleció hace un año. En lugar de que la familia Walker trabajara junta en un proyecto de la casa, ahora solo serían Evan y Tommy.

—¿Cuándo vendrá Tommy a ayudar? —pregunto.

—Dijo que quería venir mañana —dice Evan, metiendo los cables en una bolsa de basura. Ya ha amontonado un montón de escombros de las cosas que ha arrancado. Tommy tiene una camioneta donde pueden cargarlo todo para llevarlo al vertedero—. Dijo que tenía unas últimas cosas que hacer en la escuela antes de que sus vacaciones de verano empezaran de verdad. —Se limpia las manos sucias en los vaqueros.

—Hay que ver qué bien viven los profesores —digo con una risa, e inmediatamente me arrepiento de mis palabras. A veces, Evan puede ser sensible cuando hablamos de que su hermano es profesor. Al fin y al cabo, era el trabajo de sus sueños al que él renunció mientras su hermano triunfaba.

—¿Qué estás mirando? —pregunta Evan, señalando mi móvil con la cabeza.

—La página web de mi nueva empresa. Lovely Beauty Supplies.

—Ya te han contratado —dice Evan con una risita—. No hace falta que te preocupes por el lema de la empresa ahora que las entrevistas han terminado. Tienes el puesto.

Evan no lo entiende. Tu trabajo no termina con la entrevista. Empieza el primer día y el siguiente. Tienes que entender la dinámica de trabajo de la empresa, lo que quieren. Es la única forma de mantenerse arriba o subir aún más en una compañía.

La cultura laboral la puedes aprender una vez que estés en la oficina, pero conocer a tu empresa, al menos su cara pública, es importante. En este momento, sin embargo, estoy leyendo la sección de «Sobre nosotros» y mirando las numerosas caras de los puestos activos y quiénes los ocupan.

A una de ellas la reconocí de inmediato. Fue la que me contrató. Nicole Barrett. Nunca me había entrevistado con la presidenta de una empresa y estaba nerviosa, pero fue sumamente amable, lo que hizo que todo fuera bien.

Lo que lo hizo aún mejor fue la cantidad de preparación que había hecho antes de que empezara la entrevista. Nicole incluso comentó lo bien preparada que estaba.

Sonrío a mi marido. —Necesito refrescar lo que aprendí. Mañana es el primer día, y solo tienes una oportunidad de causar una buena primera impresión.

—Pensé que habías dicho que tu jefa parecía simpática —dice confundido.

—Bueno, lo es, pero no es solo a ella a quien tengo que impresionar, es a todo el mundo.

Evan ladea la cabeza. —Te irá bien.

—Lo sé —digo con confianza—. Por eso me estoy preparando un poco más.

Evan asiente. —Dices que te irá bien, pero estás haciendo eso que haces cuando te estás muriendo de miedo por dentro pero intentas que no se note.

—¿El qué? —pregunto confundida.

—Es el único tic que noto cuando vas de farol. —Se ríe—. Si no fuera porque dilatas las fosas nasales como si intentaras inspirar todo el aire de la habitación a la vez, nunca sospecharía nada.

Me doy cuenta de inmediato de que tiene razón y relajo la cara.

Suspiro y dejo el móvil. Evan se sienta en el sofá a mi lado y me pasa el brazo por los hombros. —Mañana te va a salir todo de maravilla.

Aspiro hondo y apoyo la cabeza en su hombro. —Espero que tengas razón.

—Ya lo verás —dice—. Y si por alguna razón no fuera así, puedes dejarlo. Cualquier otra empresa tendrá la suerte de que mi exitosa esposa la dirija. —Me besa en un lado de la cabeza.

No lo corrijo. No es tan fácil. Si esto no sale bien, estamos totalmente fastidiados. Pero eso no se lo explico. A veces ojalá tuviera su actitud despreocupada.

Evan se saca una mano del bolsillo y un pequeño papel rectangular cae al suelo. Veo la imagen de una campana amarilla y por un momento temo que sea un rasca y gana. Evan solía comprar muchas loterías, y cosas mucho peores, pero prometió que lo había dejado. ¿Y ahora veo un rasca y gana en el suelo?

Él lo recoge y me mira al notar mi cara de enfado. Se ríe. —Es solo un recibo de la ferretería. —Me lo enseña y veo las letras en negrita junto al símbolo de la campana. «Ferretería Bell», reza.

—Te dejo tranquila —dice mientras me besa de nuevo antes de levantarse y volver a bajar, haciendo que los peldaños crujan de forma distinta a como lo hicieron cuando subió.

Suelto aire y me pongo un dedo en el cuello, tomándome el pulso. Suele ser rápido, pero ahora mismo late desbocado. Ralentizo mi respiración e intento calmarme.

Vuelvo a mirar mi móvil y sigo leyendo la web de la empresa, asimilando la información sobre los productos que venden y su marketing.

Mi teléfono empieza a vibrar en mi mano por una llamada de un número desconocido. Acepto la llamada y me lo pongo en el oído. —Diga —digo. Nadie me responde. Miro el móvil y veo que la llamada

sigue activa. Intento saludar de nuevo a quien sea que haya llamado, pero cuelgo cuando nadie responde.

Otra estafa telefónica. Últimamente recibo muchas. Pero esta noche no tengo tiempo para eso.

Necesito absorber toda la información que pueda antes de mañana.

Necesito que mañana salga bien.

Por favor, que salga bien.

Espero que la gente a la que voy a dirigir me aprecie. Espero que no sean desagradables. Espero que mis superiores sean fáciles de tratar.

Me vuelvo a calmar respirando despacio. La presidenta de la compañía, Nicole Barrett, fue tan agradable durante las entrevistas, me recuerdo a mí misma. Si el resto de la empresa es como ella, mañana será increíble. Eso espero.

CAPÍTULO 2

Nicole

¿Cómo ha podido salir todo tan mal, tan rápido?

Yo misma sé la respuesta, por supuesto, pero preferiría no pensar en ello.

Estaba en la cima del mundo, era una líder entre la élite. Un modelo a seguir para las mujeres. He salido en la puta *revista Forbes*.

Pronto no seré nada.

Miro a mi alrededor, a mi hogar. Las comodidades de mi gran apartamento de lujo en el centro de Toronto no significarán nada cuando esté entre rejas. Cuando miraba a todo el mundo desde mi torre, me sentía en la cima del mundo.

Suspiro. Lo que daría por tener a alguien en quien apoyarme en este momento. Alguien que pudiera calmarme y decirme que todo irá bien.

Pero no tengo a nadie. Estoy completamente sola.

He estado tan centrada en el trabajo que mis amigos de verdad me abandonaron hace mucho tiempo. A los colegas que ascendieron conmigo como ejecutivos me los cargué hace mucho. Al fin y al cabo, eran la competencia. Tenía que adelantarme a ellos.

Sin marido. Sin hijos. Sin tiempo para ninguna de esas cosas.

Hago girar un caro cabernet sauvignon en mi copa, oliéndolo antes de dar otro sorbo. Sigo pensando en todas las decisiones vitales que me han traído hasta donde estoy ahora.

Si mi vida fuera una película, estaría tan condenada como el *Titanic*. Frunzo el ceño mientras doy otro sorbo, golpeando el borde de la copa con mis largas uñas.

Relleno la copa hasta el borde, casi terminando la botella.

Salgo al balcón y me quedo mirando las luces que brillan en la oscuridad. Antes me apasionaban las vistas. Me apasionaba mi apartamento, mi vida.

Me inclino sobre la barandilla y miro directamente hacia abajo. Me pregunto qué pasaría si soltara la copa y la dejara caer, alcanzando quizás a alguna de las motitas de gente que camina por debajo. Me río y doy un largo sorbo.

Renunciaría a este estilo de vida en un abrir y cerrar de ojos si supiera lo que me espera.

Claro que solo lo veo ahora que me enfrento a una posible pena de cárcel.

Oh, Dios, ¿qué he hecho?

Me quedo mirando la luna llena, disfrutando un momento de su belleza antes de gritar a la oscuridad. Con el ruido del tráfico de abajo y de la gran metrópolis, nadie me oirá de todas formas, aparte de la pareja de ancianos que vive en el único apartamento que hay en mi planta y los pocos vecinos que hay debajo de mí.

Podría gritar hasta que me estallara la cabeza y a nadie le importaría. Miro hacia abajo desde mi balcón.

A nadie le importaría tampoco si saltara.

El pensamiento me asusta y retrocedo hasta entrar en mi dormitorio. Cierro de un portazo la puerta del balcón y doy otro largo sorbo.

Miro el apartamento. Las caras obras de arte, los muebles, la chimenea. Todo lo que poseo es de lo mejor.

Daría lo que fuera por dejarlo ahora si pudiera.

Todo lo que deseaba durante los últimos quince años era llegar a donde estoy hoy, y ahora desearía no estar aquí. Desearía no ser quien soy. Demonios, a veces desearía no estar viva, por muy triste que sea pensarlo.

Recorro el pasillo y paso por delante de mi cámara de seguridad que apunta a la puerta principal. Hace varios años, un atracador armado consiguió entrar en el edificio y causó problemas a los ricos inquilinos que viven aquí. Después de aquello, decidí instalar mi propio sistema.

Me tranquiliza saber que estoy a salvo si es necesario.

Entro en una habitación más pequeña desde la que trabajo a veces cuando no me encuentro bien y me quedo en casa, lo cual sucede rara vez. Aquí guardo todos mis premios, artículos de prensa colgados y cualquier otra cosa que me alabe.

Primero miro la *revista Forbes*. —Las mejores ejecutivas del año — reza el artículo. En la portada estoy yo. Doy un largo trago de vino, entornando los ojos, sin reconocer a la mujer segura de sí misma que me devuelve la mirada.

Me siento a mi escritorio. Encima hay una única foto de cuando era niña. Fue cuando pasé el verano con mi tía en su granja. Mi madre pensó que me haría gracia vivir entre ovejas y cerdos. Pensó que me molestaría, pero me encantó.

Miro a mi yo más joven, con mi largo pelo rubio recogido en las coletas que mi tía Thelma me enseñó a hacerme. Sonrío de oreja a oreja dentro del establo con un cerdo enorme al lado. Me río al recordar su nombre. La cerda Gertie.

Mi sonrisa se desvanece al pensar cómo estará hoy la tía Thelma. Se mudó a una residencia hace poco. Me ha nombrado albacea de su testamento para cuando fallezca, lo que lamentablemente podría ser pronto. Tendré que decidir qué hacer con la casa destartalada de la tía Thelma y el viejo granero azul.

Tal vez me lo quede solo por nostalgia.

Me pregunto si la tía Thelma está satisfecha con su vida. Ella tampoco tiene hijos ni marido. Solo tenía su granja y, sin embargo, parecía llevar una vida mucho más feliz de la que yo jamás podría tener.

Miro de nuevo la vieja foto. Lo que daría por ser esa niña y empezar de cero.

Tomaría decisiones diferentes, mejores. Decisiones que no me habrían traído hasta donde estoy hoy.

Tal vez me habría casado. Habría tenido hijos. Tendría una vida *sencilla*. Sería una de esas motitas de gente a las que siempre miro desde mi balcón.

Estuve enamorada hace mucho tiempo. El recuerdo de él me altera, así que doy otro sorbo de vino y dejo la copa en el escritorio; por una vez esta noche, suelto el alcohol.

Abro un cajón y saco unos papeles que me traje ayer del trabajo.

Mañana empieza una nueva empleada en Lovely Beauty Supplies. Una mujer joven a la que busqué personalmente.

Su perfil de LinkedIn no estaba mal. Tenía mucha experiencia en gestión y liderazgo.

Además, está casada y no tiene hijos. Su marido está desempleado la mayor parte del tiempo. Ella nació y creció en Vancouver. Estoy segura de que el traslado a Toronto, lejos de sus amigos y familiares, será duro.

El marido, sin embargo, tiene a su familia viviendo en Ontario.

Han comprado una casa en una zona agradable, a pesar de lo espantosa que es. Una auténtica reforma integral. Era un lugar que hacía que la granja de mi tía pareciera tan lujosa como mi apartamento.

A Alice le gusta el café solo, sin nada. Hay quien dice que eso es síntoma de ser un psicópata, pero no estoy de acuerdo, ya que así es como lo tomo yo.

Conozco sus direcciones de los últimos diez años, también las de su marido.

Sé muchas cosas de Alice Walker, y la mayoría no las aprendí en nuestra entrevista virtual. Contraté a una buena empresa con la que ya he tratado antes. Su investigador principal hace un trabajo fantástico. Al leer sus informes, sentía que conocía a Alice Walker personalmente en lugar de estar leyendo palabras en un trozo de papel.

Cojo mi copa de vino y sonrío antes de dar un largo trago. Me termino la copa y me pregunto si debería abrir otra botella.

Pero es noche de trabajo. Normalmente me limito a dos copas por noche, no a dos botellas.

Miro las fotos robadas que el investigador hizo de Alice Walker. Me tomo mi tiempo mirando las que le hizo a su marido, Evan.

Gracias al informe del investigador, a él también lo conozco bien.

Alice está a punto de empezar su nuevo cargo ejecutivo en LBS. Probablemente esté nerviosa ahora mismo, en su fea casa, con su guapo marido, ansiosa por que llegue mañana. Yo lo estaría. Es la

oportunidad de su vida. Si lo hace bien, trepará por la escala corporativa y se labrará un nombre.

Incluso podría ser la próxima... bueno, la próxima yo.

Vuelvo a reírme ante lo absurdo de la situación.

Si no hubiera sido porque encontré su perfil, se habría quedado en Vancouver. Estoy segura de que le habría ido bien, pero mi empresa podría encumbrarla de verdad.

Lástima para ella que no será así.

Su primer día de trabajo mañana es el primer día del fin de sus sueños.

Camino por el pasillo, saludando como una niña tonta a mi cámara de seguridad al pasar.

Si mi vida es el *Titanic* y me voy a pique, más vale que me lleve a otros cuantos conmigo.

Me detengo ante mi botellero y cojo la botella más cara. Descorcho con agresividad y bebo directamente de la botella.

CAPÍTULO 3

Alice

Estoy sentada en mi coche, apretando el volante. El aparcamiento a mi alrededor es un hervidero de actividad. Gente vestida de etiqueta empresarial camina con determinación hacia donde tiene que ir. En lugar de unirme a ellos, me siento congelada en el tiempo, pensando en los errores que he cometido.

Este nuevo trabajo tiene que salir bien. Ni siquiera puedo pensar en qué pasará si no es así. No solo nos hemos mudado al otro lado del país por este puesto, sino que hemos comprado una casa carísima en Toronto, uno de los mercados inmobiliarios más inflados del mundo.

Me quedo mirando el edificio alto que se alza a unas manzanas de distancia.

¿Por qué he añadido tanta presión a mi vida? Deberíamos haber esperado a comprar una casa hasta que me sintiera segura en mi nuevo empleo.

Exhalo despacio, intentando calmar mi pulso acelerado. Todo irá bien, me recuerdo. Si este trabajo no funciona, habrá otros. Puedo encontrar un buen puesto en otro lugar. Claro, puede que no paguen tan bien, pero estaremos bien.

Evan puede encontrar trabajo y volver a contribuir.

Suelto el aire con rapidez, mi pulso se dispara de nuevo. Evan no ha mantenido un trabajo en años. Es algo por lo que hemos discutido en alguna ocasión.

Nunca he entendido la actitud de mi marido hacia el trabajo. Yo dedico incontables horas a intentar superarme en mi puesto, mientras Evan simplemente se deja llevar, sin preocupaciones.

Me digo a mí misma que solo necesita encontrar algo que le guste, y que ojalá eso ocurra pronto. Si mi trabajo en LBS sale mal, necesitaré que haga algo más que renovar la casa para poder seguir pagándola.

Volver a Vancouver tampoco es lo que quiero. Ya no hay nada allí para mí. Mi madre falleció de cáncer hace varios años, y mi padre en los últimos nueve meses. Me sorprendió la poca emoción que sentí cuando finalmente murió. El alzhéimer es una enfermedad terrible que puede convertir a las mejores personas en las peores.

Mi padre, David Androise, era cualquier cosa menos bueno, así que el alzhéimer lo volvió insoportable. Por mucho que me avergüence admitirlo, fui más feliz cuando la enfermedad finalmente logró llevárselo.

Con mis padres fallecidos, pienso en lo que ocurre después de que la vida termina. Me gustaría imaginar que hay un cielo, y si es así, supongo que nuestros seres queridos nos observan desde arriba.

Me gusta pensar que mi madre lo hace.

Si los que han partido pudieran ver a sus seres queridos, mi padre seguiría más interesado en ver un partido de fútbol americano desde el cielo.

Niña tonta.

Cerca del final de su vida, así es como me llamaba. Me estremezco al pensar en sus palabras mientras estoy sentada en el coche.

Cuando estaba lúcido, hablábamos con civismo. Cuando no lo estaba, a menudo pensaba que yo era mamá y preguntaba dónde estaba su estúpida hija.

Era un apelativo que usaba conmigo cuando estaba enfadado de niña. Cuando hacía algo malo, como suelen hacer los niños, me llamaba estúpida y me ladraba, dándome un susto de muerte.

Una vez, cuando tenía ocho años, lancé una muñeca Barbie al aire y golpeó su vaso de whisky, haciendo que se rompiera contra el suelo. Mamá limpió el desastre inmediatamente, y yo ayudé, temiendo lo que mi padre haría.

—Niña estúpida —gritó, cerniéndose sobre mí mientras limpiábamos—. Dijo que no tenía respeto por el dinero, y que algún día aprendería lo que costaba un céntimo.

Para ser un hombre que apostaba a menudo y se gastaba en tabaco y alcohol sus ingresos disponibles, tenía mucha cara.

Me quedo en el coche, mirando hacia la torre alta donde estoy a punto de comenzar mi primer día de trabajo. Superar mi miedo se siente como algo inimaginable.

Exhalo. Haz lo que haces siempre. Trabaja duro. Cumple tus promesas. Trabaja más duro aún. Al final, se darán cuenta de lo que vales.

La presidenta de la empresa me contrató directamente. Fue tan agradable en nuestra entrevista. Tenía una disposición cariñosa. Un aura tranquilizadora. Parecía una persona maravillosa en cámara. Era difícil imaginar que hoy pudiera salir algo mal.

Busqué en Google a mi jefa, Nicole Barrett. Había salido en la portada de *Forbes*. Es lo que cualquier mujer de negocios querría ser algún día. Una verdadera inspiración de lo que alguien puede lograr si trabaja con suficiente empeño.

Si me va bien con ella en esta empresa, ¿quién dice que algún día no podría estar yo misma en la portada de una revista? Siempre he sido una perfeccionista.

Podría ser la presidenta de una empresa algún día.

También oigo la voz de mi padre, cerniéndose sobre mí mientras yo limpiaba el whisky que había derramado.

Niña. Estúpida.

¿Quién me creía que era, intentando ser algo que no era?

Vuelvo a exhalar despacio.

Mi peor miedo en la vida es acabar siendo como mis padres. Odiaría ser una persona arruinada y llena de rabia como mi padre, descargando mis frustraciones con mis hijos. Aunque quería a mi madre, odiaría ser como ella aún más por permitirse aguantar a un hombre como mi padre.

Éramos pobres de solemnidad cuando crecí. Pase lo que pase, nunca me permitiré tener una familia si no puedo mantenerla. No haré pasar a un niño por lo que yo pasé durante mi infancia.

Vuelvo a mirar hacia la torre alta. He llegado una hora antes, pero llevo treinta minutos sentada en el coche en el aparcamiento.

El primer paso es abrir la puerta del coche, y aun así sigo sintiéndome congelada. Cojo mi teléfono móvil y llamo a Evan.

Por suerte, responde de inmediato. —Hola, cielo. —Su voz es tan calmada y reconfortante. Casi puedo notar que está sonriendo mientras me habla. Puedo imaginar su rostro atractivo. Ya empiezo a sentir que mi pulso se ralentiza—. ¿Ya te has instalado en tu nueva oficina? ¿Qué te parece?

—Todavía no —digo y hago una pausa.

—¡Hola, Alice! —oigo gritar a Tommy, el hermano de Evan.

Evan le hace saber que le he devuelto el saludo. —Sí, Tommy acaba de llegar —dice—. Hoy nos toca la fase de demolición.

—¿Demolición? —repito.

—Sí, es la fase divertida en la que básicamente destruimos todo lo que queremos quitar de la casa para poder empezar de cero.

—¡Es lo mejor! —grita Tommy de fondo—. ¡Nos pasamos el día rompiendo mierda!

Evan se ríe. —Sí, así que puede que solo sean las ocho de la mañana, pero ya nos hemos tomado unas cuantas cervezas. Es agradable estar de vuelta en Ontario. Me alegro de que hayamos vuelto.

Sé que no lo dirá, pero estoy segura de que Evan también está echando de menos a su padre ahora mismo. Puedo imaginarlos a los tres tomando una cerveza y derribando las paredes de nuestra casa juntos con herramientas, martillos o cualquier medio de destrucción que tengan en mente hoy.

—Me alegra que seas feliz —le digo.

—¿Y qué tal el trabajo?

Respiro hondo. —Sigo en el aparcamiento. Estoy un poco atacada.

Él se ríe. No es de forma despectiva. Ya me ha escuchado antes en mis momentos bajos. Que me asusten mis inseguridades no es nada nuevo.

—Estarás bien —dice para tranquilizarme—. En seis meses ya tenías a tu último jefe comiendo de tu mano. Aquí lo harás aún

mejor.

—Eso era una pequeña empresa de fabricación de plásticos. Es como una tienda de barrio comparada con Lovely Beauty Supplies. Estos tipos juegan en las grandes ligas.

—Cariño, te vas a merendar a esos ejecutivos si no se portan bien contigo. No tienes nada de qué preocuparte. Estás perfectamente cualificada para este puesto. Lo harás fantástico. Y... en el peor de los casos, buscas otro. Que les den.

Odiaría decirle lo difícil que podría ser eso, así que no me molesto en explicárselo ahora. Me encantaría ver la vida de forma tan sencilla como él. Es algo que yo no puedo hacer. Yo veo el panorama completo. Si no funciona aquí, ¿cómo voy a conseguir otro puesto ejecutivo en otro sitio? Si tengo un hueco en mi currículum, eso generará preguntas en futuras entrevistas. Encontrar un buen puesto de gestión en Toronto no es tan fácil como a mi marido le gusta pensar. Como nunca ha trabajado para una empresa más de unos pocos años, no lo entiende.

—Además —continúa Evan—, dijiste que tu jefa era muy amable.

—Nicole —digo—. Sí, parecía estupenda.

—Entonces —dice con entusiasmo—, ¿por qué estás tan preocupada? Se te da muy bien juzgar a la gente. Al fin y al cabo, te casaste conmigo. —Tommy se ríe con fuerza de fondo mientras se oye un fuerte estruendo. Solo puedo imaginar que está rompiendo algo con una herramienta pesada en este momento, y me preocupa si estos hombres saben lo que están haciendo—. ¡Cállate! —le grita Evan a su hermano—. Lo que quiero decir es que ya sabes que tienes una jefa medianamente decente. Eso es la mitad de la batalla. Estoy seguro de que tus nuevos compañeros también estarán bien. Ahora, hazme un favor.

Espera a que pregunte. —¿Qué favor? —digo.

—Cuelga el teléfono —dice— y abre la puerta del coche. Vete a trabajar, y te quiero.

Sonrío. —Yo también te quiero. Diviértete destrozando la casa.

—Oh, lo haremos.

Termino la llamada y, tal como me ha pedido, abro la puerta del coche. La expresión de miedo de mi rostro desaparece de repente

cuando me pongo la máscara de ejecutiva. Es casi como si fuera una actriz mirándose al espejo, entrando en el personaje. Me estiro los pantalones del traje antes de coger mi maletín.

Miro hacia la intimidante torre a unas manzanas de distancia, ocultando mi temor. Pago el aparcamiento antes de salir del lote y cruzo la calle a toda prisa con los otros hombres y mujeres de negocios. Me convierto en uno de ellos mientras camino con determinación hacia la alta torre frente a mí.

Cuando entro, miro rápidamente el directorio del edificio. Ya sé que la oficina principal de LBS está en la planta treinta, pero lo compruebo de todos modos. Saber a dónde voy tiene una forma de calmarme.

Varios empresarios se bajan en sus respectivos pisos uno a uno, hasta que llega mi turno. Respiro hondo, ocultando mis preocupaciones, mientras doy el primer paso en la planta de mi nuevo trabajo. El gran letrero en la pared dice: «Lovely Beauty Supplies. Tenga un día hermoso».

Camino por el pasillo mientras varios hombres pasan en la otra dirección. No se fijan en mí, pero yo asiento y les doy los buenos días. Uno de los hombres me devuelve una pequeña sonrisa mientras el otro me ignora.

Al final del estrecho pasillo, el espacio se abre a una gran área llena de semicubículos con gente ocupada hablando por teléfono en su interior. La oficina bulle con representantes de atención al cliente hablando con la gente. Grandes despachos con paredes de cristal rodean los bordes exteriores del área de cubículos, todos con ventanas panorámicas orientadas al centro de Toronto.

Es casi abrumador. Nunca he trabajado en una torre de negocios tan alta como esta. El último edificio donde trabajé solo tenía tres plantas.

—¿Puedo ayudarla, señora? —pregunta una voz amable. Me doy la vuelta y una recepcionista tras un gran escritorio me sonríe radiante. Es una mujer menuda, con el maquillaje perfectamente aplicado, lo cual tiene sentido para una joven que trabaja para una empresa líder en productos de belleza. No está recargado y parece natural, resaltando su aspecto juvenil y sus brillantes ojos azules. Su

larga melena rubia arroja un suave resplandor que complementa su cutis.

—Sí, hola —digo, devolviéndole la sonrisa—. Soy Alice Walker, la nueva...

—Sí, la nueva ejecutiva de ventas. Bienvenida a Lovely Beauty Supplies. Nicole me dijo que la esperara. Me pidió que fuera a su despacho en cuanto llegara.

Miro alrededor de la zona de oficinas y las muchas caras que hay en la sala. —Lo siento, ¿cuál es su despacho?

—El despacho de la Sra. Barrett es el más grande, al noreste del edificio.

Vuelvo a mirar alrededor de la sala, sintiéndome completamente estúpida. —Perdón, ¿hacia qué dirección queda eso?

La recepcionista se levanta y señala detrás de mí. —No hay problema, Sra. Walker. El despacho de la Sra. Barrett es ese de allí. —Me giro y veo su oficina. De alguna manera me las había arreglado para no ver el despacho obviamente enorme que tengo justo detrás.

—Gracias y, por favor, llámame Alice —digo—. No soy muy de formalidades. ¿Y tu nombre era...?

—Gracias, Alice —dice ella—. Soy Leigh Olson, la asistente ejecutiva de Nicole. Le comunicaré a la Sra. Barrett que ya estás aquí.

Agradezco de nuevo a Leigh antes de dirigirme hacia el despacho.

—Que tengas una mañana hermosa —dice Leigh. Me vuelvo hacia ella, sorprendida, y me dedica una sonrisa forzada. —Me obligan a decir eso —susurra con una mueca—. Pero, sinceramente, que tengas un gran primer día.

Le doy las gracias otra vez y me encamino hacia el despacho de Nicole Barrett. Puedo ver el interior desde fuera a medida que me acerco. De hecho, aquí se puede ver el interior del despacho de todo el mundo. Nadie tiene privacidad. En cualquier momento, tus compañeros pueden ver lo que estás haciendo, o lo que no estás haciendo, mientras trabajas. El pensamiento resulta intimidante, pero intento no pensar en ello.

Nicole se ve tan guapa como en la reunión virtual. Una figura esbelta con el pelo rubio, largo y liso. Una sonrisa incisiva.

Está hablando con una mujer mayor de pelo rojo. La otra mujer tiene la cabeza inclinada hacia el suelo. Nicole se inclina sobre el escritorio y le da una palmadita en la mano a la mujer. Parece un gesto entrañable, hasta que veo que la mujer mayor se levanta rápidamente y corre hacia la puerta.

La otra mujer casi sale disparada del despacho, con los ojos llorosos y sorbiéndose los mocos. Pasa rápido a mi lado, casi tirándome al suelo. Junto a Leigh, la recepcionista, han aparecido por arte de magia dos guardias de seguridad.

La mujer mayor de pelo rojo se detiene y uno de ellos le pide que, por favor, no monte una escena. Ella responde a gritos: —¡Soy vicepresidenta de esta empresa! ¡No podéis echarme a la calle así como así!

—No monte una escena —repite el guardia. Le toca el brazo con suavidad y la mujer se zafa de él, marchándose furiosa por el pasillo, mientras el sonido de sus sollozos se apaga al final del estrecho corredor.

La ajetreada oficina parece detenerse de repente mientras todos observan. Es como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa mientras todos veían a la mujer marcharse. Incluso la recepcionista parece sobresaltada cuando me vuelve a mirar y me dedica una sonrisa forzada.

En la parte inferior de su escritorio, unas letras grandes rezan: «Tenga un día hermoso».

—Tú debes de ser Alice —dice una voz fuerte detrás de mí. Me giro y Nicole Barrett me está sonriendo. La sonrisa es casi idéntica a la que le dedicó a la mujer que acaba de ser despedida. Alguien debe de haber pulsado el botón de reproducción de nuevo, ya que la oficina vuelve a estar ajetreada ahora que Nicole está fuera de su despacho.

La miro, intentando ocultar mi miedo por lo que acabo de presenciar. Me apresuro a tenderle la mano. —Alice Walker. Encantada de conocerte en persona.

Nicole Barrett me sonríe. —Por favor, pasa a mi despacho.

CAPÍTULO 4

Nicole se sienta cómodamente tras su escritorio y yo me siento enfrente, intentando igualar su confianza al devolverle la mirada, pero la imagen de la mujer llorando y saliendo de la oficina hecha una furia con los de seguridad a su lado es difícil de ignorar.

Me sorprende lo joven que parece Nicole en persona también, y me pregunto si usará sus propios productos de belleza. Tiene el pelo largo y rubio y los ojos azul claro, igual que la recepcionista. Leigh casi podría ser su hermana mucho más joven, salvo que su aura era mucho más acogedora. No estoy segura de cómo me siento al estar cerca de Nicole.

Mi nueva jefa sigue sonriéndome. Debo de estar retorciéndome en la silla. Empieza a resultar incómodo porque sé que una de las dos debería decir algo, pero sigo en estado de choque.

Finalmente reúno el valor para encontrar las palabras. —Gracias por...—

Nicole me interrumpe, hablando por encima de mí con seguridad. —Siento mucho, Alice, que hayas tenido que presenciar eso. No era mi intención que lo vieras. Por desgracia, nuestra vicepresidenta no ha dado la talla desde hace tiempo. Aquí, en LBS, nos gusta dar a los empleados todo el apoyo posible, pero si no cumplen con su parte de lo esperado, al final tenemos que poner fin a nuestra relación. Sentimos que es mutuamente beneficioso para nosotros si algo no está funcionando—. Hace una pausa.

—Sí, lo entiendo. Debe de haber sido difícil para ambas—, digo, manteniendo un tono profesional. Despedir a gente no es algo que haya disfrutado cuando me ha tocado hacerlo. Incluso cuando me sentía completamente justificada en mi decisión de rescindir el

contrato de alguien, odiaba ver su cara al decírselo. Era la naturaleza humana.

—No realmente—, dice Nicole, manteniendo su sonrisa. —Ella sabía que esto iba a pasar, y ya era hora de que se fuera—. Espera a que yo responda, pero me quedo mirándola sin saber qué decir. —Y bien, ¿cómo te estás instalando en Toronto? Viniendo de Vancouver, que es una ciudad grande, esto no te intimidará demasiado.

—Me encanta estar aquí, gracias. Tus oficinas son, desde luego, algo fuera de lo común. Estoy increíblemente agradecida por la oportunidad de trabajar con Lovely Beauty Supplies. De nuevo, gracias no solo por contratarme, sino por creer en el trabajo que puedo aportar a esta empresa—. Le devuelvo la sonrisa con confianza.

Eso ha estado bien, pienso. Nada arrogante. Segura de lo que he dicho, pero reconociendo que no solo yo me beneficiaré de trabajar con ellos, sino que ellos se beneficiarán de mi trabajo. Una respuesta muy bien elaborada.

—Bien—, dice Nicole secamente. —En fin, creo que en nuestra última correspondencia mencionaste que estabas teniendo problemas para encontrar un piso de alquiler. ¿Te has instalado ya bien?

—Sí, gracias—, digo, un poco desconcertada por su respuesta. Siento casi como si el enorme despacho se fuera haciendo más pequeño a cada momento. —Vivimos en la zona de West Hill. Es agradable. De hecho, también hemos comprado una casa allí. Aunque necesita bastantes reformas.

Demasiada información. Espero a que Nicole me dedique una mirada incómoda o una respuesta rápida. En lugar de eso, sonríe. —Vaya, qué bien. Yo vivía en esa zona cuando me mudé a Toronto. El mundo es un pañuelo—. Nicole se ríe. —¿Y tu marido es un hombre mañoso? Espero que sí con vuestra nueva casa; parece que tiene faena.

—Se defiende—, me río. —Él y su hermano están demoliendo las partes que queremos renovar. Con suerte, esta noche al llegar no me encontraré la casa partida por la mitad.

—¿Tenéis hijos?

—No, no tenemos. A Evan le encantaría tener uno pronto, pero yo estoy muy centrada en mi carrera—. Me sorprendo a mí misma pensando en lo que Nicole debe de estar pensando. Contrata a una mujer nueva y esta ya está hablando de una baja por maternidad no muy lejana. Es lo último que querría. —Me quedan muchos años de fertilidad por delante—, digo con una risa. —Ahora mismo, estoy centrada en mi trabajo.

—Me alegra oír eso—, dice. —¿Tú y tu marido sois... felices?

Esa es una pregunta extraña. Nunca antes un superior o incluso un compañero me había preguntado algo así.

—Eh, sí, mucho. Es un buen hombre.

—Y... muy mañoso. Todo cosas buenas. Me alegro mucho por ti.

—Gracias, Sra. Barrett.

—Nicole, por favor. Llámame Nicole.

Sonrío. —Gracias.

—También me alegra que ahora formes parte de LBS.

Me remuevo un poco en el asiento cuando lo dice. Es algo sobre lo que me he preguntado durante un tiempo, incluso antes de nuestra primera entrevista.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Nicole?

—Por supuesto—, dice, devolviéndome su sonrisa de confianza e inclinándose con toda su atención.

—¿Por qué contactaste conmigo? Me buscaste específicamente para la entrevista que tuvimos.

—Mi asistente ejecutiva, Leigh, creo que la has conocido al entrar. Le pedí que me buscara algunos candidatos adecuados para el puesto. Quería encontrar específicamente a alguien de fuera de la ciudad. Sangre nueva, supongo. He trabajado con muchos de los directivos de ventas de aquí. Quería trabajar con alguien fresco, nuevo. Por desgracia, hemos estado pasando por dificultades en LBS. Vi el trabajo que hiciste con tu anterior empleador. Tu estancia allí coincidió con su aumento en las ventas. Sabía que Leigh había hecho un gran trabajo al encontrarte. Leigh solo está trabajando temporalmente en la recepción. Lamentablemente, nuestra otra recepcionista está de baja por maternidad y estamos en proceso de contratación. Me alegra que hayas mencionado que tampoco tienes

intención de dejarme pronto. También me encantan los seres humanos pequeñitos, pero ahora mismo necesito mantener a mis mejores ejecutivos a mi lado.

Nicole se levanta bruscamente y yo hago lo mismo rápidamente. —Bueno, creo que es hora de que hagamos un pequeño recorrido—. Nicole empieza llevándome de vuelta con Leigh e introduciéndonos de forma más oficial esta vez.

Leigh me da la bienvenida de nuevo y yo le devuelvo la sonrisa. Parece una mujer agradable. Organizada. Al parecer, ella fue parte del motivo por el que me contrataron, así que ahora me cae aún mejor.

Nicole me acompaña por la zona de los cubículos y me presenta a varios supervisores de distintos departamentos. Me tomo mi tiempo para saludar a cada uno e intento por todos los medios anotar mentalmente algo único en su aspecto para tratar de asociarlo a su nombre. Es un truco que aprendí para recordar a la gente.

Recordar los nombres de las personas es muy importante, sobre todo si ocupas un cargo directivo. Estos supervisores y la gente que trabaja a su cargo tendrán que aprender a confiar en mí, y establecer una buena relación desde el principio puede ser fundamental. Hacerles saber que recordaste su nombre después de conocer a un edificio lleno de gente puede iniciar esa conexión de la manera adecuada.

También me impresiona lo bien que conoce Nicole a su personal. Debe de haber hecho los mismos cursos de liderazgo que yo, o tal vez serlo sea algo natural en ella. He trabajado para empresas donde los de arriba no tenían ni idea de quiénes eran los subordinados. Nicole no solo se sabía de memoria el nombre de todos los supervisores, sino incluso los de los representantes de atención al cliente. Todo el mundo la saludaba con afecto y ella hacía lo mismo.

Incluso el hecho de que fuera la propia Nicole quien me enseñara las instalaciones fue algo que me asombró. Podría haber hecho que Leigh se encargara fácilmente, pero quiso formar parte del proceso de incorporación. Ya sentía que se estaba forjando un fuerte vínculo

con Nicole, a pesar de lo ocurrido con el despido de la vicepresidenta el mismo día de mi llegada a la oficina.

Nicole continúa enseñándome la sala de descanso y, lo que es más impresionante, un patio al aire libre. Me siento un poco mareada cuando miro hacia abajo desde el raíl. Nicole bromea sobre no salir fuera un día de viento. Siempre he tenido miedo a las alturas y probablemente no saldré por aquí pronto.

Por último, Nicole se detiene frente a un despacho grande y vacío. A diferencia de los muchos otros que rodean la zona de cubículos, este no tiene a nadie sentado dentro. Después del despacho de Nicole, parece ser el segundo más grande de aquí.

—Y —dijo Nicole con una cálida sonrisa—, por último, pero no por ello menos importante, tu despacho—. Abre la puerta de cristal y me hace un gesto para que entre.

Entro despacio y casi se me cae la mandíbula al suelo.

¿Este es mi despacho ahora? ¿Cómo he conseguido esto? ¿Soy siquiera lo bastante buena para merecer un despacho así?

Por un momento siento que mis inseguridades empiezan a agitarse en mi interior, sintiéndome inferior a esta sala en la que trabajaré cada día. Crecí en una casa de una sola habitación, sin espacio propio. Dormía en el sofá del salón.

Ahora, como adulta, me encuentro a treinta pisos de altura en una torre, como ejecutiva de una empresa líder en productos de belleza. Y este es mi despacho.

Miro a mi alrededor, a través de las paredes de cristal, y observo a todo el personal trabajando duro en sus cubículos. Igual que cuando era niña, sigo sin tener privacidad exactamente, pero lo he conseguido. Es un sueño hecho realidad.

—¿Es de tu agrado?— pregunta Nicole.

Siento que se me saltan las lágrimas y no quiero que la presidenta de la empresa vea lo emotivo que es este momento para mí. Me seco los ojos con aire natural.

—Es precioso, muchas gracias, y también por el recorrido—. Cuando estoy segura de que mis ojos están más secos, me vuelvo hacia ella. —Realmente estoy teniendo un día precioso—. Casi me río de mi juego de palabras con el lema de la empresa.

Nicole esboza una leve sonrisa. —Bueno, este era en realidad el despacho de la vicepresidenta. Era la mujer a la que hemos dejado marchar hoy. Este despacho será para el futuro vicepresidente, pero como ahora mismo nos falta espacio de oficina, he pensado que sería estupendo que tuvieras este sitio. O, quién sabe, a lo mejor este podría ser tu despacho permanente algún día—. Vuelve a sonreír y me da unas palmaditas en la mano. —Me alegro de que estés aquí, Alice. Bienvenida al equipo.

Le doy las gracias de nuevo antes de que se marche. Mientras Nicole sale por la puerta de cristal, su expresión se desvanece rápidamente, sustituida por algo parecido a un ceño fruncido.

Por un momento, resulta inquietante. Sin embargo, algunas de las personas más increíbles con las que he trabajado tienen esa misma cara. Sé que tienen mucho en la cabeza. A veces me pregunto si yo hago lo mismo. Todos estos ejecutivos tienen tantas cosas en mente cada día.

Nicole Barrett es igual, por supuesto, pero mucho más. Presidenta de una gran compañía, y hoy ha tenido que despedir a su vicepresidenta. Ese puesto no será fácil de reemplazar.

Debe de tener hoy en mente muchas más cosas de lo habitual. Una nueva contratación y un despido de alto nivel.

Dejo que sus palabras calen por un momento. Ha bromeado con que este fuera mi despacho permanente. Bueno, debió de ser una broma, ¿verdad? No podía decirlo en serio.

No debe de estar muy impresionada con los otros ejecutivos de aquí si yo estoy remotamente en consideración. Eso significa que, si le dedico tiempo y trabajo duro, existe la posibilidad de que consiga el puesto.

El primer día está yendo incluso mejor de lo que esperaba. Dejo mi maletín sobre mi larga mesa de madera y me quedo mirando por los amplios ventanales a la ciudad de Toronto.

Vuelvo a sonreír, pensando que debo de estar viviendo la vida de otra persona.

Si mi madre pudiera ver a su niña ahora... Aparte de quedarse con mi padre, mi madre era inteligente. Podría haber llegado a ser algo en este mundo. En cambio, dejó que mi padre pusiera límites a

lo lejos que podía llegar, que era sobre todo hasta la cocina y tal vez un viaje semanal al supermercado.

Debía ser una esposa que mantuviera la casa limpia y preparara las comidas cada día. Tenía prohibido trabajar. Ese era el trabajo de un hombre. A pesar de que mi padre tenía dificultades para mantener a su familia, no la dejaba buscar un empleo.

Siento las palabras de mi padre en mi mente.

Niña. Tonta.

Respiro hondo. Mi padre no podía estar más equivocado. Mira lo que he conseguido hasta ahora. Si lo hago bien en los próximos meses aquí en LBS, podría subir aún más alto.

Me siento a mi escritorio, observando a la gente que trabaja afanosamente fuera de la sala. Sé que tengo que dejar de ser una turista aquí y empezar a hacer lo mismo. Ya hay una pila de papeleo en mi mesa esperando mi revisión.

Tengo mucho trabajo hoy, a pesar de ser mi primer día. Hay programada una gran reunión en la que no solo voy a ser presentada, sino que se espera que participe activamente. Tengo sobre mi mesa un desglose de lo que revisaremos en la reunión. Quiero investigar un poco de antemano para estar preparada y contribuir eficazmente.

Antes de empezar a trabajar, abro el maletín y saco un marco con una foto mía y de Evan en nuestra luna de miel en la República Dominicana.

Sonrío, rememorando el día en que se hizo.

Aunque odio lo poco motivado que puede llegar a estar, me ha apoyado en cada paso de mi camino. No muchas mujeres profesionales tienen eso en una pareja. Un hombre como mi padre ciertamente no lo habría hecho.

Por eso me casé con Evan, sin embargo.

No debería celebrar solo lo que he hecho para estar hoy aquí, en un despacho como este, sino que también tengo que celebrar a mi marido por su apoyo.

Lo hemos hecho juntos.

Mi teléfono vibra y, por hábito, lo saco y contesto. —¿Dígame?— Inmediatamente me arrepiento de contestar al teléfono en el trabajo

al ver a Nicole entrar en el despacho de al lado. Podría verme fácilmente atendiendo una llamada personal en mi primer día.

Estoy a punto de colgar cuando oigo una respiración agitada al otro lado.

—¿Dígame?— repito. A través de las paredes de cristal veo a Nicole sentarse a su escritorio, así que giro mi silla y corto rápidamente la llamada. Guardo el móvil en el maletín. No es momento de interrupciones ni de atender llamadas.

Ahora es el momento de demostrarle a Nicole y a todos en LBS que soy buena en lo que hago.

CAPÍTULO 5

Estoy sentada en el salón, descomprimiéndome con una copa de vino. Causar buena impresión es agotador, pero creo que lo he hecho bastante bien.

La reunión de equipo en la que me presentaron a todos los supervisores y demás directivos fue de maravilla. No solo logré acordarme de la mayoría de las personas que había conocido esa misma mañana, sino que también participé bien en la reunión.

Un día muy productivo.

Al final del día, Leigh había publicado la convocatoria para el puesto de vicepresidenta. Me quedé mirando la oferta de trabajo, preguntándome qué posibilidades tendría de optar a ese puesto.

En la reunión, tuve la sensación de que había algunos candidatos que transmitían seguridad en su trabajo. Para ser una empresa de primer nivel, me sorprendió lo amigable que era todo el mundo. Daba por hecho que el ambiente iba a ser más despiadado. También asumí que Nicole sería dura después de lo que había visto con la anterior vicepresidenta, pero resultó ser la más simpática de todos.

Se pasó por mi despacho varias veces para ver cómo me estaba yendo el primer día. Cada vez charlamos un poco de esto y de lo otro, y también fue bien. Soy sociable, pero me cuesta encontrar temas de conversación continuamente a lo largo del día cuando no conozco bien a alguien.

Oigo el sonido de un mazo golpeando el pladur en el sótano, seguido de las carcajadas de Tommy y Evan.

Mi nueva casa, si es que se le puede llamar así, es un desastre. No esperaba que fueran a vaciar prácticamente todo el sótano.

Me promete que nuestra nueva casa será la casa de nuestros sueños.

A veces vemos programas de reforma del hogar para relajarnos por las noches. Mientras picamos algo, Evan siempre comenta cómo él abordaría la reforma que estamos viendo. Sus ideas tienen sentido, aunque yo no tenga ni idea de lo que estoy escuchando, así que supongo que me fío de él en su trabajo. Ya ha hecho muchas reformas antes en nuestra casa anterior, pero eran trabajos mucho más pequeños que reformar casi todo el edificio.

Me enseñó los presupuestos de lo que ahorraríamos si lo hacía él en vez de contratar una empresa, y me convenció.

Oigo el golpe del mazo, seguido de algo que se derrumba, seguido de las risitas de dos hombres adultos.

No recuerdo que los de las reformas en el programa se emborracharan y destrozaran todo, pero espero un gran final como el de esos programas.

Evan sube las escaleras y me dedica una gran sonrisa.

—Creo que nos lo estamos pasando demasiado bien ahí abajo —dice, terminándose una cerveza. Se dirige hacia la cocina.

—Creo que alguien tiene que cortaros el grifo —me río—. Nada de beber en horas de trabajo.

—En realidad iba a coger agua —dice Evan, aunque abre la nevera para coger otra cerveza—. Tommy, en cambio, sigue con la fiesta. A lo mejor tenemos que llevarle a casa.

—Madre mía —digo.

—Exacto —dice él, riendo. Evan se sienta en el sofá a mi lado y me da unas palmaditas en los muslos—. No hemos tenido ocasión de hablar de tu primer día.

—Fue bien… todo. La gente es maja. Hay una recepcionista que me pareció genial de verdad. Bueno, en realidad es la asistente ejecutiva de mi jefa. Es muy sociable. Me ha invitado a tomar un café mañana. Nicole, mi nueva jefa, me dijo que Leigh tuvo mucho que ver en que me contratasen. Fue ella quien encontró mi perfil en LinkedIn.

—Entonces supongo que mañana invitas tú al café —ríe Evan.

—Tuvimos una reunión grande. Me acordé de los nombres de la gente y ellos se acordaron del mío. Y encima hay… no sé, hasta una posibilidad de ascenso.

—¿Ya?

—Bueno, sí. Hoy han despedido a una mujer que, por lo visto, era la vicepresidenta.

—¿En tu primer día en el trabajo han despedido a alguien? —dice Evan, sin entusiasmo.

—Sí, fue un poco desconcertante, pero no conozco los antecedentes. Seguro que hay una buena razón.

Evan asiente. —Supongo, pero eso me preocupa. —Me acaricia el muslo de nuevo y se levanta—. Tengo que ir al baño —dice, muy romántico.

—Venga, ocúpate de eso —digo, sacudiendo la cabeza. Observo cómo mi marido se levanta del sofá y se pasea hacia el baño, que es una de las pocas habitaciones que los hermanos no han destrozado por completo. Lleva sus vaqueros de color claro y una camiseta de tirantes negra. La ropa está sucia y su piel brilla de sudor, lo que hace que sus músculos estilizados parezcan aún más definidos.

Si su hermano no estuviera abajo, le haría tomarse un descanso mucho más largo de su trabajo de reforma. Doy otro sorbo de vino, pensando en lo guapo que es mi marido.

Mientras pienso en lo que quiero hacer con él esta noche, suena mi teléfono y me interrumpe. Lo cojo rápidamente y me doy cuenta de que es un número desconocido.

—Hola, soy Alice —respondo.

—Hola, ¿quién es? —me responde el silencio.

Miro el teléfono y veo que la llamada sigue conectada. De repente empiezo a oír respiración. Es tenue, pero está ahí.

—¿Quién es? —pregunto—. ¿Por qué llamas?

La llamada se corta, justo cuando Evan sale del baño. Tommy sube las escaleras. Me sonríe mientras se mete el teléfono en el bolsillo del pantalón. Va sin camiseta y, como su hermano, ha dedicado mucho esfuerzo a mantener una buena musculatura. Evan es claramente el hermano más guapo. Tommy tiene fama de ser más, bueno, digamos que más alocado. A pesar de eso, Tommy lleva ya bastante tiempo con su trabajo de profesor de educación física y tiene unos buenos ingresos.

—¿Dónde está mi cerveza? —pregunta.

Evan se la lanza desde el otro lado de la habitación. —Aquí. El bar ha cerrado.

—Si acabamos de empezar —dice Tommy, abriéndola y dando un buen trago—. Ahora tengo el verano libre y tenemos mucho trabajo por delante.

—Gracias de nuevo —le digo.

—No hay de qué —dice—. Además, si dejo a Evan solo con esto, lo va a liar como hace con todo.

—Cállate —replica Evan en broma—. Pero ya son casi las nueve; deberíamos retomarlo mañana donde lo hemos dejado. No quiero molestar a los nuevos vecinos con tanto jaleo.

—Bueno, bueno —dice Tommy, dando otro trago.

—¿Qué tal el curso? —pregunto. Miro rápidamente a Evan para asegurarme de no haberle molestado preguntándole a su hermano. Sé lo mucho que le fastidia a Evan oír hablar a su hermano de una carrera con la que él también tuvo aspiraciones.

—Muy bien —dijo Tommy—. Otro buen año. Desde que me convertí en profesor de educación física, la vida, sinceramente, ha sido mucho más, bueno, más fácil. Nada de planificación de lecciones, aparte de decidir si los chicos van a jugar al balón prisionero o al baloncesto hoy. Sigo en la misma escuela de posgrado. Me encanta lo que hago. —Tommy mira rápidamente a Evan también, que se queda callado.

—Me alegro por ti, Tommy —digo. Me levanto y le levanto la copa.

—Cuéntale lo de tu novia —dice Evan, uniéndose a la conversación.

Tommy resopla. —Yo no diría que es exactamente mi *novia*.

—Tommy Walker —digo en tono juguetón—. ¿Ha conseguido alguna mujer de verdad conquistarte el corazón?

—Me dice que prácticamente están casados —ríe Evan—. Pronto deberíamos esperar invitaciones para salir en pareja.

Tommy sacude la cabeza. —No, no, no. No sé yo si llegaremos a eso. Todavía es demasiado pronto para saber adónde va esto. No estamos, digamos, en una relación oficial. ¿Cómo sabes siquiera si estás en una relación oficial a nuestra edad?

—Se lo preguntas —respondo con voz seca. Evan casi escupe el agua—. ¿Conoces esa cosa que se llama una conversación? Tienes una y preguntas.

Tommy se ríe. —Sí, a lo mejor por eso sigo siendo soltero.

—Bueno, cuéntanos algo de ella —digo. Siempre me encanta oír hablar de la vida amorosa de Tommy. La mala suerte que tiene con las mujeres es un chiste recurrente.

—Esta vez no —dice Tommy.

—Al menos dinos su nombre —exijo.

Tommy sacude la cabeza. —Ni una palabra de mi parte. Siempre os cuento mi vida amorosa y no sale bien. Quiero que esta vez funcione, de verdad. Siento que la voy a gafar si digo algo. Quizá pronto tenga una de esas cosas —¿cómo lo has llamado?—, una conversación, y lo averigüe, y... —me sonríe—. Ya os contaré cómo me va.

—Me parece bien —digo, chocando mi copa de vino contra su lata de cerveza.

—¿Y qué tal el nuevo trabajo hoy? —pregunta Tommy.

Le repito lo que le conté a Evan, y asiente. —Me alegro por ti también —dice. Volvemos a chocar la cerveza y la copa de vino.

—¡Y pronto será vicepresidenta! —dice Evan.

Tommy me mira. —¿Ya?

—¡No! —exclamo—. Para nada. Evan me está tomando el pelo. Es que hay una vacante para el puesto. No lo voy a conseguir, seguro.

—Hoy han echado a una mujer —dice Evan.

—Qué pena —dice Tommy—. Aunque quizá no para ti. ¿Tu nueva jefa es buena gente?

—Nicole —digo, asintiendo—. Sí, ha sido genial. —Pienso en el guardia de seguridad escoltando a la antigua vicepresidenta fuera del edificio y en la rabia que tenía. Las lágrimas que le caían por la cara al marcharse.

Bueno, espero que Nicole sea genial.

Tommy da un buen trago y termina su lata de cerveza. —¿Y quién me lleva a casa?

CAPÍTULO 6

Nicole

Estoy en la oficina tarde por la noche. No es inusual que me encuentre aquí a estas horas, mucho después de que todo el mundo se haya marchado por hoy. Ha llegado un punto en que los de seguridad saben que, si las luces de la planta están encendidas, seré yo a quien vean en el despacho. Por suerte, no me molestan.

Esta noche, sin embargo, he estado haciendo cualquier cosa menos trabajar.

Lo único que puedo hacer es sentarme en el despacho y preguntarme qué pasará después.

Toda mi carrera está a punto de implosionar. Solo espero a ver la mecha para saber cuándo ocurrirá la explosión.

Podría suceder cualquier día de estos. Camino entre los cubículos vacíos y observo los objetos que mis trabajadores han pinchado en sus paredes. La mayoría tiene fotos de la familia y de seres queridos en sus áreas de trabajo.

Mi despacho está desnudo, a excepción de las costosas obras de arte que adornan la única pared que no es de cristal.

Regreso a mi oficina y me quedo mirando el oscuro cielo de Toronto. Observo los coches ajetreados en la intersección de abajo. Puedo oír el sonido lejano del tráfico.

Frunzo el ceño al pensar en lo enfurecida que estoy.

¿Y si hubiera tomado mejores decisiones?

¿Y si me hubiera centrado en llenar mis paredes de recuerdos de seres queridos, incluso de niños? Nunca quise a esos bichos molestos, pero ahora que he pasado de los treinta, tengo remordimientos.

Cada vez que miro hacia abajo desde las alturas, pienso en lo liberador que sería si saltara. ¿Tendría siquiera miedo mientras caigo al vacío hacia mi muerte? Una parte de mí imagina que descubriría que tenía alas y que me iría volando hacia una vida diferente, una en la que realmente quiera seguir viviendo.

En cambio, estoy atrapada con la mía y con las consecuencias que se avecinan.

Necesito vino.

Aunque el día de hoy no ha sido tan malo. Despedir a mi vicepresidenta ha sido divertido. Hay gente que se siente incómoda cuando tiene que despedir a alguien, pero yo no. La mayoría se lo merece. Sus actos los han llevado a su destino de sentarse frente a mí mientras yo les decía esas dos palabras aterradoras.

—Estás despedida.

Sus propios motivos son los que los han traído hasta aquí. Mi antigua vicepresidenta no ha sido diferente. Bueno, un poco supongo. Empezó a indagar demasiado en lo que yo estaba haciendo. Podría haber descubierto lo que he hecho. Estaría más que encantada de ocupar mi lugar como presidenta. Así que ahora no tiene trabajo.

Eso es lo que pasa cuando te metes conmigo. Le desearía suerte para encontrar un nuevo empleo, pero le resultará casi imposible hacerlo en esta provincia. Puede que incluso tenga que mudarse de continente para encontrar trabajo.

Su nombre es basura porque yo he dicho que eso es lo que ella es. Otras empresas no querrán contratar a alguien como ella después de lo que le he hecho a su reputación.

Está arruinada, y yo no, al menos por ahora.

El primer día de Alice Walker ha ido bien, según ella se habrá imaginado. Debe de estar en casa, revoloteando en su vida perfecta, más feliz que nadie. Le he dado un atisbo de ese puesto de vicepresidenta y se ha animado enseguida.

De verdad cree que tiene una oportunidad.

Sé que es unos años más joven que yo. La ingenuidad es algo propio de los jóvenes que se cura con la edad.

Puede que Alice Walker no lo descubra hasta que sea demasiado tarde para ella.

Camino hacia su oficina y abro la puerta. Me tomo mi tiempo, quedándome de pie ante su escritorio antes de sentarme en su silla. Su área de trabajo está ordenada, tal como esperaba. Los papeles ordenadamente apilados sobre la mesa.

Una foto de ella y su marido, Evan, me observa. Sus caras de felicidad me dan asco. Qué momento tan encantador compartían cuando se la hicieron. Imagino que pronto sus paredes estarán decoradas con otros recuerdos cariñosos que irá creando. Muchos más con Evan.

A pesar de lo que me ha dicho hoy, tarde o temprano también tendrá hijos. Su vida estará llena de momentos felices.

Quizá haya algo que yo pueda hacer respecto a esa parte.

Cojo la foto de la feliz pareja y la miro fijamente, deteniéndome para ver lo guapo que se ha vuelto Evan Walker.

Recuerdo lo que hizo y estampo el marco de la foto contra el escritorio. Los cristales saltan por la superficie y caen al suelo.

Cuando levanto la mano, tengo un pequeño corte en la palma. Succiono la sangre, manchándome la mano con el pintalabios.

Nuestra nueva marca de pintalabios que no mancha no parece estar cumpliendo su promesa. Sigo succionando mi herida mientras me levanto del escritorio y salgo del despacho.

CAPÍTULO 7

Alice

Me tomo mi tiempo para esquivar los cristales rotos sobre la moqueta de mi despacho. Recojo el marco de fotos roto con dos dedos, apenas rozándolo. Los dientes de un blanco impoluto de Evan brillan a través del cristal hecho añicos. Lo vuelvo a dejar sobre el escritorio con suavidad, preguntándome...

—¿Qué ha pasado? —dice una voz detrás de mí. Me giro y Nicole me observa con intensidad. —No toques el cristal. Intenta no hacerte daño. —Se ríe—. No queremos un accidente laboral en tu primera semana.

—Lo siento —digo—, no estoy segura de lo que ha pasado aquí. He entrado en mi despacho y el marco estaba roto.

—El limpiador de medianoche —dice Nicole con seguridad—. Un tal Mark, creo que se llama. Siempre lo veo limpiando a altas horas de la noche con los auriculares puestos. Debió de chocar contra el escritorio o algo así y no se enteró. —Señala el desastre—. ¿Era un marco caro?

—No, en absoluto —respondo—. Siento esto. ¿Dónde puedo coger una escoba o una aspiradora?

—No es culpa tuya, Alice, no te preocupes. Pediré que venga un limpiador a tu despacho de inmediato. Uno que no lleve auriculares para que no haya más daños. —Se ríe de su propia broma—. Aunque quizá no deberías sentarte a tu mesa hasta que vengan.

—Sin problema —digo con una sonrisa—. Gracias. La reunión de hoy es a las diez, ¿verdad?

—Exacto. ¿Cómo te sentiste ayer en tu primera reunión?

—Creo que hice buenas aportaciones. Tienes un gran equipo de personas aquí.

—Lo tengo. Me gusta pensar que contrato a los mejores. Quizá no a los mejores limpiadores. Hablando de limpiar... —Se pone un dedo en la barbilla—. Si no recuerdo mal, vives en la zona de West Hill, ¿verdad?

—Buena memoria. Así es.

—Tienen la mejor tintorería de la ciudad a solo unos minutos de tu casa —dice con una sonrisa—. Te la recomiendo de verdad. ¿Te importaría recoger lo mío mañana? Abren muy temprano, así que no llegarás tarde. Es un engorro para mí estando en el centro. —Me observa esperando una respuesta.

Me tomo un momento para ordenar mis pensamientos. ¿En serio me está pidiendo que recoja su ropa de la tintorería? Nunca he tenido un jefe que me pidiera algo tan insignificante. Ayer me insinuaba un ascenso y hoy me han degradado a hacer sus recados.

¿Nicole pide a todo su personal que haga cosas triviales por ella? Odio parecer esa clase de persona, pero ¿no es esto más bien una tarea propia de una asistente ejecutiva como Leigh?

—Sin problema —respondo, intentando que no se note mi fastidio.

—Eres un cielo —dice Nicole, ampliando su sonrisa—. Pasaré a dejarte el tique que necesitas para recogerlo. ¡Gracias! —Abandona el despacho bruscamente y la observo a través del cristal mientras se gira y entra en el suyo.

Bajo la cabeza y me pregunto si le estoy dando demasiadas vueltas. ¿Hará todo su personal cosas pequeñas por Nicole para facilitarle un poco la vida? Si fuera una amiga la que me pidiera que recogiera algo cerca de mi casa, probablemente lo haría por ella.

Sin embargo, no conozco bien a Nicole y es mi superiora.

El cristal cruje bajo mi pie al dar otro paso. Mark, el limpiador, debió de chocar contra la mesa con mucha fuerza.

Vuelvo a mi escritorio y consulto mi agenda. Veo que la reunión de hoy es a las nueve y media, no a las diez.

También me parece extraño que alguien como Nicole no se haya dado cuenta. Parece tenerlo todo bajo control. ¿Quizá hay una reunión con otros miembros de la directiva antes de que Nicole se

incorpore a las diez? En otros sitios donde he trabajado, los altos ejecutivos no estaban presentes durante toda la reunión.

Me alegro de haber consultado mi agenda. Habría llegado muy tarde a mi segunda reunión.

Veo movimiento fuera de mi despacho; Leigh y un hombre mayor con el pelo blanco peinado hacia un lado me sonríen.

—Buenos días, Alice —dice Leigh—. He oído que ha habido un pequeño accidente que requería atención. —Sonríe—. Steve está aquí para ayudar.

Asiento al limpiador. —Muchas gracias, Steve.

—No hay de qué —responde él.

—Perdone —digo—, ¿hay alguna forma de que saque la foto del marco? Es que quiero conservarla.

Steve me mira fijamente y, por un momento, me doy cuenta de que le estoy pidiendo a este hombre algo que podría haber hecho yo misma y me siento tonta. Debe de sentirse exactamente como me he sentido yo cuando Nicole me ha pedido algo que no figuraba en mi descripción de funciones.

—Lo siento, Steve. No importa, ya la cogeré yo misma.

—Por favor, no —dice Steve, levantando una mano—. Yo me encargaré de todo. No es ninguna molestia. Deme unos quince minutos para limpiar esto. —Mira a Leigh—. Aunque debería ir a por la aspiradora. —Le hace un gesto con la cabeza antes de salir de nuevo al pasillo.

—¿Cómo va tu mañana? —le pregunto a Leigh.

—Bien. Siempre hay mucho jaleo por aquí. Siempre hay algo que hacer. Por suerte, es mi descanso para el café.

—Eso suena de maravilla —asiento.

—Bueno, Steve va a necesitar algo de tiempo aquí. Ven conmigo. Hay una cafetería muy agradable en la planta baja.

—¿Estás segura?

—Sí, es mejor que quedarse mirando cómo limpia Steve. Además, en cuanto pruebes un sorbo, me odiarás. Te vas a gastar mucho dinero allí de ahora en adelante.

Salgo con Leigh y, mientras caminamos por el pasillo, noto que Nicole nos observa desde su mesa. Aparto la mirada rápidamente,

pero casi puedo sentir su vista clavada en mi espalda y me siento incómoda.

Leigh y yo charlamos de cosas triviales en el ascensor hasta que llegamos a la planta principal. Entro en la cafetería y me invade una oleada de felicidad aromática. El aire es denso y rico, con olor a granos de café recién tostados. Leigh pide un moca mediano y yo un café grande.

Nos sentamos en una mesita frente a un ventanal. Me tomo un momento para observar a toda la gente que bulle fuera. Muchos visten ropa de negocios.

—¿Y qué tal el segundo día? —pregunta Leigh, dando un sorbo y haciendo una mueca—. Demasiado caliente.

—Bueno, LBS parece un lugar estupendo para trabajar. Con personal amable —digo, sonriéndole—, que te invita a un café y te enseña el lugar. De verdad te agradezco que me ayudes a instalarme. —Doy un sorbo a mi café—. Mmm —digo, poniendo una cara de deleite sincero—. Está realmente bueno.

—Me atrevería a decir que mejor que el de Starbucks. —Se ríe—. Y no hay de qué. Además, algún día puede que tenga que pedirte un aumento y me aseguraré de mencionar: «¿Recuerdas aquella vez que te invité a un café?».

Me río. —Bueno, entonces tendrías que haber pagado el mío. —Ambas reímos—. Solo bromeo, por supuesto —añado rápidamente por si mi fachada de profesionalidad se ha desvanecido—. Pero de verdad, te agradezco la ayuda. Nicole parece muy agradable.

Leigh esboza una sonrisa forzada y vuelve a beber café. —Ese hombre tan guapo del marco de fotos que se ha roto supongo que es tu marido, ¿no?

—Evan, sí. Nuestro aniversario es la semana que viene. Dos años.

—Uf. Ese es mi sonido de «me alegro por ti», pero no por mí. Necesito un hombre. —Mira por la ventana a la gente que pasa—. Míralos a todos. Puede que lleven trajes de tres piezas, pero muchos no son más que niños pequeños con ropa elegante.

Me río. —Te habría encantado la empresa en la que trabajaba antes de venir aquí. Había unos cuantos solteros ricos y codiciados,

pero eran lo peor. Sabían que eran ricos y atractivos y hacían gala de ello.

—Eso habría sido terrible, pero me habría quedado llorando hasta dormirme mientras él pagaba mi Porsche, si la cosa hubiera funcionado.

Sonrío ante su broma. Es una lástima que no sea directiva u otra ejecutiva. Estar en una ciudad nueva es difícil, sobre todo si no conoces a nadie. Sin embargo, ¿estaría mal cultivar una amistad con alguien sobre quien tengo un papel directo de liderazgo?

—Eres una mujer joven muy guapa —le digo—. Los chicos de traje deben de hacer cola por ti.

Vuelve a emitir un sonido de decepción. —No me va mal, pero digamos que tengo problemas para elegir a los adecuados. Al parecer, me gustan los hombres que no valen nada.

—¿Cuánto tiempo llevas en LBS?

—Seis años ya —dice, dando un largo sorbo—. «Tenga un día hermoso» —dice burlonamente—. Soy buena en mi trabajo y en transmitir cualquier mensaje que Nicole quiera comunicar, pero me parecería perfecto que esa frase desapareciera y pudiera despedirme como una persona normal.

Vuelvo a reír. Me sorprende lo profesional que se mostró Leigh por teléfono y lo sincera que es ahora hablando conmigo. A mí me intimidaría hablar con una ejecutiva con tanta libertad. Supongo que será porque soy nueva, o quizá intuye que yo también tengo un lado divertido.

Apenas acabo de conocer a Leigh, pero la contrataría como mi propia asistente ejecutiva en un minuto.

—¿Y qué tal es trabajar para Nicole? —pregunto.

Da un sorbo muy largo antes de encontrar las palabras adecuadas. —Bueno, ella ha sido estupenda conmigo. Me he ganado su confianza con el tiempo. Digamos que es justa. Puede ser dura, pero en mi opinión, la gente a la que no le cae bien está molesta con sus propias inseguridades. Quiero decir, si trabajas duro, haces lo que se espera de ti o, mejor aún, vas más allá, te llevarás de maravilla con ella. Ya noto que te irá genial aquí.

Sonrío. Esas son todas cualidades que poseo. Leigh debe de intuirlo dado que fue ella quien encontró mi perfil en LinkedIn.

—Gracias de nuevo por todo lo que has hecho.

Leigh da otro sorbo. —Bueno, supongo que serás una ejecutiva fácil de complacer si solo hace falta una taza de café.

Le alzo mi taza. —Solo si es una taza de café excepcional.

Leigh sonríe y da su último sorbo. —Harás grandes cosas aquí. Solo procura no caerle nunca mal a Nicole.

Después de nuestro café, volvemos a la planta treinta. Leigh regresa a su mostrador de recepción. Paso por delante del despacho de Nicole, pero ella no está. Lo agradezco; casi siento como si fuera un halcón vigilándome. Me preocupaba encontrarme con su mirada cuando volviera a hurtadillas a mi despacho.

Al entrar en el mío, me alivia ver que mi escritorio y la moqueta están limpios. Por fin puedo adelantar algo de trabajo hoy.

Sin embargo, me disgusto cuando veo que la foto de mi marido y mía no aparece por ninguna parte.

CAPÍTULO 8

Me instalo en mi despacho, intentando prepararme mentalmente para la reunión que tendrá lugar pronto. Al fin y al cabo, esta es mi primera semana. Ahora es el momento de causar una buena impresión sólida. No puedo flojear. No puedo ser del montón.

Necesito destacar, especialmente desde que Nicole mencionó el ascenso.

Es difícil hacer nada de eso cuando estoy cabreada preguntándome dónde demonios ha ido a parar la foto de mi marido y de mí. El limpiador, Steve, dijo que me la dejaría.

Quizás lo ha hecho y la tiene en su despacho, aunque eso no tendría ningún sentido.

La idea de que algo tan personal mío no esté donde yo quiero me molesta. Lo más probable es que la haya tirado a la basura.

Tener a Evan mirándome mientras trabajaba me hacía sentir como si estuviera en la sala conmigo. Por muy molesta que me ponga su falta de interés por el empleo, su actitud despreocupada tiene una forma de pegárseme, especialmente cuando lo veo.

Si algo no sale bien en la vida, simplemente pasa página. Sin líos; bueno, un poco. Tiene su carácter. Se disgusta durante un rato. Tras un breve estallido de ira, lo deja pasar y piensa en qué hará después o, a veces, no hace nada.

Siento que nunca he tenido ese lujo en la vida. Siempre estaba intentando descubrir cómo ser la mejor, cómo podía ser la primera de la clase en el colegio. ¿Cómo podía ser la mejor en el equipo de voleibol? ¿Cómo podía ser mejor?

A Evan no le importa ninguna de esas cosas.

A veces me asombra que un hombre como él y una mujer como yo llegáramos a enamorarnos.

Los polos opuestos se atraen, supongo.

Tener a Evan en mi despacho me hacía sentir que, pase lo que pase, todo irá bien.

Ahora se ha ido.

¿Cómo narices se imprime siquiera una foto nueva?

La foto y el marco fueron un regalo de Evan hace unos años. Creo que no he tenido que imprimir una foto en más de una década. Casi todos mis recuerdos son digitales o encargados por internet.

Uf. Podría gritarle a Steve. Pero no quiero ser ese tipo de ejecutiva. Quiero ser del tipo al que los trabajadores sientan que pueden acercarse. Quiero caer bien, aunque sea su superior. Gritarle al bedel no servirá de nada.

Libero mi frustración trabajando en los preparativos de la reunión. Es entonces cuando veo movimiento fuera de los despachos. Distingo a varios gerentes y a otros altos cargos de la dirección saliendo de la sala de juntas. La última en salir es Nicole.

Miro la hora para confirmar que no estoy loca. Vuelvo a mirar mi calendario. Se supone que la reunión es a las nueve y media, así que ¿por qué se va todo el mundo?

Obtengo mi respuesta pronto, cuando Nicole abre mi puerta. Esboza una sonrisa cansada. —Oye, ¿dónde estabas? —pregunta, yendo al grano.

—¿Se ha cambiado la hora de la reunión? Pensaba que era a las nueve y media.

—Lo era, pero he tenido que adelantarla por otra reunión que tengo hoy —dice ella—. Incluso he venido a tu despacho, pero no estabas aquí.

—Mientras el limpiador se encargaba de mi despacho, he ido a por un café.

—También he mirado en la cocina pero no te he visto allí —dice, esperando una respuesta mejor.

—Bueno, he ido a la cafetería de la planta principal. Pensé que...

Nicole respira hondo. —Lo siento, supongo que no me he dado cuenta de que te tomarías un descanso tan largo tan temprano por

la mañana. Esperaba que estuvieras en esa reunión. No pasa nada. Te daría las notas de la reunión, pero Leigh tampoco estaba allí para tomarlas.

Exhalo lentamente, intentando recuperar el aliento. —En realidad estaba conmigo, lo siento. No me he dado cuenta de que la reunión se iba a adelantar. La próxima vez esperaré a confirmar mi jornada antes de permitirme el capricho de un café sofisticado. —Sonrío, pero Nicole no lo hace.

—Hazlo, por favor —dice—. Tendré que hablar con Leigh también. —Mira hacia fuera, a la zona de recepción. Leigh está hablando por teléfono, sonriendo. Nicole vuelve a mirarme y su rostro se relaja—. Está bien. Tengo tu número personal. Sé que estamos esperando a que llegue tu móvil de empresa, pero la próxima vez te llamaré al tuyo para evitar que esto vuelva a ocurrir.

Asiento y Nicole sale de mi despacho sin decir una palabra más. Me siento en mi silla y de repente siento que me encojo. Es casi como si la luz natural del exterior y de los despachos circundantes estuviera magnificando el calor y apuntándome como un láser. Podría derretirme en el acto.

Ahora sería el momento en el que miraría el guapo rostro de Evan para consolarme. Intento encontrar confianza en mí misma.

—Todo va a salir bien —susurro. Tecleo en mi portátil sin rumbo fijo, mirando algunos de los suministros de productos en la web de la empresa. No tengo ningún propósito en este momento aparte de intentar calmarme.

No todo está bien. La he pifiado a lo grande. Mi segundo día y ya he faltado a una reunión importante.

Nicole ni siquiera me ha contado de palabra qué ha pasado en ella.

¿Qué presidenta quiere repasar detalles importantes compartidos en una reunión? Ninguna. Quieren que sus directivos estén allí, en persona, escuchando atentamente lo que se dice. No quieren que estén tomando café con la recepcionista.

Me pregunto en cuántos problemas habré metido a Leigh. Miro fuera de mi despacho y ella sigue al teléfono. Me quedo mirando las

letras en negrita del lema de nuestra empresa debajo de su escritorio. Have a Beautiful Day.

¿Y si estás teniendo un día de mierda? ¿Y si de repente sientes que podrías implosionar?

Estúpida. Estúpida.

¿Cómo he podido meter la pata ya?

Chica estúpida.

Me sorprendo a mí misma con mis propias palabras. Espiro lentamente. Finjo apoyar la mano en un lado de la cara mientras miro el portátil, pero lo que estoy haciendo en realidad es tomarme el pulso.

Es un mal hábito que tengo cuando estoy estresada. Además de que se me ensanchan las fosas nasales, cosa que por lo visto me ocurre en estos momentos, también estoy comprobando continuamente si sigo viva. Evan sabe leerme como un libro abierto y se burla de mí cuando lo hago.

—Tú relájate —diría él.

Pensar en él me hace sentir de repente un poco mejor.

Todo saldrá bien.

De repente recuerdo las palabras de sabiduría de Leigh. No te ganes la enemistad de Nicole.

Suspiro, pensando en lo tonta que soy. No es el fin del mundo, me recuerdo. ¿Y qué? He faltado a una reunión. Nicole acabará dándose cuenta de que ha sido un error único en mi carrera. No volverá a ocurrir.

Es entonces cuando lo veo.

Mi marido está junto al escritorio de Leigh en carne y hueso, esperando a que ella cuelgue el teléfono. Casi sonrío, preguntándome cómo puede ser que Evan haya aparecido cuando más lo necesito. Es casi como si mi propia desesperación lo hubiera conjurado de algún modo.

Cuando Leigh cuelga, le dedica una sonrisa radiante a Evan. Intercambian unas palabras rápidas y Leigh señala hacia mi despacho. Ella se levanta, pero Evan le hace un gesto para que se siente y empieza a caminar hacia mí.

Mi salvador.

Todo saldrá bien.

Se para frente a la puerta de cristal y pega la cara a ella, con una mano sobre la frente como si tuviera problemas para verme dentro. Niego con la cabeza y me río, y él hace lo mismo antes de abrir la puerta.

Me levanto y quiero besarlo, pero el despacho de cristal hace que me ponga nerviosa mostrar afecto en público. —¿Qué haces aquí?

—¿No te alegras de verme? —dice con una sonrisa pícara—. Tiene sentido, solo soy el amor de tu vida, ¿no?

Sonrío. Se acerca, pero antes de que pueda besarme, le sujeto la mano manteniendo la distancia. —En el despacho no —susurro.

Evan mira hacia fuera, al resto del personal, algunos de los cuales lo están observando. No los culpo. Lleva una camisa negra abotonada con pantalones oscuros y una americana beige. Su pelo oscuro y ondulado está perfectamente peinado. Huele de maravilla. Es una colonia que le regalé por Navidad.

—¿Cómo puedes trabajar cuando todo el mundo te está mirando? —pregunta.

Buena pregunta, pienso. —¿Has venido solo a visitarme? —pregunto, cambiando de tema. Giro la cabeza y noto que Nicole nos observa. Vuelvo a mirar rápidamente a Evan. Tiene razón: todo el mundo mira, especialmente la jefa. Será mejor que esta sea una interacción rápida, aunque lo único que quiera sea que él me abrace.

—Quería darte una sorpresa —dice, extendiendo las manos—. Sorpresa. —Se ríe—. Bueno, tal vez comer juntos. Un rapidito en algún sitio si puedes hacerme un hueco en tu ajetreado día.

Niego con la cabeza. Ojalá pudiera aceptarlo.

—Todo eso suena increíble —digo—. Y sí a lo último. Te haré un hueco cuando termine de trabajar y esté en casa.

Él sonríe con sorna. —No tienes gracia. Ninguna gracia. Por favor, no te conviertas en uno de esos tipos estirados de la dirección.

Es un comentario con el que me chincha de vez en cuando, básicamente llamándome aburrida.

—Me encanta que estés aquí, de verdad —digo—, pero hoy no es buen momento. —Giro un poco la cabeza, pero noto que Nicole no

está en su despacho. Miro hacia la zona principal y la veo hablando con Leigh.

Uf. Debe de estar echándole la bronca ahora por haber faltado también a la reunión.

Evan inclina la cabeza y me agarra por los hombros. —¿Va todo bien?

Asiento. —Simplemente no está siendo un gran día de momento. Pero que vengas me hace sentir mejor. No puedo ir a comer hoy. Acaban de echarme una bronca por tomarme un descanso para el café.

Él niega con la cabeza. —¿Qué clase de lugar de trabajo es este? ¿No se supone que la gente de oficina vivís a base de café?

—Lo hacemos, pero no cuando eso significa perderse una reunión importante. —Él me mira con preocupación—. Larga historia, pero no pasa nada.

Espero a que diga su famosa frase: «Pues deja el trabajo». En lugar de eso, él también muestra una mirada de preocupación.

—Supongo que ahora no es buen momento para decirte que me he gastado nuestros ahorros en materiales para la reforma.

Casi me dan ganas de gritar. —¿Qué demonios has comprado?

—Todo lo que necesitamos. Todo cuesta mucho. Tommy y yo vamos a trabajar en los azulejos del baño la semana que viene. Voy a terminar de pintar lo que queda de esta semana.

Hago una mueca. Anoche me dijo que tendría la pintura terminada para mañana. —¿No ibas a terminar antes?

—Bueno, Tommy y yo tuvimos un altercado; larga historia para mí también. Te lo contaré cuando llegues a casa. Solo no llegues tarde a más reuniones. —Se ríe—. En cierto modo necesitamos el dinero.

Casi siento que su presencia aquí ha empeorado las cosas. Me mira y esboza una leve sonrisa. —Supongo que te veré en casa. Quiero oírlo todo sobre lo que ha pasado en el trabajo y yo te contaré lo de Tommy.

Espera a que lo bese o lo abrace. Miro hacia fuera y a las pocas caras que nos miran de reojo, y no lo hago.

—Nos vemos pronto. —Le aprieto la mano con fuerza. La suelto y él se da la vuelta para irse. —Espera —le digo. Se vuelve hacia mí con otra mirada de preocupación—. ¿Puedes decirme solo una cosa antes de irte?

—Vale. —Se ríe—. ¿Qué?

—Solo dime que todo saldrá bien.

Él niega con la cabeza. —¿Estás haciendo una montaña de un grano de arena, Alice? Muy bien: este problemilla que tienes en el trabajo, por muy grande que creas que sea, no es nada. —Me coge las manos y me mira profundamente a los ojos—. Todo saldrá bien. —Me besa la mano antes de marcharse.

Observo cómo mi ángel apuesto pasa junto al personal de la oficina. Algunas mujeres giran la cabeza cuando él pasa.

Para mi sorpresa, Nicole también lo hace.

Aún más sorprendente, ella abre la boca y Evan se detiene en seco. La mira a ella y vuelve a mirar hacia mi despacho.

De repente, él también abre la boca y los dos se ponen a hablar. ¿De qué podrían estar hablando siquiera?

Mi despreocupado marido vuelve a mirar hacia mi despacho, a mí, y veo algo en él que no veía desde hace una eternidad.

Miedo. Al menos eso es lo que parece. Su piel bronceada parece volverse pálida.

Él asiente a Nicole y camina por el pasillo. Ahora es Nicole quien mira hacia mi despacho, directamente a mí, con una amplia sonrisa en el rostro.

CAPÍTULO 9

¿A qué ha venido eso?

Es una pregunta que me sigo haciendo durante todo el día. La cara que ha puesto Evan al intercambiar unas palabras con Nicole me persigue.

Probablemente ella solo se estaba presentando. Pero eso no explicaría la extraña expresión que tenía él antes de irse.

Nicole apenas ha pasado por mi despacho en todo el día y la jornada laboral está casi terminando. He estado pensando en formas de acercarme a ella y tantear con naturalidad qué ha pasado. Cualquier idea que se me ocurre parece ridícula.

Casi me dan ganas de entrar en su despacho y preguntarle directamente: —Oye, ¿qué pasa entre tú y mi marido?

Sin embargo, si fuera algo importante, Evan me lo diría. Me habría enviado un mensaje o me habría llamado.

Aunque eso también está empezando a ser motivo de preocupación. Le he llamado una vez durante el descanso y le he enviado mensajes a lo largo del día cuando tengo que ir al baño. Debo tener cuidado en esta oficina. Todo el mundo puede ver lo que hago y Nicole sabe que todavía no tengo un móvil de empresa. Cualquier cosa que haga con mi móvil personal es, obviamente, algo privado.

Solo de imaginarme lo mucho que se me aceleraría el pulso si estuviera usando el teléfono y viera a Nicole en su despacho mirándome fijamente...

De repente, desearía no tener este espacioso despacho de vicepresidenta junto al suyo. El más pequeño, bien lejos de Nicole, me vendría de maravilla.

Recupero el aliento y sigo con mi trabajo hasta que se abre la puerta y entra Nicole. Me está sonriendo.

—¿Estás ocupada? —pregunta, e intento encontrar la respuesta adecuada. Si digo que no, ¿significa que me están pagando una millonada por no hacer nada? Intento no darle demasiadas vueltas y le devuelvo el saludo.

—Hola —le digo con una sonrisa—. Pasa, por favor.

Nicole entra y su expresión se apaga. Deja la carpeta que lleva sobre mi escritorio—. He hecho que Leigh transcriba el acta de la reunión de hoy. Hay un trabajo extra que tenemos que terminar esta noche. Va a ser una jornada larga.

¿Qué quiere decir eso?

—Bueno —dice suspirando—, supongo que deberías acostumbrarte a las noches largas. No hay descanso en la cima de la montaña. Todas las instrucciones sobre lo que necesito que hagas están en el acta de la reunión. No serás la única que se quede hasta tarde; también se quedarán otros, incluyéndome a mí. Si tienes alguna duda, pregunta, ¿vale?

Espera a que responda, pero todavía estoy intentando asimilar que esta jornada laboral no va a terminar cuando pensaba.

—Por supuesto —le digo con mi mejor sonrisa—. Lo que necesites.

—Perfecto —dice, y se da la vuelta.

—¿Tienes alguna idea de cuánto tiempo podríamos estar en la oficina? —pregunto—. Me gustaría avisar a mi marido.

Se vuelve hacia mí, con una sonrisa aún más radiante—. Bueno, todo el tiempo que haga falta para terminar el trabajo. Como eres nueva aquí, no estoy segura de cuánto tardarás. —Su sonrisa flaquea—. No serás de esas personas que se quejan por esforzarse en el trabajo, ¿verdad?

—¿Yo? No, nunca. Puedes confiar en mí para hacer lo que sea necesario por esta empresa en cualquier momento. —Cojo mi teléfono—. Solo voy a enviarle un mensaje a mi marido para asegurarme de que no me espere. Supongo que hoy le toca noche de pizza.

—No me des envidia —dice Nicole—. Tengo que salir de la oficina un momento, pero volveré pronto. Asegúrate de hablar con el guardia de seguridad del turno de noche antes de irte. Te pueden acompañar al coche si te preocupan esas cosas... y, por cierto, Evan es un buen hombre. —Se da la vuelta rápidamente y sale de mi despacho a toda prisa antes de que pueda preguntarle nada más.

CAPÍTULO 10

Nicole

A pesar de que mi mundo entero se desmorona a mi alrededor, ver la expresión de Evan cuando se topó conmigo en el pasillo me ha alegrado bastante el día.

Puede que acabe en la cárcel cualquier día de estos, pero la cara de espanto en ese rostro tan atractivo será un recuerdo que guardaré conmigo en mi celda durante el tiempo que me quede en el mundo libre.

La reacción de Alice también ha contribuido a mejorar el día. La expresión de absoluta confusión que puso la mujer casi me hace reír a carcajadas... hasta que me río a carcajadas, literalmente.

Aunque estoy sola en el coche. Apenas podía contenerme mientras cruzaba el vestíbulo por delante de seguridad, y casi me echaba a reír para mis adentros al subir al coche.

Me río de nuevo y golpeo el volante.

Es demasiado bueno.

Pensé que estaba como una cabra por contratar a Alice, sabiendo quién era su marido. Pensé que era una locura contratar a un investigador privado para que me contara todo lo que pudiera sobre la vida de Evan y Alice.

Parecían muy felices en el informe que me proporcionó el PI.

Qué bien por ellos.

Aunque solo consigue sacarme de quicio.

Ahora que estoy cerca del final de mi vida profesional, no puedo dejar de pensar en que algunas de las peores decisiones que tomé fueron todas por culpa de Evan Walker. Y ahora Alice descubrirá que la peor decisión que tomó ella fue trabajar para mí.

Cuando vi a Evan pasar por mi lado mientras charlaba con Leigh, lo llamé de inmediato.

—¿Evan? ¿Eres tú? —pregunté con picardía. Claro que era él. Sonrió y se giró hacia mí. Esa sonrisa se borró al instante mientras la mía se ensanchaba.

Continué diciendo: —No, espera, ¿no eres el marido de Alice?

—Hola, Nicole —logró decir—. ¿Trabajas aquí?

—Soy la presidenta de Lovely Beauty Supplies.

Fue entonces cuando puso la cara que quedará grabada en mi memoria. La expresión de espanto no tuvo precio.

—Qué bien —dijo por fin.

—Oye, ¿cómo está tu hermano Tommy? ¿Y tu familia? Espero que les transmitas mis mejores deseos de mi parte.

—Lo haré —dijo secamente—. Tengo que irme. Lo observé marcharse y pulsar el botón del ascensor repetidas veces con frenesí hasta que se abrieron las puertas.

Ver la confusión de Alice cuando asomé la vista a su despacho resultó tremendamente satisfactorio.

Lo que Evan sabe, y que Alice aún tiene que descubrir, es lo horrible que será la vida para los Walker. He vuelto a su mundo. Esta vez no hay escapatoria. Esta vez tendrá que enfrentarse a lo que hizo.

Evan sabe que podría arruinar su feliz matrimonio en cuanto su mujer, tan afanosa ella, descubra su pasado.

Que Alice Walker se quede hasta tarde haciendo horas extras sin cobrar es el menor de los problemas que están por venir.

CAPÍTULO 11

Alice

Son casi las ocho. El sol ya se está poniendo y yo sigo en mi escritorio.

¿Dónde está Nicole?

Pensé que habría más gente trabajando esta noche, pero solo estoy yo. Toda la planta de LBS está vacía. El conserje del turno de noche ha apagado las luces de fuera hace veinte minutos y casi me da un síncope. Hay algo en eso de trabajar en mi oficina acristalada que resulta un poco aterrador por la noche.

Evan se burlará de mí si le digo que me da miedo trabajar en mi despacho. Aunque, pensándolo bien, a Evan le da miedo trabajar, así que ¿quién es él para decir nada?

Le he gritado al de la limpieza para que volviera a encender las luces, pero no debe de haberme oído. Me ha costado un rato y unas pequeñas palpitaciones, pero he conseguido encontrar el interruptor principal.

Ahora estoy sentada en mi oficina, con el miedo de que alguien vuelva a apagar las luces. Al menos sé que no estoy sola en el edificio.

De vez en cuando me levanto para estirarme y mirar por la ventana. La ciudad es preciosa desde las alturas, pero he cometido el error de mirar hacia abajo y eso también me ha dado escalofríos.

A veces me parece oír ruidos y levanto la vista con expectación o con la preocupación de que alguien me devuelva la mirada desde el otro lado. Resulta inquietante saber que alguien puede estar observándome en cualquier momento.

No dejo de pensar que Nicole aparecerá en cualquier momento, pero no lo ha hecho.

No tengo mi móvil de empresa; si no, la llamaría para preguntarle cuándo piensa venir. He terminado mi trabajo hace una hora. Me ha llevado un tiempo organizar lo que Nicole me pidió y, a pesar de ser nueva y no tener muchas instrucciones, lo he completado. Me siento orgullosa de ello. Estoy segura de que Nicole también lo estará. Podré demostrarle que no soy una de esas empleadas a las que hay que llevar de la mano durante sus primeros meses en una empresa. Puedo demostrar que soy útil e indispensable desde el primer momento.

También puedo compensar el haberme boicoteado antes al faltar a la reunión. Aún no puedo creer que haya pasado eso.

Lo que me pone más nerviosa de lo habitual es el hecho de que Evan no me ha devuelto la llamada ni los mensajes. Le he dado el número de mi oficina. Tiene mi número de móvil. ¿Por qué no ha llamado? ¿Acaso no se ha dado cuenta de que el amor de su vida, como él dice, no va a volver a casa esta noche?

A ratos, mi mente divaga, preocupada por si algo va mal. ¿No coge el teléfono por otros motivos? ¿Ha tenido un accidente de camino a casa?

Quizá esté gravemente herido y en la cama de un hospital en algún lugar. ¿No me habrían llamado ya del hospital? ¿Y si no tienen forma de identificarlo para decirle a su mujer lo que ha pasado?

A veces dejo que mi mente se acelere cuando estoy preocupada y siempre se le ocurren las ideas más ridículas; siempre me pongo en el peor de los casos.

Soy viuda. Mi mundo está a punto de derrumbarse y no lo sé. Noto que estoy ansiosa porque ya me estoy tomando el pulso con el dedo. Si Evan estuviera aquí, sin duda señalaría que se me ensanchan las fosas nasales.

Por supuesto, el peor de los casos nunca es la realidad. En cambio, lo más probable es que Evan esté trabajando en la casa, ocupado. Quizá ha perdido la noción del tiempo. Podría haber perdido el móvil.

Todos estos escenarios tienen mucho más sentido que el hecho de que esté muerto o que haya ocurrido algo terrible. ¿Es algo en lo

que piensa la gente normal, o soy solo yo la que piensa automáticamente lo peor sin el más mínimo indicio de peligro?

Un ruido fuera de mi despacho me sobresalta. Sin embargo, cuando miro a través del tabique, no veo nada.

—¡Hola! —exclamo. Nadie responde.

Me pregunto si será el limpiador nocturno. Tal vez pueda preguntarle si Steve, el conserje de día, ha dejado mi foto en el cuarto de limpieza.

Esta es una situación en la que sé que lo más probable es que la preciosa foto de Evan y yo esté en la basura, debajo de los restos de los espaguetis de alguien.

Vuelvo a bajar la cabeza hacia el ordenador, observando una hoja de tareas que he creado para seguir la eficacia de nuestra estrategia publicitaria más reciente. Me he dado cuenta durante nuestra primera reunión y al revisar las notas del anterior ejecutivo de ventas de que no tenían una métrica adecuada para revisar las ventas de los esfuerzos de marketing individuales que estamos probando. Con suerte, podré presentarle esto a Nicole pronto, quizá incluso en la próxima reunión.

Espero que a Nicole le encante. Podría ser útil. Se me ha ocurrido hace apenas treinta minutos, cuando he terminado mis tareas y me he cansado de cruzarme de brazos en mi escritorio.

Sin embargo, no quiero irme sin más. He estado esperando a que Nicole apareciera para poder decirle que todo el trabajo está hecho y asegurarme de que es de su agrado.

Finalmente tomo la decisión ejecutiva de marcharme. Puedo pegar una nota en la carpeta del expediente en el que he trabajado esta noche y dejarla en su escritorio. Espero que la puerta esté abierta. Incluso me aseguraré de escribir la hora en la nota. Así sabrá que no me he ido pronto.

He cumplido con mis horas esta noche.

¿O sería una mala idea? Pareceré presuntuosa por poner la hora. Es casi como una bofetada. Yo estuve aquí a las ocho de la tarde y tú no, así que me fui.

¿Hasta qué hora se queda Nicole en la oficina, de todos modos? Si aplico la prueba de la persona sensata, estoy segura de que la

mayoría de la gente en mi lugar pensaría que ha surgido algo y que Nicole no tiene intención de volver esta noche. Probablemente ya esté en casa relajándose. Mientras tanto, yo sigo aquí, trabajando.

Me levanto de mi escritorio y ordeno los papeles en la carpeta. Cojo un pósit y escribo: «Ya está todo terminado, Nicole. Por favor, avísame si necesitas algo más», y lo pego en la parte delantera de la carpeta. Decido no poner la hora.

Afortunadamente, su oficina no está cerrada con llave. Como si estuviera en un lugar donde no debería estar, me cuelo en la habitación y coloco la carpeta suavemente sobre su mesa.

Apago las luces de la planta antes de salir, mirando a mi alrededor los escritorios y despachos vacíos antes de dirigirme al ascensor. Una vez en la planta principal, paso junto a un guardia de seguridad nocturno que está en su puesto. Le doy un susto cuando oye mis pasos por el pasillo. Se quita rápidamente los AirPods de la oreja y me saluda.

—Buenas noches, señorita —dice él, asintiendo.

—Muchas gracias. Igualmente —digo con una sonrisa.

—¿Quiere que la acompañe a su vehículo?

Miro hacia el exterior del edificio. Los cristales tintados hacen que parezca que fuera está más oscuro de lo que realmente está, pero sé por haber estado en mi despacho que aún queda algo de luz diurna.

—Estaré bien —digo—. Pero gracias. —Salgo del edificio y respiro profundamente. El aire se siente mucho más fresco después de estar encerrada en una oficina todo el día.

Miro a mi alrededor, a la calle casi vacía. Un hombre y una mujer pasan a mi lado. Por alguna razón, les saludo y me miran como si fuera un extraterrestre.

Vancouver es una ciudad grande. Debería estar acostumbrada a cómo es la vida urbana. Uno no va por ahí sonriendo y saludando a todo el mundo como un psicópata.

Por un momento, casi olvido dónde he aparcado. El aparcamiento está a unas dos manzanas. Miro hacia el final de la calle que se va oscureciendo. Los edificios altos hacen que la iluminación sea más tenue. Observo las nubes oscuras que se

forman arriba y me doy cuenta de que podría caerme un chaparrón en cualquier momento.

Vuelvo a sentirme inquieta. Casi me dan ganas de volver con el guardia de seguridad para que me acompañe al coche, pero me doy cuenta de que estoy siendo tonta. Solo son dos manzanas.

Miro hacia los edificios y sus ventanas iluminadas. En algunas puedo ver gente moviéndose. Puede que sienta que soy la única en esta calle, pero no soy la única persona que está aquí.

Empiezo a caminar por la manzana, echando vistazos rápidos a mi alrededor. Oigo una voz elevada y veo el origen al pasar por un callejón. Un hombre está de pie muy cerca de otro, con el dedo apuntándole al pecho.

Sea lo que sea de lo que estén hablando, no parece amistoso, y acelero el paso con la esperanza de que no me presten atención.

Giro ligeramente la cabeza hacia atrás solo para asegurarme de que no están allí. Cuando vuelvo a mirar al frente, sonrío hasta que noto la silueta de una persona delante de mí. Está en medio de la acera, inmóvil, mirando en mi dirección. Bajo la cabeza, preguntándome si debería volver a la oficina. Al acercarme un poco más, noto que está junto a un arbusto, casi fuera de la vista. Dejo de caminar y me quedo mirando a la persona, preguntándome qué debo hacer.

Sé que Toronto, a pesar de ser una metrópolis hermosa, también puede ser peligrosa, y una mujer que camina sola de noche no es precisamente un objetivo difícil. Estoy pensando demasiado. Este individuo cualquiera no me está esperando a mí.

Veo que la persona que está cerca del arbusto se mete algo en la boca y una punta roja brilla en la oscuridad.

Está fumando y, por alguna razón, esa sustancia cancerígena me alivia.

Solo necesitaba un cigarrillo. No me está esperando a mí. Probablemente viva en el edificio en el que está apoyado. Intento no mirar fijamente a la figura oscura cuando la voz de una mujer me hace dar un salto.

—¡Alice! —me giro y Nicole Barrett me mira con extrañeza—. ¿Has olvidado dónde está el aparcamiento o algo así? —Se ríe.

—Nicole, hola —digo, tomándome un momento para volver a mirar hacia donde estaba la silueta. Me sorprende no ver a nadie. ¿Ha bajado por un callejón? Vuelvo a mirar a Nicole—. No, sé dónde está, gracias.

—¿Ya has terminado el trabajo? —pregunta con un tono curioso. Como no respondo de inmediato, sonríe—. Es broma. Pero ¿has terminado el trabajo que te pedí?

—Por supuesto, y lo he dejado en tu escritorio —digo. La persona que fumaba sigue sin aparecer.

—Esto da un poco de miedo por la noche —dice Nicole, mirando en la misma dirección que yo—. La próxima vez dile al de seguridad que te acompañe. Estarán encantados de hacerlo.

—Gracias, Nicole. Quizá lo haga.

—Bueno, yo aún tengo que echar más horas esta noche —dice ella—. No estoy segura de si duermo alguna vez, pero por otra parte, hay una razón por la que soy quien soy, y... —Mira a su alrededor los edificios circundantes, muchos con ventanas iluminadas por televisores—... no ellos. Yo me esfuerzo. Veo que tú eres parecida a mí en ese aspecto, Alice. Eso me gusta de ti.

Sonrío. No puedo ocultar lo feliz que me hace sentir su comentario. Las preocupaciones por haberme perdido la reunión de hoy desaparecen de mi mente casi de inmediato. —Gracias, Nicole. Yo también creo que tenemos mucho en común.

Ella sonríe ante eso. —Evan es otra similitud entre nosotras, lo cual me ha sorprendido descubrir.

Me quedo con la boca abierta un momento. —¿Cómo lo conoces?

Su sonrisa se ensancha. —Oh, lo conozco bien. —Se ríe. Su risa me molesta en ese instante, pero le resto importancia al recordar que es mi jefa—. Dejaré que sea él quien te lo cuente, de todos modos. Parece que vosotros dos tenéis que hablar. —Antes de que pueda decir una palabra más, se da la vuelta—. Te veré mañana bien temprano.

—Buenas noches —le digo. La observo mientras se aleja tranquilamente por la manzana a oscuras. No muestra ninguna preocupación. No mira varias manzanas por delante como hacía yo,

con la cabeza girando en todas direcciones. No se detiene cuando veo a la pareja de hombres caminando en dirección opuesta hacia ella. Ni siquiera parece importarle el hecho de que lleva ropa cara, con su bolso de Gucci colgado al hombro.

Ni una sola preocupación en el mundo.

Casi me hace sentir avergonzada de lo precavida y ansiosa que soy al caminar de noche. Una mujer como Nicole probablemente nunca tenga que pedirle a seguridad que la acompañe al coche.

Y de alguna manera esta mujer conoce a mi marido. ¿Cómo?

Podrían haber sido amigos cuando eran más jóvenes.

La risa que ha soltado hace un momento cuando le he preguntado me hace estremecer. ¿Tuvieron intimidad mi marido y ella? ¿Una aventura de una noche? ¿Un antiguo idilio? Todas estas opciones suenan terribles.

Me giro para mirar el aparcamiento y diviso mi coche. Caminando rápidamente hacia él, estoy decidida a encontrar algunas respuestas.

CAPÍTULO 12

Aparco en mi calle y me quedo mirando mi casa. Fuera está lloviendo a cántaros. No hay ni una sola luz encendida en toda la manzana, lo cual me resulta extraño. Cuento con que, cuando entre, Tommy y Evan sigan trabajando.

Me recuerdo a mí misma que Evan mencionó que había pasado algo entre él y Tommy. Estoy segura de que está disgustado por eso, pero necesito saber cuál es el vínculo entre mi jefa y mi marido. No puedo arremeter contra él de inmediato por ese tema.

Debería empezar con un *¿qué tal el día? ¿Habéis avanzado mucho con las reformas hoy sin Tommy? ¿Por qué os habéis peleado tu hermano y tú?*

Después ya podré soltarle el *¿qué demonios pasó entre Nicole y tú?*

Imagino todo tipo de posibilidades. Aún no me quito de la cabeza la risita que Nicole me dedicó fuera, en el aparcamiento. Era como si supiera que se trataba de un cotilleo jugoso.

¿Y qué si Evan y Nicole se conocían? En el peor de los casos, salieron juntos. ¿Por qué debería importarme? Yo no era precisamente una santa antes de salir con Evan. No me costó mucho darme cuenta de que Evan sabía desenvolverse bien en un dormitorio. Es rematadamente guapo. Un hombre que sabe qué hacer con una mujer.

¿Y qué si Nicole y mi marido tuvieron… sexo antes de casarnos?

Podría superarlo. De todos modos, Nicole parecía encontrarlo divertido, o al menos eso sugería su risa.

También debe de ser súper incómodo para ella. ¿Cómo iba a saber que Evan era mi marido? Él es de Ontario y yo de la Columbia

Británica. Soy de la otra punta del país, y el apellido de Evan, Walker, no es precisamente único.

Nicole debió de quedarse tan sorprendida como yo al descubrir que Evan era mi marido.

De algún modo extraño, esto podría ayudarnos a llevarnos mejor.

Vuelvo a mirar mi casa a oscuras, preguntándome si Evan está siquiera en casa. Son casi las diez de la noche. ¿Dónde más podría estar? No me ha devuelto la llamada en todo el día.

Cierro el coche y subo los peldaños. La casa me resulta aún tan nueva que casi llamo a la puerta como si fuera una extraña, pero enseguida recuerdo que tengo que sacar las llaves. Abro la puerta principal y la estancia está en tinieblas, salvo por la tenue luz de un detector de humos cerca de la cocina.

—¡Hola! —llamo a la oscuridad—. ¿Evan? ¿Estás aquí? —Nadie responde.

Enciendo la luz del salón, esperando encontrar a Evan desplomado en el sofá o alguna señal de vida en mi casa.

Pienso al instante en Tommy. Sea lo que sea que haya pasado hoy con su hermano, debe de estar intentando reconciliarse con él ahora mismo. Probablemente esté en casa de su hermano. ¿Qué otra cosa podría estar haciendo?

Saco mi teléfono y le escribo a su hermano.

—Hola, Tommy. ¿Está Evan contigo?

Me quito los zapatos y la chaqueta mientras espero una respuesta. Miro el móvil a cada momento, esperando que Tommy me diga dónde está mi marido.

Cuando suena mi móvil, lo cojo de inmediato. —Dime —digo al auricular.

No hay respuesta. —¿Evan? —pregunto—. Tommy, ¿eres tú? —Giro el móvil y veo que es una llamada de un número oculto. Me vuelvo a poner el teléfono en la oreja—. ¿Hola?

Por un momento oigo el sonido sutil de una respiración antes de que se corte la comunicación.

No es la primera llamada de este tipo que recibo últimamente. Si fuera una broma telefónica, ¿no se habrían rendido ya? Si fuera

un estafador, ¿no querría algo de mí? Que diga… algo.

Me doy cuenta de que estoy sola en mi vieja casa rústica, medio desmantelada por mi marido y su hermano. Al instante enciendo todas las luces que puedo. Abro la puerta del sótano y me quedo mirando hacia la oscuridad. Por la razón que sea, tal vez por miedo, llamo a Evan, pero por supuesto no está allí. ¿Por qué iba a estar solo en un sótano a oscuras?

Mi marido no trabaja. Su hermano no me contesta. ¿Dónde podría estar?

Empiezo a sentirme ansiosa de nuevo, igual que cuando estaba cerca del aparcamiento, solo que esta vez no hay seguridad a la que pueda llamar. Un relámpago ilumina el exterior, seguido poco después por el estruendo de un trueno.

Pongo la televisión y cojo una bolsa de patatas fritas, intentando calmarme, cuando el móvil vibra. Miro y es Tommy. Suelto la bolsa de patatas para comprobar inmediatamente su mensaje.

—No está aquí. No le he visto desde esta mañana. Si sé algo de él, le diré que le buscas.

Bajo el teléfono, con las patatas a medio masticar todavía en la boca. Miro la hora. Llevo más de una hora viendo la televisión esperando a que vuelva a casa. Mañana tengo que volver a levantarme temprano para trabajar.

Ya ni siquiera me importa lo que haya pasado con Nicole y Evan; solo necesito saber que él está bien.

En un último esfuerzo, llamo al teléfono de Evan una vez más. Rezo para que responda. En ese momento siento una ligera vibración bajo el cojín en el que me apoyo en el sofá. Busco detrás de mí y noto un teléfono. Es el de Evan.

Corto la llamada ahora que sé que mi intento de contactar con él es inútil.

¿Evan se ha dejado el móvil en casa y ha salido? Eso no es propio de él. Suele estar pegado a este aparato día y noche.

Casi me entra el pánico. Pienso en llamar a la policía, pero me pregunto por qué iba a saltar a un extremo así. ¿Qué diría siquiera?

¿Ayúdenme, mi marido se ha ido de casa sin su móvil? Definitivamente, no es una reacción exagerada.

Intento calmarme viendo más televisión, pero el reality show no ayuda a mi estado de ánimo. Lo apago y subo las escaleras, encendiendo cada una de las luces que puedo por el camino.

Llego al dormitorio y, por supuesto, nuestra cama está vacía. Me meto bajo las sábanas, dejando la puerta del dormitorio entreabierta y la luz de la mesilla encendida para mantenerme tranquila.

No sé cuánto tiempo pasa, pero finalmente cierro los ojos y no los abro hasta después de un rato.

Cuando lo hago, la habitación está completamente a oscuras. Giro la cabeza y veo que la luz del pasillo está apagada. Un sonido a mi lado me sobresalta y oigo una risa.

—Soy yo —dice Evan, de pie junto a la cama. Se quita la camisa y se mete en la cama aún con los vaqueros puestos.

Le doy un golpe en el hombro. —Me has pegado un susto de muerte. ¿Dónde estabas?

Antes de que responda, puedo oler la cerveza. —Fui a un bar de por aquí.

—¿Solo?

—Sí —dice, haciendo un sonido de estiramiento—. No es que conozca a mucha gente por aquí.

—¿Por qué? ¿Por qué has bebido solo? Eso no es propio de ti.

Exhala fuerte. —Porque —dice bruscamente—, me puedo tomar una cerveza si necesito desconectar, ¿no?

—¿Te preocupa lo de Tommy? ¿La pelea que has tenido con él? ¿Qué ha pasado?

Vuelve a exhalar. —No vale la pena entrar en eso. Pero somos hermanos. Le llamaré mañana y ya se nos pasará. No pasa nada.

Le toco la espalda desnuda y le acaricio el vello del pecho. Inmediatamente me siento mejor.

—¿De qué conoces a Nicole? —pregunto, sin andarme con rodeos. Es tarde, estoy cansada y necesito saberlo.

—¿Te ha dicho algo ella? —pregunta él.

—Me dijo que debería preguntártelo a ti —digo. Me incorporo en la cama y le acaricio la parte superior de los hombros—. Así que cuéntame. —Me río.

—Fuimos *algo*… allá por el instituto.

—¿En el instituto? —pregunto—. ¿Nicole vivía en tu pueblo cuando erais jóvenes?

—Sí. Salimos unos años en el instituto, y unos años después también, pero no funcionó.

—¿Qué pasó?

Él vuelve a exhalar y percibo una ráfaga del fuerte olor a cerveza. —Simplemente somos personas distintas. —La subestimación del siglo.

—O sea que erais, ¿qué? ¿Novios de la infancia?

Él se ríe. —Supongo que se podría decir así. ¿Qué tal te fue el resto del día en el trabajo? —Le odio por cambiar de tema.

—Bueno, bien. Nicole y yo hablamos después y creo que las cosas vuelven a estar bien.

Evan asiente. —¿Va a ser difícil trabajar en tu nuevo puesto ahora que sabes que Nicole y yo tuvimos algo hace tiempo?

—Somos adultos —digo—. Quiero decir, ella es ahora una presidenta importante de una empresa. Superó al gran Evan Walker.

Él baja la cabeza. —¿Tú también me dejarás?

Su comentario me pilla por sorpresa, preguntándome por qué iba siquiera a sugerir algo así. —No, claro que no. Eres mi marido.

Él asiente. —Estoy agotado. Buenas noches. —Me da un beso rápido y se da la vuelta.

Sin embargo, ese no era el tipo de beso que quería de mi marido. He estado esperando verle toda la noche. Desde que me sorprendió en mi oficina, he tenido ganas de verle.

Le deseo. Le acaricio la espalda y le beso el hombro.

—Estoy cansado, Alice —dice. Pongo las manos a mis costados.

De nuevo, no es propio de mi marido rechazarme. ¿Cuánto ha bebido en el bar?

—Buenas noches —le digo. Me doy la vuelta hacia el otro lado y me quedo mirando a la pared—. No pasa nada porque hayas ido a

un bar esta noche, solo. Pero la próxima vez, ¿puedes escribirme o llamarme para decirme dónde estás? Estaba preocupada.

No responde de inmediato. Estoy a punto de repetirlo cuando finalmente contesta. —De acuerdo, jefa.

CAPÍTULO 13

Cuando abro los ojos, el sol brillante que entra por la ventana de nuestro dormitorio es casi cegador. Normalmente cierro las persianas, pero con los nervios de estar sola casi toda la noche ayer, se me olvidó.

Me giro para mirar el despertador de la mesilla de noche y casi me da un síncope al ver que las luces parpadean. Miro hacia fuera y me doy cuenta de que hay demasiada luz para ser las seis de la mañana. Cuando cojo el móvil y miro la hora, por poco grito al ver que pasan de las siete.

La tormenta debió de cortar la luz anoche, y también mi alarma. Suelo poner también la del móvil, pero anoche se me pasó. También podría culpar a la desaparición de Evan de eso.

Salto de la cama y Evan se despierta tranquilamente, estirándose entre las sábanas. — ¿Qué hora es? —pregunta.

—¡Llego tardísimo! —exclamo histérica. Corro al baño y me preparo lo más rápido posible.

Evan entra en el cuarto de baño y levanta la tapa del inodoro, vaciando su vejiga llena de alcohol procesado.

—¿Quieres que te lleve al trabajo? —pregunta bostezando.

No le respondo. A pesar de ser un hombre tan varonil, Evan es un poco lento conduciendo. Yo estoy acostumbrada a conducir por la ciudad en Vancouver. Puede que sea una profesional de los negocios muy educada, pero cuando estoy en la carretera, especialmente de camino al trabajo, soy de todo menos amable. Hay que ser implacable.

Hoy no es día para que mi marido, tan respetuoso con las normas, me lleve; llegaría aún más tarde.

Bato mi propio récord arreglándome para el trabajo. Para ser una directora ejecutiva en una empresa de cosméticos, hoy doy auténtica pena. No es precisamente la imagen adecuada para alguien en mi puesto.

Desde luego, no está siendo un «día precioso» por ahora.

Beso a mi marido mientras se cepilla los dientes, poniendo una mueca cuando entro en contacto con su pasta dental mentolada.

Dice algo inaudible hasta que escupe en el lavabo. — ¡Que tengas un buen día! —grita mientras salgo corriendo por la puerta.

Me enorgullezco de llegar al trabajo temprano, o puntual. Rara vez llego tarde, a menos que esté enferma o muriéndome. Con el error de haberme perdido la reunión de ayer y llegar tarde hoy, no estoy dando muy buena impresión.

Ahora que sé que Nicole y Evan fueron novios en el instituto, me pregunto cómo cambiará eso la dinámica de nuestra relación laboral. ¿Será ella aún más crítica conmigo o ayudará nuestra conexión mutua con Evan?

Pienso en ello mientras serpenteo entre el tráfico y aporreo el claxon, intentando navegar por las intensas calles del centro de Toronto. Por suerte, consigo llegar al aparcamiento en un tiempo récord, pero llego treinta minutos tarde.

Corro todo lo que puedo hacia mi edificio y, cuando entro, saludo con la mano al guardia de seguridad antes de pulsar frenéticamente el botón del ascensor. En mi antiguo trabajo habría subido por las escaleras, pero eso sería un poco difícil ahora estando en la planta treinta. Cuando las puertas del ascensor se abren, entro y recupero el aliento, retocándome el pelo antes de darme cuenta de que no he pulsado el piso al que tengo que ir.

Mientras el ascensor sube, pareciendo más lento de lo habitual, respiro hondo intentando calmar los nervios. Saco el móvil y abro la cámara, mirándome para colocarme los pelos sueltos del moño rápido que me he hecho al saltar de la cama.

Odio no ducharme por la mañana. Me siento sucia yendo a trabajar sin estar aseada. Las veces que no lo he hecho, me ha preocupado que de algún modo la gente sepa que no me he

duchado, y he sentido que apestaba aunque mi perfume ocultara el poco olor que pudiera tener.

Cuando las puertas del ascensor se abren en mi planta, salgo con calma, tomándome mi tiempo para saludar a algunos compañeros mientras pasan a mi lado.

Al pasar por delante de Leigh, le doy los buenos días y ella hace lo mismo. Miro hacia el despacho de Nicole e inmediatamente me invade la alegría al ver que no está detrás de su escritorio.

Ya llego cuarenta y cinco minutos tarde, pero Nicole no está en su despacho para notarlo. Con un poco de suerte, quizá ella también llegue tarde.

Me pregunto hasta qué hora estuvo trabajando anoche. Llegó justo cuando yo me iba. Quizá se ha tomado la mañana libre y vendrá más tarde.

Mis sueños se hacen añicos cuando veo a Nicole sentada en mi escritorio. Trago saliva con dificultad mientras intento mantener la compostura.

¿Qué demonios voy a decirle? Las excusas parecen una debilidad. Me digo a mí misma que simplemente voy a pedir perdón por mi error. No entraré en detalles. Probablemente no le importe cuáles sean. No quiere excusas; al menos yo nunca las quería cuando la gente que trabajaba para mí hacía algo que yo no aprobaba.

Abro la puerta y el rostro de Nicole se ilumina. Se levanta y me da los buenos días.

—Siento llegar tarde —le digo—. No volverá a ocurrir.

Ella le quita importancia con un gesto. — No hay problema, Alice. No pasa nada. Aunque tengo mucha curiosidad: ¿qué tal fue tu conversación con Evan anoche? ¿Es mucho preguntar? —Se ríe—. Me sorprendió tanto descubrir que es tu marido que tengo que saberlo.

Me río, intentando que no resulte incómodo. Nicole tiene una amplia sonrisa en la cara. Parte de ella debe de pensar que toda esta situación es graciosa. No parece molesta ni que esté intentando hacerme sentir incómoda.

—Sí, hablamos. —Le devuelvo la sonrisa—. Me contó que fuisteis novios en el instituto hace mucho tiempo.

Su semblante cambia, casi como si se hubiera metido algo agrio en la boca. — Bueno, supongo que esa es una forma de describir a tu antiguo prometido. —Se ríe—. Pensaba que simplemente diría que fui su prometida. Ay, Evan. No ha cambiado nada. Que Dios te bendiga por lo que tienes que aguantar. —Vuelve a reírse, pero yo ya no sonrío.

Evan no dijo ni palabra sobre que hubieran estado prometidos. Hizo que pareciera una situación inocente de instituto. Nada más que amor juvenil. Ahora resulta que los dos tenían planes de casarse.

—Él no me contó eso —digo, confundida.

—Ya —dice Nicole—. Se nota por tu expresión. No deberías jugar nunca al póker, cielo; se te daría fatal marcarte un farol. Pero así es Evan. Un hombre de pocas palabras. Supongo que no estuvimos prometidos mucho tiempo, pero aun así... —Deja las palabras colgando en el aire frente a mí, sin terminar la frase.

—¿Va a ser esto raro para nosotras? —pregunto, yendo directa al grano.

—¿Lo de Evan y tú? —dice con inocencia—. Claro que no. Eso fue hace literalmente una década. Yo he pasado página, y él también. Me alegro por vosotros dos. Aunque tengo que decir que casi se me cae la mandíbula cuando lo vi en nuestro vestíbulo el otro día. —Se ríe y esta vez yo la acompaño—. Fue sorprendente, por decir lo menos.

—Me lo imagino. —Vuelvo a reír—. Para mí también lo fue. Gracias.

—¿Por qué?

—Por no hacer que esto sea raro, porque lo es. —Me río de nuevo.

Ella asiente. — En realidad no lo es. Sé lo que quiero, y en aquel momento no era Evan. Me alegro de que parezca que ambos hemos tomado las decisiones correctas para nosotros. —Me dedica una sonrisa forzada y se me queda mirando—. Entonces, ¿dónde está? ¿Te la has dejado en el coche?

No estoy segura de a qué se refiere, hasta que caigo en la cuenta. — ¡Oh, no! Tu ropa de la tintorería —digo, llevándome una

mano a la cabeza—. No me puedo creer que no te la haya traído. —Le devuelvo una sonrisa forzada, pero esta vez ella no me la devuelve.

Me mira con severidad. — He dado por hecho que llegabas tarde porque estabas recogiéndola para mí. —Espera a que responda, pero no tengo nada más que malas excusas—. —No solo llegas tarde —dice alzando la voz—, sino que ni siquiera has hecho lo que te pedí. —Bajo la cabeza y me tomo un momento para mirar hacia fuera. Veo a unas cuantas personas mirando hacia mi despacho. No puedo culparles por contemplar el espectáculo.

Leigh es una de esas personas. Incluso desde tan lejos puedo notar la expresión de preocupación en su rostro.

—Lo siento, Nicole, de verdad que...

—No —dice, cortándome—. Necesito poder depender de ti. Incluso si se trata de cosas pequeñas, como hacerme un favor o, digamos, llegar puntual al trabajo. —Baja la cabeza y, cuando vuelve a mirarme, está radiante, como si nunca hubiera estado molesta—. No pasa nada, Alice. Solo necesito que estés más al tanto de todo aquí en LBS. Tenía grandes esperanzas puestas en ti cuando te contraté. Ahora... —Mira su reloj—. Tienes el tiempo justo para salir de la oficina y recoger mi ropa antes de nuestra reunión de las diez. —Su sonrisa se ensancha—. Así que vete ya, y date prisa. —Su rostro vuelve a agriarse—. Ya recuperarás el tiempo que te vas a ausentar después del trabajo. Y no llegues tarde a la reunión... por favor.

CAPÍTULO 14

Otra noche que se me hace tarde en la oficina, pero esta vez, al menos, voy a salir antes de que se ponga el sol.

Nicole me ha hecho quedarme varias horas después de mi horario. No solo me ha hecho «compensar» la hora que perdí de trabajo para ir a recoger su ropa de la tintorería, sino que he tenido que quedarme unas cuantas horas más sin motivo alguno.

Empiezo a darme cuenta de que mi trabajo puede tener muchas horas no remuneradas.

Volvía a estar yo sola en la oficina. Parece que la única persona que tiene que trabajar hasta tarde soy yo.

Afortunadamente, Nicole y yo solo hemos tenido unos pocos encuentros después del intercambio inicial. Puedo entender que esté molesta. Se supone que debo llegar puntual y, cuando no lo hice, asumió que era porque le estaba haciendo un «favor» al ocuparme de sus recados.

Aun así, me irrita cómo me ha levantado la voz. Cuando he tenido algún cargo de responsabilidad, nunca he menospreciado a nadie que trabajara para mí. Les hacía sentir parte del equipo. No los humillaba, ni los hacía sentir pequeños, ni les hacía recoger mi dichosa ropa de la tintorería.

¿Quién narices hace eso?

Una parte de mí quiere presentar la dimisión de inmediato.

Me he mudado a una provincia totalmente nueva, al otro lado del país, por este trabajo, y no está saliendo como esperaba. Nicole es como algo salido de una película de terror. Tan pronto me sonríe amablemente como me echa una bronca de mil demonios al momento siguiente. Obligándome a echar horas extra en el trabajo cuando nadie más lo hace.

Para colmo de males, ahora descubro que ella y Evan estaban comprometidos para casarse.

He intentado llamar a Evan por la mañana, mientras conducía frenéticamente a recoger la ropa de Nicole de la tintorería, para exigirle que me contara todo lo que pasó entre mi jefa y él. Por suerte no me ha cogido el teléfono, porque si lo hubiera hecho, me habría puesto tan intensa como se ha puesto Nicole conmigo en mi oficina esta mañana.

¡Comprometidos!

¿Cómo ha podido no contarme algo tan importante como eso?

¿Acaso estar comprometido con una mujer no era algo relevante para Evan? ¿Trataba las promesas de matrimonio como los trabajos y lo dejaba antes de llegar al altar? ¿A cuántas otras mujeres les pidió Evan que se casaran con él?

No ha sido hasta que he vuelto a la oficina cuando Evan me ha devuelto la llamada varias veces a lo largo del día, pero no he podido contestar. No con Nicole en el despacho de al lado. Durante una rápida pausa para ir al baño, le he enviado un mensaje a hurtadillas diciéndole que hablaríamos cuando llegara a casa y que volvería a llegar tarde. Me ha respondido con un emoji de pulgar hacia arriba.

Odio que haga eso. ¿No puede simplemente contestar con palabras? Parece una desidia. Igual que Evan.

Uf.

Comprometidos.

Durante todo el día, he estado dándole vueltas al tenso intercambio que he tenido con Nicole. Lo que lo hacía peor era ver lo educada y falsa que parecía mostrarse con los demás a medida que avanzaba la jornada.

Aparte del vicepresidente al que despidieron el día que empecé a trabajar en LBS, no he visto a Nicole tratar a nadie tan mal como a mí.

He pensado en lo que me ha dicho Leigh en nuestro descanso para el café. No te pongas en su contra. ¿Era ya demasiado tarde? ¿Debería empezar a recoger mis cosas de la oficina?

Antes de irme por hoy, varias horas después de mi hora de salida, he vuelto a leer el correo de Nicole que envió a toda la oficina. En él se pedía el envío de candidaturas por correo electrónico para los interesados en solicitar el puesto de vicepresidente.

Había hecho que pareciera que yo podría encajar bien en el puesto. Tenía un buen presentimiento conmigo, dijo.

Eso debe de haber cambiado ahora.

Nunca he sido de las que necesitan que les echen una reprimenda en el trabajo. Nunca llego tarde.

Pero, al parecer, ahora sí. Desde que me mudé a Ontario por este trabajo, nada me sale bien. ¿O soy yo?

Chica. Tonta.

Casi puedo oír a mi padre pronunciar esas palabras desde la tumba.

No valgo lo suficiente. Nunca he valido. ¿Por qué pensé que encajaría en este puesto para empezar?

Nunca estuve destinada a ser una verdadera líder, como Nicole.

Y aquí estoy, a mis casi treinta años, intentando ser algo que no soy. Intentando ser lo que mi padre dijo que nunca podría ser. Alguien de éxito.

Mi padre venía de una época en la que las mujeres servían a los hombres. Una mujer ejecutiva en una empresa era algo que él no entendería. Se quedaría atónito ante el éxito de una mujer como Nicole Barrett.

Al salir de la oficina, apago las luces de la planta. Camino hacia mi coche en el aparcamiento, sin pensar siquiera en los peligros potenciales que acechan en cada esquina, sino solo en mis fracasos durante el día.

No tengo lo que hace falta. Nunca lo tuve. ¿Por qué llegué a pensar lo contrario?

Soy una... chica tonta. Me estremezco ante el pensamiento.

Casi estoy llorando para cuando entro en el coche y giro la llave. Me tomo mi tiempo para llegar a casa y, cuando lo hago, ya veo desde fuera a Evan dando vueltas por la casa.

Al menos mi marido está hoy en casa y no en algún bar a solas.

Apenas tengo energía para preguntarle por qué no me dijo que Nicole y él habían estado comprometidos. ¿Por qué omitió ese detalle tan importante de: «ah, sí, se suponía que nos íbamos a casar»?

Se suponía que Nicole iba a ser la señora Walker original, no yo.

Me siento derrotada. Alguien podría decirme que el mundo está a punto de explotar y encajaría perfectamente con el día de hoy.

Abro la puerta y oigo la voz de Evan de forma elevada. —Está bien —entra en el salón, con el móvil en la oreja, y me mira fijamente. —Hablamos luego —concluye la llamada y se guarda el móvil en el bolsillo del vaquero.

—¿Quién era? —pregunto.

—Tommy —dice con rapidez.

—Supongo que no habéis hecho las paces.

Él niega con la cabeza. —No mucho, no. Hoy no ha venido.

Le miro la ropa. Está limpia. Ni una mota de polvo. Me doy cuenta de inmediato de que hoy no ha hecho nada de trabajo en la casa. ¿Qué ha hecho mi querido marido en todo el día mientras yo lidiaba con su ex prometida en el trabajo? La idea me enfurece y, de repente, encuentro fuerzas para preguntarle.

—¿Por qué no me dijiste que estuviste comprometido con Nicole?

Me mira de nuevo con la mente en blanco, luego mira alrededor de la habitación como buscando una respuesta. Me repito, con voz ligeramente más alterada.

Levanta las manos en señal de rendición. —Yo... Tienes razón, debería haberlo hecho. Es solo que, bueno, solo estuvimos comprometidos dos semanas antes de que todo terminara.

Me quito los tacones de una patada sin apartar la mirada de mi culpable marido. —¿Quién se compromete solo dos semanas? Tienes que contarme todo lo que pasó entre vosotros dos.

Se sienta en el sofá y me mira con ojos tiernos. Odio cuando pone esa cara. Tiene la capacidad de hacerme derretir como la mantequilla por muy molesta que esté con él.

Descruzo los brazos y me siento a su lado en el sofá. —Nunca me habías dicho que estuvieras comprometido con otra mujer antes —

digo con la cabeza baja. Le miro. —¿Por qué no lo hiciste?

Niega con la cabeza. —Supongo que no quería que pensaras mal de mí. Como he dicho, solo fueron dos semanas. No quería que pensaras que soy un loco que te pediría matrimonio para dejarte a las pocas semanas.

Exhalo aire. —¿Entonces por qué le hiciste eso a ella?

Asiente. —Me dejó ella, en realidad. Y me alegro de que lo hiciera. Estaba molesta porque yo no tenía ninguna ambición en la vida, según decía ella. —De repente, recuerdo las discusiones que he tenido con Evan sobre ese mismo tema. Hubo un tiempo, cuando salíamos, en que me preocupaba cómo sería un futuro con él. Una de mis amigas, antes de que aceptara casarme con él, incluso le llamó perdedor. Bueno, en realidad, un «perdedor guapo».

Puedo entender por qué Nicole sacó el tema con él.

—¿Así que decidió dejarte porque no trabajabas? —pregunto.

Él asiente. —Ella, como habrás notado, es una mujer con mucha iniciativa. Tenía grandes planes, ya por aquel entonces. —Se ríe —. Sabes, es raro, pero ahora que hablamos de esto, de algún modo me recuerda a ti. Tú, sin embargo, no te pareces en nada a Nicole.

Por un momento, me siento herida por su comentario. ¿Quería decir que yo no puedo tener tanto éxito como ella? Que no tengo lo que hace falta para ser como ella. Creo que se ha fijado en mi cara y aclara rápidamente lo que quería decir.

—A lo que me refiero es a que es prepotente. Era muy controladora. —Levanta la mano con frustración —. Podía estar furiosa un minuto y ser una santa al siguiente. Nunca sabía qué mujer me iba a encontrar ese día. Solo le pedí que se casara conmigo porque ella dijo que tenía que hacerlo. Lo esperaba de mí después de cuatro años de relación. ¡Si yo solo tenía veinte años! ¿Cómo narices iba a ser una persona con iniciativa y mentalidad empresarial como ella a esa edad? Hablaba de una casa. De hijos. Yo solo quería beber y divertirme.

Intento evitar pensar que no ha cambiado mucho en la última década. Recuerdo lo que me dijo anoche sobre que yo lo dejara.

—No me parezco en nada a Nicole —estoy de acuerdo.

—Ella es... ¿puedo decir esto? Es decir, lo es, es una zorra... uf.

Le dirijo una mirada de desaprobación.

—Vale —dice él—, perdón, no debería haber dicho eso. Es que es demasiado. Tuvimos tantas peleas que ni siquiera puedo contarlas. Éramos tóxicos el uno para el otro. Después de que rompiera conmigo y me devolviera el anillo, estuve afligido quizá un día, y luego me asombró lo pocos sentimientos que me quedaban después de que alguien con quien había salido varios años rompiera conmigo. Recuerdo haberle dicho a Tommy lo poco que parecía importarme no casarme con ella. Pensó que estaba loco. Él siempre creyó que Nicole era perfecta. Bromeaba sobre lo guapa que era. Notaba que él estaba celoso. Probablemente quería a una mujer como ella. Nunca vio el lado de ella que yo vi.

Pienso en lo falsa que ha sido Nicole conmigo hoy en el trabajo. Le cuento a Evan mi día. Las horas que me ha hecho quedar. Cómo me ha regañado delante de toda la oficina y me ha sonreído a la cara después como si nada.

Evan suspira. —No ha cambiado. Sigue siendo una... no lo diré.

—Una zorra —añado. Odio llamar así a otras mujeres, pero en mi rabia por lo ocurrido hoy, siento lo mismo que él.

—Déjalo —dice finalmente.

—La casa —digo, mirando alrededor —. La hipoteca. Las facturas. No nos quedan ahorros.

A Evan se le cae el alma a los pies. —Bueno, quizá no lo dejes de inmediato. Podrías preparar el currículum. Empezar a buscar discretamente. Yo iré más despacio con las reformas y trabajaré. Podríamos hacer una fiesta de búsqueda de empleo esta noche. — Se ríe y yo le sigo.

Me sonríe y yo apoyo la cabeza en su hombro. —Quizá debería preparar mi currículum. No sé si lo de LBS funcionará. No estoy teniendo un «Día Hermoso». —Evan me mira raro —. Es el estúpido lema que tiene la empresa. A la recepcionista del trabajo, Leigh, le obligan a decirlo cada vez que termina una llamada. «Tenga un Día Hermoso». —Niego con la cabeza —.

—Ahora me da más pena todavía esa chica, Leigh —se ríe Evan.

Esbozo una sonrisa forzada. Una imagen intrusiva de Nicole y Evan besándose me golpea. La idea de ellos juntos, teniendo intimidad, me asalta.

—Tengo que preguntarte una cosa —digo —. ¿Fue Nicole... fue ella la primera mujer con la que estuviste? —Él asiente —. ¿Y ella? ¿Fuiste tú el primero para ella?

—Sí —dice, sin añadir nada más.

Bajo la cabeza y cambio de tema. —Podría intentar conseguir un puesto de gestión en otro sitio. Si tú también trabajas, podríamos salir adelante. ¿De qué trabajarías tú?

Respira profundamente. —Ya se me ocurrirá algo. No te preocupes. —Me levanta la cara hacia él y me besa apasionadamente. Pronto, unos pocos besos se convierten en avances más coquetos. Estoy a medio camino de quitarle los vaqueros cuando me doy cuenta de que las cortinas del salón siguen abiertas.

—¡Evan! —grito —. La ventana.

Él sigue besándome el cuello y casi me olvido del asunto.

—Démosles un espectáculo a los nuevos vecinos —me susurra al oído.

—No tiene gracia —digo, dándole un cachete en sus calzoncillos.

—Vale, vale. —Se levanta, con los pantalones por las espinillas, y camina como un pato hacia la ventana, dándole un toque teatral al asunto. Cuando la habitación queda a oscuras y solo estamos nosotros, me mira con una sonrisa diabólica. —Y bien, ¿por dónde íbamos?

CAPÍTULO 15

Nicole

Me. Ha. Colgado.

¿Quién se cree que es Evan?

Sigue siendo un trozo de basura, incluso ahora. He podido oír a Alice de fondo volviendo a casa. No me importa. Él no tenía por qué hablarme así.

Ningún hombre me habla con ese tono.

Quería que se reuniera conmigo en el bar cerca de su casa otra vez.

Se ha negado.

Vale, está bien, pero no me hables así. No me trates como si no hubiera sido la mujer con la que querías casarte en algún momento de tu vida. Yo significaba algo para él.

Todavía significo algo para él.

La vida que Alice tiene con él ahora mismo podría haber sido mía. Después de lo que hablamos ayer en el bar, pensé que podríamos solucionar algo. Obviamente, me equivocaba.

Después de que me colgara, he sacado mi anuario del instituto. He tardado un poco en encontrarlo.

En una de las muchas fotos tomadas durante aquel año, una de Evan y yo, bastante grande, ocupa el centro de una de las páginas. Me rodea el hombro con el brazo y me besa en la mejilla. Incluso puedo ver a su hermano pequeño, Tommy, de pie detrás de nosotros, observando.

La foto fue tomada en el primer partido de baloncesto en casa que tuvimos aquel año. Tanto Tommy como Evan jugaban en el equipo. Los dos estaban muy guapos con la equipación.

Sonrío al pensar en aquellos tiempos con Evan. Era un recuerdo agradable. A veces pienso en cómo habría sido mi vida si nos hubiéramos casado. Ahora, solo cuando mi vida profesional está a punto de implosionar y podría acabar en la cárcel, me doy cuenta de mis errores.

Debería haberme convertido en la señora Walker. ¿Qué más daba si hubiera estado sin blanca viviendo con un hombre como Evan? Habría sido feliz. Toda la riqueza y las cosas bonitas que compro no significan nada para mí en este momento. Solo cuando algo está a punto de quitártelo te das cuenta de lo poco importante que era en realidad.

Evan y yo podríamos haber tenido algo especial.

Y, sin embargo, me ha colgado.

Y, sin embargo, me dejó plantada en el bar anoche.

Pronto descubrirá lo mala decisión que ha sido esa para él. Con suerte, cambiará de opinión sobre lo que quiero.

Evan tiene muchos esqueletos en el armario que apuesto a que Alice no conoce. Estar prometido conmigo era solo uno. Me pregunto qué pensará Alice de su marido cuando lo sepa todo.

¿Sabe ella lo violento que puede ser? ¿Las cosas que ha hecho?

Más le vale a Evan tomar la decisión correcta la próxima vez, o si no...

Cojo el móvil y espero a oír su voz. Me enfurece que no contesten de inmediato, hasta que les escucho.

—¿Qué están haciendo ahora? —pregunto.

—Están dentro de la casa.

Suspiro. —¿Puedes ver el interior? ¿Qué están haciendo?

Hay una larga pausa. —Besándose.

Suelto el aire. Odio pensar en lo que harán después, hasta que la voz al otro lado del teléfono prácticamente lo confirma.

—Acaban de bajar las persianas.

CAPÍTULO 16

Alice

Me quedé tumbada en la cama, incapaz de borrar la sonrisa de mi rostro.

De algún modo, incluso después de años de estar con Evan, él tiene esa asombrosa habilidad de satisfacer por completo mis antojos sexuales casi siempre.

Puede que no sea un hombre rico, ni siquiera trabajador, pero cuando se cierra la puerta del dormitorio, se pone manos a la obra. Empleado del mes. Matrícula de honor.

El hombre es bueno en la cama.

Le observo mientras sale de entre las sábanas y camina hacia el baño que está justo al lado de la puerta de nuestro dormitorio.

—¡Ay! —grita.

Me incorporo en la cama de inmediato—. ¿Estás bien?

Él asiente y levanta el pie para examinarlo—. He pisado un clavo.

Niego con la cabeza. Una víctima de su propio proyecto de renovación de la casa. A veces deseo que tuviera tanta determinación para terminar todo el trabajo de esta casa como la que tiene para satisfacerme a mí.

—¿Cuándo va a volver Tommy a ayudarte? —pregunto.

Vuelve a poner el pie en el suelo y me lanza una mirada incómoda—. No lo sé.

—Vosotros dos tenéis una forma muy particular de no superar las cosas —le digo. Es cierto. Odio lo explosiva que puede ser su rama de la familia. Todos se muestran mucho afecto, pero a la mínima, todo puede cambiar. Sin embargo, tengo que admitir que, si alguien llevara la cuenta, sería fácil ver a Evan como el vencedor en cuanto a quién empezó la disputa.

—Ya lo superaremos —dice Evan. Le oigo seguir por el pasillo—. ¡Ah, otra vez! —grita.

—¿Otro clavo?

—No, es este cable que he arrancado.

No puedo evitar reírme. Salgo de la cama, me acerco a la cómoda y empiezo a ponerme ropa cómoda. Suspiro al darme cuenta de que Evan no ha cerrado del todo las cortinas. Al menos se acordó de hacerlo cuando empezamos nuestra aventura sexual en el salón.

Lo terminamos todo en el dormitorio.

Sonrío pensando en lo increíble que es mi marido en ese sentido. Por un momento pienso en Nicole y luego pongo cara de fastidio conmigo misma por hacerlo.

¿Por qué estoy pensando en mi jefa?

Ella fue su primer amor. La primera mujer con la que tuvo relaciones sexuales. La razón por la que soy tan feliz ahora mismo es porque practicaron todo juntos.

¿Dominó primero su técnica en el dormitorio con ella?

Uf.

La idea me molesta.

No puedo seguir trabajando allí. Evan tiene razón. Va a ser extremadamente difícil, pero incluso sin ahorros y con apenas dinero entrando aparte de mi sueldo, tengo que dejar Lovely Beauty Supplies.

No puedo trabajar allí con Nicole, sobre todo ahora que sé lo suyo con Evan.

¿Voy a pensar en ella cada vez que tenga intimidad con mi marido? Si no lo hago, la veré al día siguiente en el trabajo.

Pienso en la forma en que Nicole me ha gritado hoy en la oficina. Tenía que saber que todo el mundo podía oírnos. En nuestra oficina de paredes de cristal, hasta podían vernos. Fue humillante. Ha sido como si me hubiera puesto a cuatro patas para azotarme el trasero delante de todos.

Rendirse va en contra de mi naturaleza. No es algo natural para mí como lo es para Evan. Yo no abandono, nunca. Mejoro. Si no

destaco en un trabajo, cosa que no ocurre jamás, es por algo que estoy haciendo mal. Arreglo lo que tenga que arreglar en mí.

Esta vez, puedo señalar fácilmente con el dedo a otra persona. Nicole Barrett.

Voy a dimitir por culpa de mi jefa. Nunca pensé que se me pasaría algo así por la cabeza.

Nunca me habían hablado con tanta dureza y ¿por qué? Por su ropa de la tintorería. ¿Por qué demonios me corresponde a mí ir a buscarla? Noto cómo me sube la tensión y se me enciende la cara de rojo al pensarlo.

Otro pensamiento intrusivo me asalta. Yo tengo a Evan. Ella no.

Aunque mi marido aprendiera sus dotes en el dormitorio gracias a Nicole, ella no le tiene. Él es mi marido. Yo soy la afortunada aquí. Tengo a un buen hombre que sabe satisfacerme y que suele estar dispuesto a hacerlo siempre que quiero.

Parece un pensamiento infantil, pero me hace sonreír con suficiencia saber que Nicole no puede tener algo que yo sí tengo.

Puede que tenga envidia de ella en todos los demás aspectos. Es la presidenta de una empresa. Es una figura importante en el mundo de los negocios y muchos la veneran por su capacidad emprendedora. Esa mujer ha sido portada de la revista *Forbes*. Es astuta para los negocios y sabe lo que hace.

Nicole Barrett es, esencialmente, todo lo que yo quiero ser, pero no tiene a Evan. En eso le llevo ventaja. No importa cuánto abuso más tenga que aguantar de ella antes de marcharme, sonreiré al pensar en eso.

No me iré de inmediato. Empezaré a enviar currículums en secreto para otros puestos ejecutivos. El problema es que hay un grupo pequeño de personas que dirigen empresas y parece que todos se conocen entre sí.

Juegan al golf juntos. Conocen los negocios de los demás. Hablan. Si no formas parte del club, no tienes ni idea de lo que dicen de ti.

Tengo que tener cuidado con a quién envío mi solicitud. Lo último que quiero es que Nicole se entere. Lo último que deseo es volver a trabajar para una empresa pequeña como la que tenía antes.

Aunque solo llevo unos días como miembro del comité ejecutivo, el trabajo en sí me tiene completamente enganchada.

Tengo que encontrar la forma de seguir ascendiendo sin quemar puentes. Y eso incluye a Nicole. Va a ser difícil, pero habrá una manera de hacerlo. Solo tengo que buscar mi oportunidad.

Me detengo junto al gran ventanal y miro hacia la calle oscura. Por suerte, mi zona no se parece en nada al centro de Toronto. Da menos miedo en la oscuridad. Veo todas las casas de la manzana, algunas con juguetes en el jardín delantero, y me siento más reconfortada.

Pienso de nuevo en Nicole y en cómo ella no estaba asustada, como yo, mientras caminaba por la manzana cerca del trabajo de noche. No le habría importado lo más mínimo llevar su ropa y su bolso caros. Podría haber sido un blanco fácil para los delincuentes, pero no lo habrías adivinado al mirarla.

Es porque ella es el depredador. Es el tiburón.

Vuelvo a mirar por la ventana y, por un momento, veo una sombra grande junto a mi jardín delantero. Una persona. Miro el reloj de mi mesilla. Es casi medianoche. Siento que el corazón me late más rápido, casi a punto de estallarme en el pecho cuando vuelvo a mirar por la ventana.

Suelto el aire profundamente, diciéndome que estoy exagerando. Solo es un arbusto. Miro algunos de los otros arbustos del jardín. Podrían confundirse fácilmente con un humano, sobre todo de noche. Los ojos pueden jugarnos malas pasadas.

Observo los arbustos; la brisa sopla entre sus ramas, haciendo que se muevan, excepto uno. De repente, este se mueve con rapidez. Veo una mano en la oscuridad mientras se aleja apresuradamente por la calle.

Me tapo la boca para no gritar.

Una mano me agarra el hombro y me aprieta. Ahora sí que grito hasta que Evan me calma.

—Eh, tranquila. —Se ríe—. Sé que no se me da bien dar masajes, pero eso no era necesario.

—Hay alguien fuera. —Señalo hacia el exterior—. Estaban en nuestro jardín, mirando hacia dentro de la casa. Cuando me he dado

cuenta, se han ido calle abajo.

—¿Así que ya se han ido? —pregunta confundido.

—¿Por qué estaban ahí?

Él se encoge de hombros—. Quizá un vecino curioso. Podría ser un tipo paseando a su perro. Mañana por la mañana encontraré alguna caca fresca en el césped.

—¿Puedes ir a echar un vistazo?

—¿A mirar qué? —pregunta extrañado—. Has dicho que has visto cómo se iban.

—Evan —le digo suplicante. ¿No podía simplemente hacer lo que le pido sin oponer resistencia? No es que esté chillando porque haya visto una araña. Había una puñetera persona fuera de nuestra casa, en nuestro jardín.

—Siempre saltas con las conclusiones más locas, Alice —se ríe.

—Me ha asustado.

Se ríe de nuevo—. Bueno, es que tú te asustas fácilmente.

Me giro hacia él con mirada sombría—. Por favor, ¿puedes mirar y ya está?

Suspira—. Vale, vale. —Se coloca detrás de mí, mirando por la ventana.

—No, ¿puedes salir fuera y comprobarlo? —Pongo los ojos en blanco.

Suspira más fuerte esta vez—. Vale, vale. —Me da un cachete en el trasero—. Si no he vuelto en diez minutos, llama a la caballería.

CAPÍTULO 17

Ha pasado una semana y, por suerte, no ha ocurrido nada relevante en el trabajo.

Es casi como si Nicole fuera una jefa completamente nueva. No es la misma persona que me menospreció delante de toda la plantilla. Tampoco ha vuelto a pedirme que le haga recados personales. En las reuniones y en el trabajo, me han tratado bien, no solo Nicole, sino el resto del personal. Se acabó eso de trabajar hasta tarde por las noches yo sola.

Las cosas han ido de maravilla.

Aunque es algo que no suelo hacer, incluso estoy forjando cada vez más amistad con Leigh. Hemos quedado unas cuantas veces para tomar café. Una vez incluso después del trabajo. También nos hemos intercambiado los números. Es un poco más joven que yo y es la asistente ejecutiva de Nicole, pero tengo que decir que disfruto mucho pasando tiempo con ella.

Empiezo a sentirme tonta por haber pensado siquiera en dejar LBS. Quizá mi primera semana en el puesto fue un error. Nicole podría haber estado bajo mucho estrés y, por la razón que fuera, me tocó a mí pagar el pato.

Ahora, nadie pensaría que algo va mal.

El otro día, Nicole entró en mi despacho solo para decirme que creía que había gestionado muy bien un proyecto. He vuelto a recibir elogios por mi trabajo.

Es casi como si las cosas hubieran dado un giro de 180 grados. Aunque tengo mi currículum preparado y he estado buscando puestos en los que creo que Nicole no se enteraría si me postulara, lo cierto es que no he enviado ni uno solo.

El aura en el trabajo ha cambiado por completo. De verdad que estoy teniendo un día precioso.

Nicole tampoco ha dicho ni una palabra sobre Evan. Pensé que iba a ser insoportablemente raro estar en el trabajo cerca de ella, pero no ha sido así. Nunca lo menciona, y yo tampoco.

Mientras estoy sentada en mi mesa, terminando mi tarea, no puedo evitar pensar en lo tonta que fui al querer irme.

Evan me ha dicho que tiendo a ponerme siempre en el peor de los casos. En mi cabeza, Nicole era un monstruo.

Empiezo a pensar que Evan en realidad tiene razón.

Las cosas están mejorando, no solo para mí, sino también para Evan. Tommy y él han hecho las paces. Su hermano ha vuelto a ayudarle con las reformas de la casa. Es agradable llegar a casa y ver a los hermanos compartiendo una cerveza.

Pasamos un momento divertido cuando Evan señaló que el estado sentimental de Tommy en Facebook había cambiado de soltero a «es complicado». Sigue negándose a contarnos más sobre su misteriosa chica.

Es bueno ver que él y Evan vuelven a comportarse como hermanos. Solo espero que su camaradería aguante esta vez, al menos hasta que mi casa no parezca un sitio en construcción.

Leigh se para frente a la puerta de mi despacho y me saluda con la mano. Yo le devuelvo la sonrisa.

—Buenos días —dice.

—¡Hola! —le respondo. Niego con la cabeza—. Oye, tienes que contarme cómo te fue en la cita de anoche. No me contestaste al mensaje. Tengo que saberlo. ¿Me dijiste que el hombre tenía barba de cuello? Tuve que buscar en Internet qué era eso exactamente.

La cara de Leigh se amarga. —Uf. Ni me lo recuerdes. Eso es lo que me pasa por intentar las citas por Internet. La foto de perfil no se parecía en nada al hombre que se presentó en el restaurante. Aguanté toda la cena con él sin afeitarle la cara, pero, sí, quiso llevarme a casa. Le dije que yo había traído coche y cogí un Uber. —Se ríe—. Pues sí, ahora estoy preocupada por la cita que tengo este sábado de la misma página web.

Niego con la cabeza. —¿Para qué necesita una mujer como tú páginas de citas?

Ella se ríe. —No todas tenemos la suerte de estar casadas con un maromazo como el tuyo.

Niego con la cabeza ante el comentario. —Si conocieras a Evan como yo, sería menos maromazo y más pesado.

Leigh esboza una sonrisa forzada. —Todos los hombres lo son.

—Mañana es nuestro segundo aniversario.

—Oh, qué bien —dice con tono juguetón—. ¿Qué vais a hacer este par de tortolitos?

—Iremos a un buen restaurante y luego ya veremos adónde nos lleva la noche.

—Con suerte, de vuelta al dormitorio —dice Leigh soltando una carcajada.

Sonrío de oreja a oreja. —Te cuento demasiado sobre mi vida, ¿verdad?

Leigh le devuelve la sonrisa. —Bueno, es un trato justo. Tú te tragas el desastre de mi vida amorosa. Mira hacia afuera del despacho, en dirección al de Nicole, y vuelve a mirarme—. Escucha, Nicole me ha pedido que te organice una reunión con ella para hoy.

—¿Para qué? —pregunto.

Leigh se encoge de hombros. —No me ha dado ninguna razón. ¿Quieres que le pregunte?

—No, no. Está bien. Me viene bien a cualquier hora.

—Lo más temprano que puede es a la una.

Asiento. —Perfecto. Gracias, Leigh.

Me dice adiós agitando los dedos. —Hasta luego, chica —dice—. ¿Hacemos pausa para el café hoy?

—Por supuesto —digo con una sonrisa—. Mi nueva adicción es la cafetería a la que me llevaste, y es todo culpa tuya. Hoy invito yo.

Leigh sale de mi despacho y observo cómo camina de vuelta hacia la zona de recepción. Cuando giro la cabeza, veo a Nicole mirando hacia mi despacho. Me sonríe antes de volver a mirar su ordenador.

La mirada que me ha dado me inquieta por alguna razón mientras vuelvo a centrar la vista lentamente en mi pantalla.

¿Para qué querrá verme Nicole hoy?

Al instante pienso en la mujer mayor pelirroja, la antigua vicepresidenta. La mujer que fue despedida el día que empecé a trabajar en LBS.

¿Me van a despedir? ¿Por qué? ¿Por qué motivo?

¿Por los problemas que tuve la semana pasada? ¿Cree Nicole que ya no encajo en su empresa y quiere que me vaya? ¿Qué significaría si me despidieran de verdad? Es algo que nunca me ha pasado antes.

¿Qué supondría buscar trabajo estando desempleada? Me pondrían en la lista negra para cualquier puesto ejecutivo, para siempre.

Me tranquilizo, intentando pensar en lo que me dijo Evan. Ya estoy otra vez igual. Sacando conclusiones precipitadas y pensando en los peores resultados.

Nicole ha empezado a charlar con otros empleados sobre la vacante de vicepresidencia. Podría tratarse fácilmente de eso.

Aunque yo no me he postulado. Después de la semana pasada, supuse que no tenía ninguna oportunidad. La semana pasada no quería seguir en LBS, así que ¿por qué iba a solicitar su segundo puesto más importante?

Hago todo lo posible por calmar los nervios hasta nuestra reunión, pero es insoportablemente difícil. No salgo a tomar café con Leigh. No quiero que me vea como el manojo de nervios que soy ahora mismo. Con las aletas de la nariz vibrando como las de un dragón o tomándome el pulso como una maníaca.

Pienso en llamar a Evan, solo por oír su voz. En lugar de eso me concentro, lo mejor que puedo, en mi trabajo, y por fin llega la hora de nuestra reunión, sintiendo como si hubieran pasado casi diez años.

Tal como hizo Leigh, me detengo frente a la puerta de cristal de Nicole, mirándola con una amplia sonrisa. Llamo a la puerta, pero Nicole no levanta la vista hacia mí.

—Pasa —dice.

La sonrisa de mi cara se desvanece. *¿Pasa?* ¿Quién le dice eso a alguien con ese tono? ¿Qué soy, un perro?

Hago lo que me ordena, abro la puerta de su despacho y entro con cautela. —Hola, Nicole —digo, fingiendo otra sonrisa—. ¿Cómo va el día?

Ahora sí me mira y me devuelve su propia sonrisa falsa. —Muy ajetreado. Aunque me alegro de que hayamos podido reunirnos. Quería charlar contigo. A ver, llevas aquí algo más de una semana. Un gran cambio para ti también, viniendo de Vancouver. ¿Qué tal te va por aquí?

Intento evitar mi frustración por la semana pasada y me centro solo en cómo me he sentido desde entonces. —Ha ido genial. Tienes un personal muy acogedor aquí. Me han hecho sentir como en casa. —Es verdad. Si Nicole no estuviera loca, mi trabajo sería absolutamente perfecto.

—Estupendo —Nicole se acomoda en su asiento, alisándose la falda negra. —¿Y Evan? ¿Cómo lleva la mudanza aquí? Estará contento por haberse reencontrado con Tommy. Esos dos eran uña y carne en sus tiempos. —Nicole se ríe y yo siento ganas de encogerme en mi asiento. Oír el nombre de mi marido salir de sus labios me revuelve el estómago.

—Bueno, ahora mismo está muy ocupado reformando la casa. —Puedo oír la voz de mi marido en mi cabeza. *Dile que no se meta. No hables de tu vida personal en el trabajo. Si te hace sentir incómoda, pídele que no me mencione. Sé asertiva.* Tomo aire antes de encontrar las palabras. Solo he practicado este momento frente al espejo durante toda la última semana. —Si te parece bien, Nicole, preferiría no hablar en el trabajo sobre mi marid...

—¿Por qué no has solicitado el puesto de vicepresidenta? —pregunta tajante, interrumpiéndome. Su pregunta me descoloca.

—¿El puesto? —pregunto, confundida por el hecho de que lo pregunte.

—Sí, creo que serías estupenda para ello, de verdad. —Me sonríe de nuevo—. Sin duda tienes lo que hace falta. Claro, tuviste un par de meteduras de pata tu primera semana, pero tu trabajo habla por sí solo. Le echas horas como nadie más aquí. Busco a gente que dé el máximo y esa eres tú. Me lo has demostrado.

—No estaba segura de qué posición ocupaba aquí en LBS, para serte sincera —le digo—. Pensé que no estabas contenta con mi rendimiento.

—Todo lo contrario, Alice. Estoy muy contenta con tu progreso. Estás superando a algunos de mis ejecutivos veteranos. Aunque algunos de ellos tienen esa actitud de que ya les toca el turno. Dan por hecho su tiempo aquí. Sé que este no es el último lugar donde quieres estar, aquí en LBS. ¿Cuáles son tus verdaderas aspiraciones?

Bajo la cabeza y me arreglo la falda ahora. —Bueno, para ser sincera, tú. —Nicole sonríe más ampliamente—. Me inspira mucho lo que has logrado y siendo una mujer tan joven. —Nicole me quita importancia con un gesto y se ríe—. No, de verdad. Siempre estoy dispuesta a trabajar duro y a ir más allá de lo necesario para llegar a donde estás tú. Haría lo que fuera necesario. Quiero que lo sepas, Nicole.

—Es bueno oírlo, porque si llegaras a ser vicepresidenta, especialmente a tu *verdadera* edad tan temprana... —esta vez le devuelvo una sonrisa auténtica—, la puerta a un puesto de presidencia podría ser tuya en pocos años. Este trabajo abrirá no solo algunas puertas, sino todas.

La idea me impacta.

—Bien —dice Nicole irguiéndose en su silla y llevándose un bolígrafo a sus labios rojos—, quiero concertar una cena. Una reunión, quiero decir. Llamaré a Evan para organizarla.

—¿A Evan?

—Exacto —dice radiante—. Tengo su número aquí. —Busca entre un montón de papeles en su mesa y saca un formulario de información del empleado que rellené mi primer día. —Es tu contacto de emergencia, ya veo. Hablaré con él sobre el tema.

—¿Quieres concertar una reunión con mi marido y conmigo para cenar?

—Solo con él.

Trato de recuperar el aliento. ¿Me trae aquí para hablar de ascensos y ahora pretende que me quede sentada mientras habla de irse de cita con mi marido? Incluso lo ha llamado «cena».

—¿Por qué? —le digo con voz firme. Intento calmarme. Sentir tanta rabia dirigida hacia mi superior es algo que no había experimentado nunca.

—Bueno, para ponernos al día. Tú me cuentas cosas de él y parece que le va bien. Pero quiero que me lo cuente él. Ponernos al día.

—¿Quieres tener una cita con mi marido?

Me señala con el bolígrafo. Mi instinto me dice que se lo quite y se lo tire a la cara, pero en lugar de eso me quedo sentada escuchando. —No he dicho cita, ¿verdad? Atención al detalle, Alice. Esa es una parte importante de ser vicepresidenta. Quiero ponerme al día, he dicho. Éramos íntimos. Él fue una parte importante de mi vida. Será algo amistoso, por supuesto.

—¿Pero quieres estar a solas con él?

—¿Cómo pueden dos personas ponerse al día de verdad si tú estás en la habitación? —Se ríe—. Digamos mañana por la noche después del trabajo. No quiero planear una cena de fin de semana. Eso suena demasiado a cita para mi gusto. —Se ríe—. Desde luego, no quiero darte una impresión equivocada.

Nuestra cena de aniversario es mañana. Yo quería celebrar nuestro matrimonio el día que realmente nos casamos. No hay ninguna posibilidad de que esta loca vea a mi marido ese día.

—El miércoles no puede ser —digo. Me levanto de la mesa, incapaz de ocultar mi asco por esta mujer—. ¡Nada de esto puede ser! ¡Es mi marido!

—Baja la voz, por favor —dice Nicole, haciendo un gesto con las manos—. Por favor, compórtate de forma profesional. Al fin y al cabo, este es nuestro lugar de trabajo, vicepresidenta.

La forma en que me arroja el título a la cara me pone enferma. ¿Cree que voy a prostituir a mi marido a cambio de un ascenso?

—Esto ha ido demasiado lejos, Nicole. No puedo seguir trabajando aquí un...

—Yo me lo pensaría muy mucho —dice ella, levantándose y sosteniéndome la mirada—. Te estoy hablando de ascensos hoy mismo. Una empresa líder en suministros de belleza y tú podrías ser su vicepresidenta. Piensa bien en lo que eso podría suponer. —Al ver

que no respondo inmediatamente con desprecio, sonríe. Su sonrisa se desvanece rápido—. Pero imagina lo que podría pasar si no haces lo que te pido. Conozco a mucha gente, y no solo en Toronto. Una vicepresidenta necesita tomar decisiones rápidas a veces. Demuéstrame que tienes lo que hay que tener. O no lo hagas. Tú decides. Tómate un día para pensarlo bien y luego quiero mi respuesta.

CAPÍTULO 18

No le he contado a Evan lo de hoy. Sé lo que dirá.

—Déjalo.

Debería hacerlo. Lo sé. Si lo hago, estaré renunciando a todo lo que siempre he querido.

Nicole no solo me ha amenazado con lo de dejar el trabajo, básicamente me ha dicho que arruinará mi carrera si lo hago.

Nada de esto es legal. Una jefa usando su poder sobre una subordinada para conseguir lo que quiere. ¿Y qué es lo que quiere?

Eso también está claro. A mi marido.

Mi jefa está completamente desequilibrada. Menos mal que dejó a Evan cuando eran más jóvenes, o de lo contrario la vida de él sería peor de lo que me siento yo en este momento. Como empleada, puedo desconectar del trabajo. Imagina estar casada con ella. Tener que estar cerca de una persona tan terrible todos los días.

Eso sería verdaderamente un infierno.

¿Cómo pudo Evan llegar a prometerse con alguien como ella?

Me tumbo en la cama, pensando en mi reunión en su despacho. No he podido evitar reproducirla en mi cabeza una y otra vez.

Ha sido tan grosero. Sin andarse con rodeos. Entrégame a tu marido, o si no...

Unos golpes en la puerta me sobresaltan. Evan entra con un cuenco y un vaso de agua.

—Te he hecho sopa —dice—. Aunque solo teníamos latas de sopa de tomate en la despensa. —Pone una mueca de disgusto.

Le sonrío mientras deja mi cena en la mesilla de noche. Miro la sopa y me asombra que la haya decorado con un poco de parmesano, como a mí me gusta. Le miro y siento náuseas por dentro, sabiendo lo que Nicole quiere.

Evan se sienta en la cama al lado de mis piernas, acariciándome el costado. —Oye, ¿al final no me has dicho qué tal el trabajo hoy?

Cojo el vaso de agua y bebo un sorbo. El trabajo y Nicole son lo último de lo que quería hablar.

—Bien —digo. Quiero contárselo. Sé que Evan, por supuesto, se pondrá de mi parte, pero podría empeorarlo. Él es directo y agresivo. Si se lo dijera, irrumpiría en LBS directo al despacho de Nicole y la mandaría al infierno. ¿O no lo haría? Recuerdo la cara que puso cuando vio a Nicole por primera vez en mi trabajo. Era como si hubiera visto un fantasma. Estoy empezando a estar tan aterrada de Nicole como él.

—¿Crees que es solo un virus? —pregunta—. ¿Sea lo que sea lo que tengas? —Niega con la cabeza—. Uf, por favor, no me lo pegues. Quizá deberíamos cancelar nuestra reserva de mañana. Lo último que quiero es que mi mujer esté enferma en nuestro aniversario.

Le miro por un momento. Siento que la sangre me hierve. Eso sería exactamente lo que Nicole habría querido. Voy a celebrar mi aniversario con mi marido.

—No, estaré bien —digo—. Ya me encuentro mejor. Creo que solo necesitaba descansar.

—¿Te está estresando el trabajo?

Más bien el trabajo es lo único que me está estresando.

—Algo así —respondo.

Evan me pone la mano en la frente. —Bueno, no pareces tener fiebre. —Vuelve a poner una mueca—. Quizá debería dormir en el sofá. No quiero pillar esto, sea lo que sea.

Me doy la vuelta, dándole la espalda. —Haz lo que quieras.

Él hace una pausa. —Oye, ¿estás enfadada conmigo? Solo es que no quiero ponerme enfermo. Nada más.

Una parte de mí está enfadada, y no sé por qué. Estoy enfadada porque mi jefa sea alguien con quien él estuvo prometido. Estoy enfadada porque su ex me esté volviendo loca. Estoy enfadada conmigo misma por no haber dimitido de inmediato.

¿Vale la pena esto por mi sueño de ser algún día una mujer al mando?

No dejaré que Nicole Barrett me arrebate eso.

—Simplemente me siento fatal —digo—. Duerme en el sofá. No pasa nada. No quiero que se te pegue esto. —Más bien no quiero que sienta la ira de Nicole. Tengo mis currículums preparados. Es hora de empezar a usarlos. Mañana empezaré a enviarlos.

—Buenas noches —dice, levantándose. Se inclina hacia mí y me besa la frente—. Llámame si necesitas algo. Estaré trabajando en el dormitorio del final del pasillo unas cuantas horas más.

—Gracias —respondo, sin darme la vuelta. No puedo mirarle. Si lo hago, sabrá que estoy hecha un desastre. Si le miro a esos ojos preciosos, le abriré mi alma.

Me quedo en la cama un rato, pensando más en Nicole y en lo que debería hacer mañana.

Una imagen de mí irrumpiendo ante ella y dándole una bofetada con todas mis fuerzas me hace sentir mejor, pero por supuesto no es realista.

Dimitir es una opción mucho mejor, y una que no me llevará a terminar esposada.

Mi móvil vibra bajo las sábanas y contesto. —¿Diga?

De nuevo, me responde el silencio. Sé que hay alguien ahí porque puedo oírle respirar.

—¿Quién es? —pregunto—. ¿Por qué sigues llamando? —Me viene a la cabeza la imagen de Nicole con mi información personal de emergencia—. ¿Nicole? ¿Eres tú?

Oigo que su respiración se vuelve más ruidosa. Alejo el teléfono de mi oreja y veo que el número es privado. Vuelvo a ponerme el teléfono en la oreja y la respiración al otro lado es tan fuerte que retiro el oído del teléfono. Cuelgo y lo suelto sobre el colchón.

Salgo de la cama y miro afuera, hacia el cielo oscuro, y pienso en la persona que estaba en mi jardín la semana pasada. Me quedo mirando los arbustos donde la vi. Esta vez, todos los arbustos se mueven con el viento de forma normal.

Mi teléfono vuelve a vibrar en la cama. La pantalla se ilumina, alumbrando la habitación oscura, mostrando que el número privado vuelve a llamarme.

Esta vez no contesto. Me limito a observar cómo sigue vibrando hasta que se detiene y la habitación vuelve a quedar completamente

a oscuras. Me quedo mirando el móvil, esperando a que se ilumine de nuevo por la llamada.

Contengo el aliento cuando no sucede de inmediato. Miro también por la ventana y, aunque estoy alerta por lo que pudiera haber fuera, no veo nada.

Entonces oigo sonar el teléfono otra vez, solo que esta vez no es el mío. Se oye débil, pero viene de fuera del dormitorio. Se detiene poco después, y abro ligeramente la puerta del dormitorio, escuchando los sonidos casi susurrados de mi marido.

—No, no lo haré —dice con intensidad—. Me parece bien. Corto la llamada. No me importa lo que hagas. —Doy unos pasos fuera de la habitación y las viejas tablas del suelo crujen, alertando a mi marido—. Buenas noches.

Camino por el pasillo y asomo al dormitorio de invitados donde está trabajando Evan. Ya ha colgado el teléfono. Se gira hacia mí y sonríe.

—¿Te sientes mejor? —pregunta.

Asiento. —Supongo. ¿Quién era?

—Tommy —dice—. Viene mañana. Le he dicho que venga cuando quiera.

Me quedo mirándole, sabiendo que eso no era lo que había dicho. —Has dicho que no te importa lo que hicieran.

Evan me mira inexpresivo. —Exacto. Ha dicho que quería pasarse sobre el mediodía. Me parece un poco tarde, pero quiero decir, es ayuda gratis. Quién soy yo para decirle a qué hora tiene que venir. A cualquier hora me va bien. No me importa.

Asiento. —Alguien me ha estado llamando al móvil últimamente. No dicen nada, solo respiran al teléfono.

Evan se levanta del suelo, sacudiéndose la suciedad de los vaqueros. —¿Cuántas veces?

—Empezó hace un tiempo. No lo sé. Normalmente me limito a colgar. Empieza a darme miedo. Y además estaba esa persona fuera de casa la semana pasada.

—He mirado fuera. Quienquiera que fuera, se ha marchado. Como dijimos, probablemente era un vecino. Alguien que vive cerca. Quizá tengan curiosidad por saber quién vive ahora en esta casa.

Asiento de nuevo. —Ya. No lo sé. Es que estoy preocupada.

—¿Por qué? —pregunta. No le respondo. Evan me coge la mano con suavidad y me la besa—. Estoy aquí. No tienes nada de qué preocuparte. —Vuelve a besarme la mano.

—Sabes, creo que me encuentro lo bastante bien para un beso de verdad.

Me sonríe y me da un beso suave, sin lengua, pero por supuesto no puedo culparle por eso.

Le devuelvo la sonrisa. —¿Puedes dormir conmigo en la cama esta noche?

CAPÍTULO 19

Hoy voy a chantajear a mi jefa.

Es algo que nunca pensé que se me pasaría por la cabeza, y mucho menos que llegaría a hacer.

Sentada en mi despacho, trato de armarme de valor para lo que estoy a punto de hacer.

Apenas he podido dormir anoche, incluso con Evan en la cama conmigo. Su presencia me reconfortaba, aunque técnicamente es por su culpa por lo que no puedo pegar ojo. Su loca ex-prometida está intentando manipular mi carrera para llegar hasta él. La idea me revolvía el estómago, aunque no estuviera enferma de verdad.

Anoche, a última hora, busqué una aplicación de grabación que pudiera abrir y poner en marcha rápidamente. En algún momento de hoy, entraré en el despacho de Nicole y le diré a la cara que no a su propuesta de chantaje a cambio de una cita con mi marido.

Grabaré la conversación. La usaré para demandarla si hace falta. La enviaré a todos los periódicos de Canadá. Una empresaria de alto nivel como Nicole seguro que genera suficiente expectación como para que quieran publicar la historia.

Si quiere jugar sucio, me aseguraré de que no pueda volver a estar limpia nunca más.

Después se lo diré a la cara, le hablaré de la grabación. La esperanza es que se retire por completo. Empezaré a buscar trabajo rápido. Encontrar otro puesto ejecutivo. Irme de LBS lo antes posible.

Podré conservar mi carrera y a mi marido sin que Nicole interfiera con ninguno de los dos.

Mi plan tiene sus fallos, como el hecho de que en realidad no quiero llevarlo a cabo. Nos expondrá a mi marido y a mí al juicio del

público. Seré el tema de conversación en las cenas de mucha gente ese día.

—Oye, ¿te has enterado de lo de esa mujer a la que su jefa chantajeó para que se acostara con su marido?

Ya me lo imagino, y la idea me horroriza. Evan lo odiaría. No le he dicho exactamente lo que planeo. No voy a contarle nada de esto a menos que no me quede más remedio.

Él podría empeorar las cosas. Es mejor que me marche de LBS tan pronto como pueda.

Es casi la hora de comer y Nicole no ha pedido otra reunión conmigo ni me ha llamado a su despacho. Lo agradezco. Necesito tiempo para ganar confianza.

Lo cierto es que odio los enfrentamientos. Este tiene que ser el enfrentamiento más extremo que tendré jamás.

Si cometo un error, podría suponer el fin de mi carrera. ¿Qué pasa si intento grabar la conversación y la aplicación no funciona? Debería funcionar. He pagado por ella. La probé en casa antes de venir a trabajar e incluso en el aparcamiento antes de entrar en el edificio. Sé que funciona y cómo usarla.

No le diré a Nicole lo de la grabación hasta que confirme que tengo nuestra conversación guardada y que el audio se oye con claridad.

Sin pruebas, sería mi palabra contra la suya. Es cierto que una acusación podría dañar la reputación de una mujer como Nicole Barrett, pero en el tribunal de la opinión pública habría muchos que dudarían de si digo la verdad. Eso solo en el caso de que lo hiciera público, algo que ruego no tener que hacer nunca.

De vez en cuando, miro hacia el despacho de Nicole. Ha estado allí todo el día. La he visto con su sonrisa falsa pegada a la cara mientras hablaba con el personal que entraba y cuando estaba al teléfono. Ver su rostro me pone enferma. No puedo creer lo que esta mujer me está obligando a hacer.

Es casi como si estuviera esperando a que fuera a darle mi respuesta. Como si supiera que tengo que decir que sí.

Saco el móvil. He estado enviando mensajes a Evan a escondidas todo el día. Mi último mensaje ha sido para preguntarle cómo van

las reformas.

He sentido vibrar el móvil hace un rato, pero he esperado para mirarlo.

Evan: —Bien. Avanzando mucho hoy. Sigo esperando a que aparezca Tommy. No sé si vendrá. Dice que está ocupado con esa chica con la que está saliendo.

Respondo rápidamente: —¿Cuándo la conoceremos por fin?

Él contesta de inmediato: —Estoy casi seguro de que no existe. —Acompaña el texto con un emoticono de risa.

Dejo el móvil sobre la mesa y me froto los ojos.

Tengo que acabar con esto de una vez. Basta de esconderme de lo que tengo que hacer. Nicole no va a ceder. Será implacable. Ya veo a qué se refería Evan con respecto a ella. Hará lo que haga falta para salirse con la suya.

Unos golpes en la puerta de mi despacho interrumpen mis pensamientos y dejo de respirar al ver que es Nicole, con una nueva sonrisa falsa en el rostro, mirándome fijamente. Antes de que pueda coger el teléfono y abrir la aplicación, abre la puerta.

—Buen día, Alice —dice. Se acerca un poco más a mí—. ¿Y cómo está hoy? Esperaba que pasara a verme.

Me quedo mirando el teléfono, con ganas de cogerlo rápido. Ya tengo la aplicación abierta. Solo tengo que pulsar el botón de grabar. La pantalla se volverá a quedar en negro mientras lo hace. No se notará.

—Estoy bien, Nicole, ¿y usted?

—Bueno, al igual que nuestro eslogan, realmente estoy teniendo un «Día Hermoso». —Se ríe.

El teléfono vibra sobre la mesa y lo cojo rápidamente. Veo que es Evan. —Perdone —digo mientras abro el teléfono y pulso el botón de grabación. Finjo que estoy leyendo un mensaje. La aplicación muestra un número rojo que va subiendo, confirmando que está encendida, antes de que la pantalla se apague.

—Perdone —repito—. Tenemos una emergencia con la reforma de casa. Evan se cree fontanero y ahora mismo se nos está inundando un poco todo.

—Qué horror —dice mientras mira mi teléfono—. Conociendo a Evan, estará convencido de que puede arreglarlo. —Se ríe de su propio chiste—. Por cierto, venía a preguntarle... ¿Ha pensado algo más sobre solicitar el puesto de vicepresidenta, Alice?

Sonrío. —Bueno, Nicole —me aseguro de decir su nombre claramente para la grabación—, he pensado en lo que está haciendo y...

—No pasa nada —dice ella—. Lo entiendo. Sé que es mucho. Acaba de mudarse a Toronto y ahora le pido que opte al segundo puesto más importante de aquí. Es que creo que encajaría de maravilla. Si alguna vez se lo replantea, dígamelo. Estoy... —Señala su despacho—. ...justo ahí mismo.

Esto no va como había planeado. Se suponía que Nicole iba a sincerarse conmigo. A alterarse. A repetir lo que dijo ayer. Mi teléfono no está registrando más que a una jefa amable aconsejándome sobre mi carrera.

Me levanto de la silla. —Lo que dijo sobre mi marido, Evan, es...

Me vuelve a interrumpir. —Alice —dice en voz alta—, sé que para ambas es violento que esté casada con un hombre que estuvo comprometido conmigo. Ya se lo dije, no pasa nada. Me parece bien. Tanto él como yo hemos pasado página. Me alegro de que haya encontrado a una persona tan encantadora como compañera de vida. Han pasado años. No tiene por qué preocuparse por eso. Y ahora, tengo que marcharme. Tengo esa reunión tan importante con Warner. Mañana vendrán también para hacer una visita guiada. Ese material de marketing del que hablamos, ¿lo ha terminado?

Vuelvo a titubear, intentando encontrar la forma de reconducir la conversación hacia su chantaje, pero fracaso estrepitosamente.

—Bueno... —Me quedo ahí, tropezando con las palabras.

—¿Puede quedarse hoy hasta tarde para terminarlo? —pregunta, y su sonrisa falsa se ensancha aún más.

Esta noche es mi cena de aniversario. Ella no lo sabe, por supuesto, pero no voy a dejar que me arruine la velada.

—No —digo en voz más baja—. Esta noche no puedo.

La sonrisa de Nicole desaparece rápidamente y se me queda mirando un momento antes de que su mueca perversa regrese a su

rostro. —No hay problema. Gracias por la charla. —Se da la vuelta y sale de mi despacho a paso rápido.

Bajo la cabeza y me quedo mirando el teléfono, que ha grabado en secreto uno de los intercambios más agradables que he tenido jamás con la presidenta de una empresa.

CAPÍTULO 20

Nicole se ha ausentado durante el resto de la jornada laboral. Casi es la hora de salir y no la he visto desde nuestra conversación en mi despacho.

La aplicación de grabación ha funcionado a la perfección; al estar sobre mi escritorio, ha captado la voz de Nicole con facilidad. El problema es que no ha captado nada que valga la pena.

Me recuerdo a mí misma que habrá otras oportunidades. Varias veces a lo largo del día, me insulto en secreto por mi mentira descarada sobre la rotura de la tubería de Evan. ¿He hecho que resultara demasiado obvio que estaba grabando la conversación? No se me da precisamente bien intentar chantajear a mi jefa. Me pregunto por qué a Nicole le sale de forma tan natural.

Esa sensación de malestar en el estómago ha regresado.

¿Qué narices hago ahora?

Evan necesita saber qué está pasando. Necesita saber por lo que me está haciendo pasar su loca ex-prometida.

Esta noche, en nuestra cena de aniversario, se lo contaré todo. Se acabaron los secretos. Estamos casados y tenemos que ser un equipo en esto.

Odio la idea de que, en un día en el que celebramos nuestro matrimonio, tengamos que pasarlo hablando de su ex-prometida. En lugar de tener un día feliz recordando nuestra historia de amor, nos centraremos en cómo una antigua amante está arruinando todo en mi vida.

Los preparativos para el enfrentamiento con Nicole han sido suficientes para que me sintiera físicamente mal. Pensar en tener otra conversación difícil hoy con Evan me produce náuseas.

Por suerte, el restaurante no está demasiado lejos de la oficina. Hicimos la reserva para poco después de terminar el trabajo. Veré a Evan pronto. Me desahogaré sobre todo lo que está pasando y el lío en el que me encuentro por culpa de ello. Sé que él armará un escándalo. Me imagino que, si fuera él quien tuviera que enfrentarse a Nicole hoy, no se molestaría con un dispositivo de grabación. Le gritaría y le daría voces delante de todos. No haría falta ningún aparato de escucha porque todo el mundo sería testigo de lo que ocurre.

Suspiro, pensando en cómo debería haber gestionado mejor la conversación con Nicole.

Unos golpes en la puerta de mi despacho interrumpen mis lamentos. Medio espero que sea Nicole de nuevo, atormentándome más, pero en su lugar es Leigh. Me saluda con la mano antes de entrar.

—Oye, ¿qué pasa? —pregunta—. Ni café esta mañana, y apenas un saludo. —Me sonríe. Su sonrisa es mucho más auténtica que la de nuestra jefa. Cuando me ve la cara, su alegría se desvanece—. ¿Va todo bien?

—Bueno, no del todo, supongo —digo. Pienso en hablarle de Nicole. ¿Cómo reaccionaría si lo hiciera? ¿Estaría de mi lado? Nicole también es su jefa.

No, no involucraré a nadie más en este lío. Leigh se ha portado de maravilla conmigo. No voy a arrastrarla conmigo al fondo.

—Hoy es mi aniversario con Evan —digo.

—Oh —dice ella, confundida—. ¿No deberías estar contenta entonces?

Esbozo una sonrisa forzada. —Sí, lo estoy. Es que ha sido un día intenso, ¿sabes?

Leigh asiente, dándome la razón. —Nicole me ha tenido frita todo el día. Creo que está preocupada por esa reunión de hoy. Ha estado todo el día en el Warner Group, en la otra punta de la ciudad.

—Me han dicho que mañana también vienen a la oficina —comento.

Leigh suspira. —Sí, y me toca quedarme hasta tarde esta noche. Nicole necesitaba que hiciera algo de trabajo extra.

Me pregunto si el haber rechazado el trabajo fuera de horario que Nicole quería que hiciera tiene algo que ver con que Leigh se quede hasta tarde.

—Lo siento —le digo.

—No es culpa tuya —dice Leigh, restándole importancia con un gesto—. Unas cuantas noches trabajando hasta tarde no me van a matar. Al menos no me ha pedido que me quede hasta tarde un viernes por la noche.

—¿Por qué está Nicole tan preocupada por esa reunión con el Warner Group? Son abogados, ¿verdad?

Leigh se encoge de hombros. —Algo así. Ha estado inusualmente callada sobre el tema cuando le he preguntado. Podría ser algo jugoso. La última vez que pasó esto, adquirimos el negocio de suministros de belleza de un competidor importante. Lo fusionamos con el nuestro. Bueno, digo *fusionamos*, pero a la mayoría los acabaron despidiendo. Es un mundo implacable el de ahí fuera.

Asiento, comprendiendo la verdadera naturaleza de Nicole. Leigh se marcha y, para variar, termino mi trabajo a tiempo para salir a mi hora. Salgo de mi despacho y le deseo a Leigh buenas noches.

Está metiendo algunos productos de belleza en una maleta grande cuando se detiene y me sonríe. —Esto debe de tener mala pinta —dice—. Nicole me deja probar muestras de nuestros productos en casa a cambio de mi opinión.

—Bueno, eres un buen sujeto de pruebas para ellos —me río —. Hasta mañana.

Leigh me despide con la mano mientras recorro el pasillo y bajo en el ascensor con varios colegas. El gran tema de conversación es la reunión con el Warner Group de mañana. Parece que es de lo único que se ha hablado en todo el día y la mayor parte de la semana.

Camino hacia el aparcamiento, pensando en cómo le voy a contar a Evan lo que Nicole está haciendo. Sigo sin tener más respuesta que la pura verdad.

Mi jefa me está chantajeando con un ascenso para que me acueste contigo. Bueno, para que salga en una cita, como ella dijo.

Para recordar viejos tiempos, en nuestro aniversario. La idea me sigue molestando.

¿Sabía ella de alguna manera que hoy era nuestro día especial?

Cuando llego a mi coche, abro la puerta y tiro el bolso dentro. Antes de cerrar, un gran arañazo en la puerta del conductor me llama la atención. Me echo hacia atrás y me fijo en que el rayajo recorre todo el lateral de mi vehículo.

Alguien me ha rayado el coche con una llave.

Antes de perder los estribos por completo, noto algo peor. El neumático del lado del conductor también ha sido rajado.

Miro a mi alrededor por el aparcamiento, como si intentara encontrar al culpable aún merodeando por allí. Sé que esta zona no es la mejor, pero esto va más allá de lo que cabría esperar. Observo los pocos coches que hay en el aparcamiento y están perfectamente. Sin arañazos. Sin neumáticos rajados, excepto mi vehículo.

Pienso en Nicole. No parece el tipo de mujer que me rayaría el coche, pero, por otra parte, tampoco parecía alguien que fuera a chantajearme.

Qué cliché. Una exnovia rajando neumáticos.

Suspiro. No puede ser ella.

Llamo a Evan. Necesitaré su ayuda para poner la de repuesto. Como no lo coge, le envío un mensaje de texto.

Abro el maletero y busco dónde se guarda la rueda de repuesto. Después de un rato la encuentro, pero nunca he cambiado una rueda. Pienso en llamar simplemente a una empresa de grúas para que me ayuden.

Busco en Google el restaurante donde tenemos la reserva, pulso el número y llamo. Un hombre me atiende el teléfono de inmediato.

—Restaurante La Brezza. ¿En qué puedo ayudarle? —dice.

—Sí, hola —le digo—. Tengo una reserva para hoy.

—¿A qué nombre?

—Walker. Alice Walker. Hice la reserva para dos. Creo que mi marido puede estar allí, pero no consigo localizarlo. Esperaba que pudiera avisarle de que llegaré tarde. —Pienso en el neumático—.

Bueno, quizá sería mejor hablar con él. ¿Podría pedirle que me llame, por favor?

El hombre no responde durante un momento. —¿Desea añadir a una persona más a su reserva de esta noche? —pregunta—. Lo lamento, pero estamos completos. No podré hacer ese ajuste por usted. Tal vez otra noche pueda ser.

Sé que este restaurante siempre está lleno. Leigh me dijo que hay que reservar con al menos una semana de antelación para entrar, y que suele estar a tope.

—No —digo—. Solo que llego tarde. —No puedo hacer que Evan venga a donde estoy y me ponga la rueda de repuesto. Si lo hago, perderemos la reserva. Lo único que me hacía ilusión esta noche era una cena elegante—. ¿Puede simplemente avisar a mi marido de que voy de camino? He pinchado, pero no están muy lejos. Puedo coger un taxi. —Empiezo a mirar hacia la calle y veo uno que cruza una intersección.

—Lo siento, señorita, pero no me es posible añadir a una persona extra a su mesa —dice el hombre—. Estamos completos para esta noche.

—¿A qué se refiere? La reserva es para dos.

El hombre vuelve a hacer una pausa. —Así es, y ya hay dos personas sentadas a la mesa en este momento.

CAPÍTULO 21

Nicole

Observo a Evan desde el otro lado del restaurante, sin querer que me vea, al menos no de inmediato.

Está tan guapo como siempre.

Apuesto a que Alice y él habrían tenido una cena de aniversario increíble si yo no hubiera interrumpido su día. Sonrío.

Evan sacaba lo mejor de sí cuando estaba conmigo, y muchos de esos días eran en ocasiones especiales, como los aniversarios. Le encantaba seducirme en días como este. Lo intensificaba todo. El tonteo era más sexy. El sexo era increíble. Todo en él era perfecto.

Alice debe de estar viviendo una experiencia similar. Probablemente ya haya tenido varias a lo largo de sus años juntos. Esta noche va a ser diferente.

Ha llegado el momento de que yo eche la vista atrás.

Yo también voy vestida para matar. En nuestro tiempo juntos, se deshacía en elogios siempre que me ponía algo de color rojo brillante. Llevo un vestido rojo que estiliza la figura. La abertura de la falda revela mis piernas tonificadas. Sé que le encantará.

Camino con paso seductor hacia su mesa, captando su atención de inmediato. Veo primero la sorpresa en su rostro, seguida de esa mirada suya que examina mi cuerpo, mi vestido y mi silueta. Sé que ya lo tengo justo donde quiero, solo con esa mirada. Igual que cuando era mío.

Tanto si quiere admitirlo como si no, conseguiré lo que quiero.

—¿Qué haces aquí? —dice en voz baja, para no montar un espectáculo.

Me siento en la silla vacía frente a él y sonrío de oreja a oreja. Me arreglo el vestido mientras le miro con los ojos muy abiertos. Me

encantaba que me llevaras a sitios como este —le digo.

—No te sientes —dice él, apretando los dientes—. Te he dicho que me dejes en paz.

—Dices muchas cosas, Evan. —Mi sonrisa se ensancha—. Me dijiste algo muy distinto en el bar la semana pasada.

—Aquello fue un error —dice, bajando la cabeza—. Me marché esa noche. Te dije que dejaras de llamarme. Que dejaras a Alice fuera de esto. —Sus ojos se abren de par en par—. ¿Dónde está ella?

—¿Tu querida esposa? —pregunto con tono burlón—. Se ha quedado atrapada en el trabajo, pero estoy segura de que vendrá pronto.

—Lo que tuvimos fue hace años —dice él, dando un sorbo de vino y mirando alrededor de la sala. Se inclina hacia delante, respirando profundamente—. Se ha acabado. Así que supéralo. Déjame en paz.

—No me amenaces —le digo, elevando yo también un poco el tono de voz. Esto era algo que se nos daba muy bien en su día. Discutíamos. Alzábamos la voz y luego nos quitábamos la rabia follando. —¿Sabe ella algo sobre ti? ¿Sabe algo sobre nosotros? ¿Por qué rompimos? ¿Te has molestado en decírselo? —Me río, sabiendo la respuesta—. No me amenaces, o no tendré otra opción que contárselo todo.

Él respira hondo. —Te he dicho que me da igual si lo haces. No tendrás poder sobre mí ni sobre Alice. Ella dejará el trabajo.

—¿Es ella mejor que yo? —pregunto, cambiando de tema—. Tu aburrida esposa. ¿Te hace hervir la sangre como lo hacía yo? ¿Ha mantenido tu interés tanto como yo? ¿Es mejor en la cama?

Evan vuelve la cabeza y pone cara de haber visto a un fantasma. Me giro y veo a Alice, caminando furiosa hacia nosotros. Si las miradas matasen, habría caído muerta en cuanto ha entrado en el restaurante.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta ella, clavando la mirada en mí.

Pongo los ojos en blanco. —Alice. ¿Por qué has tardado tanto? Acompáñanos.

Ella mira fijamente a su marido. —¿Por qué está ella aquí?

Evan se dirige a Alice. —Se va. Se va para siempre. —Ahora me mira a mí, lleno de rabia—. Y Alice también. Ella va a dimitir hoy mismo. Búscate a otra persona a la que atormentar, Nicole.

Miro alrededor de la sala y noto que algunas mesas nos observan. No soy de las que buscan llamar la atención de esa manera. —He dicho que te sientes —repito. Miro a la mesa de al lado, donde tres personas comen tranquilamente—. Perdonen, ¿están usando esta silla? —Antes de que me respondan, me levanto, la cojo y la pongo entre Evan y yo. Hago un gesto para que Alice se siente.

—Evan —digo con calma—. Por favor, pídele a tu mujer que se siente con nosotros. O si no...

Él mira a Alice y luego a mí durante unos instantes antes de pedírselo.

—Esto es una locura —dice Alice. Me observa con intensidad mientras se sienta despacio. ¿Por qué nos haces esto? Evan ya no quiere estar contigo. Es mi marido.

Sonrío. —Diez mil dólares.

—¿Qué? —dice Alice, impactada.

Evan da un sorbo de vino, intentando calmarse.

—Diez mil dólares. Eso es lo que estoy dispuesta a pagar.

CAPÍTULO 22

Alice

La miro sin saber qué decir, con la respiración contenida. Al mirar a mi lado, veo que mi marido, por suerte, tiene una expresión similar.

¿De verdad está preguntando lo que creo que está preguntando?

—Está bien, Alice —dice Nicole, suspirando—. Digamos que veinte. —Se queda mirando a Evan—. Todo por el trabajo de una noche. Será lo máximo que puedas ganar jamás, Evan. —Le dedica una sonrisa maliciosa a mi marido.

Los ojos llenos de rabia de Evan se intensifican mientras se agarra al borde de la mesa. —Déjanos en paz de una vez. Estás tan loca como cuando éramos jóvenes.

La sonrisa de Nicole se desvanece. —No vuelvas a llamarme eso. No después de lo que pasó. ¡Tú no tienes derecho a decirme eso, nunca! Recuérdalo.

Sigo intentando recuperar el aliento, pero siento que la cara se me va a poner azul. Estoy mareada y podría desmayarme. Quizá sería mejor que lo hiciera. Podría despertarme en una situación que tuviera más sentido que lo que estaba ocurriendo.

Nicole se ríe. —Alice, eres mejor negociadora de lo que pensaba que serías… Cincuenta mil dólares. Cantidad final. —Le sonríe a Evan —. Pagaderos tras los servicios prestados.

—Salgamos pitando de aquí —dice Evan, tirando la servilleta sobre la mesa—. No voy a seguir escuchando esto.

Nicole vuelve a mirarme intensamente. —La despedirán. No podrá trabajar en ninguna parte, al menos no otra vez como ejecutiva. Recuerdo que durante nuestra entrevista hablaste mucho

de cómo querías ser, bueno, como yo algún día. Incluso me lo dijiste el otro día.

—Eso fue… antes —digo, logrando por fin encontrar las palabras —. Antes de descubrir quién eras.

Ella se ríe. —No sabes nada de mí. —Su aura de felicidad se desvanece cuando se gira para mirar a Evan—. De hecho, ni siquiera sabes mucho sobre él, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —pregunto confundida. Miro a Evan, que parece desinflado en su silla, y vuelvo a mirar a Nicole—. ¿Qué significa eso? —repito.

Nicole pasea la mirada por la sala. —Por favor, no montes una escena. Al fin y al cabo, esto es un restaurante elegante, Alice. —Mira a Evan—. Bueno, para empezar, ha vuelto a jugar.

Evan parece sorprendido.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta él, confundido.

Ella vuelve a reírse. —Te conozco, Evan. Te conozco. En cuanto te juntaste con tu hermano, supe que ibais a buscaros problemas. A buscar una mesa en alguna parte. Una vez, Evan se gastó más de diez mil en una noche al blackjack. Casi pierdo los papeles con él. Primero, porque nunca ganaba dinero. Segundo, porque tu hermano, Tommy, siempre te empujaba a gastar más.

Vuelvo a contener la respiración y la suelto, dejando escapar una ráfaga de aire.

Miro fijamente a Evan. —Me dijiste que no volverías jamás. ¿Fuiste a un casino? —Como Evan no responde, pienso en lo que dijo sobre los materiales que pagó para las reformas de la casa—. El dinero que tenías para la casa. ¿Te lo has gastado? ¿Cuánto? ¿Cuánto has apostado?

Evan no responde. Vuelve a mirar a Nicole. —¿Cómo lo has sabido?

Nicole me lanza una mirada reconfortante. —Algo me dice, Alice, que probablemente se lo ha gastado todo. Al igual que para encontrar trabajo, Evan tampoco fue nunca bueno en las mesas de juego.

Se me abren los ojos de par en par. Confié en él para las reformas. Me dijo que había pagado un montón por los materiales y

supuse que así era. No le pedí los recibos.

—Cuéntale lo del bar también —dice Nicole. Mira hacia la mesa más cercana. Una pareja de ancianos disfruta de su pasta, ajenos a los momentos desgarradores que estoy sufriendo.

Miro a Evan. —¿Qué has hecho?

Evan vuelve a agachar la cabeza. —Basta, por favor.

—Oh, podría seguir, y seguir, y seguir —dice Nicole con una sonrisa diabólica. Me mira a mí—. Hay mucho que saber sobre Evan. No es el marido ejemplar que crees que es. Tiene esqueletos en el armario. Más que deudas de juego.

—¡Basta! —dice Evan, subiendo ligeramente el tono de voz.

Un camarero se acerca a la mesa. —¿Desean la carta? —pregunta.

Nicole responde por mí. —Quizá una botella de su mejor tinto, por favor, para empezar. Gracias. —El camarero sonríe y se marcha. Nicole vuelve a dirigirse a nosotros. Casi puedo sentir lo poderosa que debe de sentirse sobre ambos. Mi marido es de voluntad fuerte, bullicioso. Ahora lo miro y parece débil. Se ve tan frágil que, si estuviera de pie, se desplomaría al suelo al intentar dar un paso, y todo es por culpa de Nicole Barrett.

¿Qué más sabe de él? ¿Cómo sabía que Evan había ido al casino si él no se lo había contado?

De repente caigo en la cuenta.

—Nos has estado siguiendo, ¿verdad? —le pregunto.

Nicole me mira, confundida. —No me hace falta seguiros para saber lo que hacéis.

—Las llamadas telefónicas, esa persona fuera de nuestra ventana la semana pasada. —Miro a Nicole—. Eras tú, ¿verdad?

Ella suspira. —Nos estamos desviando mucho del tema ahora. He venido aquí para haceros la oferta de vuestra vida. Cincuenta mil. Una noche. —Señala por el gran ventanal—. Estoy en el edificio más alto, justo ahí. Última planta. Es el edificio más lujoso de Toronto. Evan se reúne conmigo en mi edificio. El viernes a las diez de la noche en punto. Recordamos viejos tiempos. —Le sonríe a Evan. Vuelve a mirarme a mí—. Y tú consigues lo que quieres, Alice. Ese

puesto de vicepresidenta es tuyo. Lo anunciaré el lunes para que todo el mundo lo sepa.

Miro a mi marido, sin saber qué decir ni qué pensar. —¿Tanto quieres a Evan que harás todo esto? ¿Por qué?

—Ya te lo he dicho: recordar viejos tiempos —dice ella—. Evan tiene una cierta habilidad, una forma de consolar a la gente cuando lo necesita. Yo lo necesito ahora mismo. Si yo consigo lo que quiero, tú conseguirás lo que quieres. Un puesto de alta ejecutiva. Quédate en LBS el tiempo necesario para conseguir lo que te haga falta para ser presidenta en otro sitio. Con una recomendación entusiasta de mi parte de propina… Ni siquiera tendrás que mudarte de despacho, Alice; ya estás en el sillón de la vicepresidencia. Es tuyo si estás dispuesta. Y Evan podrá pagar su deuda. Es un ganar-ganar-ganar. —Sonríe.

—Sabías quién era yo antes de contratarme —afirmo, conociendo la verdad—. Me has estado siguiendo. Llamándome.

—No sé nada de eso —dice ella—. Lo que sí sé es que, si consigo lo que quiero, os dejaré en paz. No volveré a molestaros. Será como si hubiera desaparecido por completo de vuestra vida personal.

—¿Lo prometes? —dice Evan en un susurro.

—Soy una mujer de palabra —dice ella con confianza.

—No podemos hacer esto —digo—. Es una locura.

—A las diez el viernes, en mi casa —repite Nicole—. Si Evan está allí, tendré mi respuesta. Si no está, lo sabré. No volveré a hablarte de esto, Alice. No querría que grabaras mis palabras. —Se ríe.

Niego con la cabeza. —¡Maldita seas.

Ella me mira severamente. —Algún día, cuando mires atrás, me agradecerás la vida que tienes. Tu estilo de vida. Tu mansión. Tu precioso coche. El estilo de vida de clase alta y sin preocupaciones de tus futuros hijos. Todo será gracias a esta decisión. Ellos no tendrán que vivir en la miseria como tú, Alice. No necesitan la vida en la que tú creciste. —Me lanza una mirada de preocupación, arqueando una ceja—. Ellos pueden tener algo mejor, y tú también. Pero, si él no está en mi casa, os haré la vida un absoluto infierno. Si

intentáis putearme y hacéis esto público, os arruinaré por completo. —Me mira—. No podrás conseguir un trabajo ni de supervisora en un restaurante de comida rápida en ningún lugar de Norteamérica.

Llega el camarero con una botella de vino tinto en la mano. Nicole le sonríe.

—Château Nigril, 2005 —dice él.

Nicole le da las gracias mientras él sirve tres copas de vino antes de marcharse. Evan y yo observamos a Nicole mientras coge su copa y brinda por nosotros.

—Y feliz aniversario.

CAPÍTULO 23

—Veinte mil dólares —repito. Evan camina de un lado a otro por el salón de nuestra casa, esa que no nos podemos permitir—. ¡Evan! —grito—. ¿Te has pulido veinte mil pavos apostando? ¿Cómo has podido...? ¿Cómo ha pasado esto?

—Cuando volvimos a Ontario, empecé a ver a Tommy más a menudo. Quería ir a jugar un poco al blackjack, como hacíamos antes. Como en los viejos tiempos. Él no sabía que yo tenía problemas con eso. Nunca se lo conté a mi familia.

Asiento. Esa parte tiene sentido. Ya sabía todo eso. Sintió mucha vergüenza después de acumular diez mil dólares de deuda. En aquella época también tuvimos muchos problemas en nuestra relación. Prometió que no volvería a jugar. Ideamos un plan de pagos con el banco para devolver el dinero que había sacado de su línea de crédito. Me dolió en su momento que aquel dinero fuera para sus estudios. Se suponía que iba a usarlo para matricularse en el grado de Educación y ser profesor. Ese era su propósito. En lugar de eso, se lo gastó en las cartas, sin ganar nada. Perdiéndolo todo.

Nunca fue a la facultad. No tenía dinero. Y, como su novia, yo no estaba dispuesta a ayudarle. Pospusimos la boda por ello. Necesitaba que me demostrara que hablaba en serio. Tenía que demostrar que podía saldar la deuda y dejar el juego.

Ese fue el periodo más largo que le vi trabajar.

Finalmente lo pagó todo y las cosas mejoraron, hasta ahora.

—Ya sé todo eso —le digo a Evan—. ¿Entonces la culpa es de Tommy?

Niega con la cabeza. —No lo es. Él no lo sabía. No sabía lo que había pasado. No se lo dije. Pensé que por una partida no pasaría nada, y me sorprendió que, cuando fuimos, me sentía capaz de

controlar mis impulsos. En menos de una hora, ya ganaba mil dólares más de lo que llevaba al entrar.

Respiro hondo, sabiendo lo que va a salir de su boca. —Y, por supuesto —digo, adelantándome—, no te fuiste y lo perdiste todo.

Niega con la cabeza. —No, me fui. Invité a Tommy a comer a un asador. Volvimos a casa y estuvimos toda la noche trabajando en las reformas. —Se ríe con amargura—. Luego empecé a ir solo. Discutimos por eso. Vio cómo me ponía en las mesas al día siguiente, cuando le exigí que volviéramos. Estaba casi hipnotizado. Al momento, empecé a perder. En una hora, había perdido casi tres mil dólares; los dos de mi bolsillo y el que había ganado el día anterior.

—Dos mil dólares de nuestro dinero —repito—. Nuestro dinero no, mi dinero. Tú no has estado trabajando, Evan.

Levanta una mano, suplicándome que le deje terminar. —Y luego recuperé ese dinero, pero me quedé a cero. Tommy quería irse. Tuvimos una pelea. Él se marchó. Yo me quedé. Me quedé un buen rato. Empecé a perder más y más. Igual que la última vez, pensé que podría remontar. Volver a como empecé, como mínimo. No lo hice. Se esfumó todo. Cuando fui a tu oficina la semana pasada, quería decírtelo. Decidí no hacerlo. Estabas teniendo un mal día.

—¡No me eches la culpa a mí! —grito.

—No, tienes razón. Debería haber dicho algo. Tenía miedo de lo que dirías. Entonces vi a Nicole. Casi me muero al verla. Fue como un fogonazo del pasado. Luego me di cuenta de que era tu jefa. Lo odié, pero no había mucho que pudiera hacer. Fui al bar esa noche, pensando en cómo iba a contarte lo que había hecho. Cómo había perdido nuestro... tu dinero. —Baja la cabeza, inspirando profundamente—. No sabía cómo hacerlo. Tenía miedo. Miedo de que me dejaras, como dijiste que harías si volvía a pasar. No estábamos casados entonces, pero, si hubiera sido yo, me habría ido. Tuve suerte de que te quedaras conmigo. A pesar del pedazo de mierda que fui, lo hiciste. Esta vez, no estoy seguro de si lo harías... de si lo harás.

Bajo la cabeza. Cuando la levanto, sus ojos castaños me miran fijamente, examinándome para ver si estoy a punto de estallar de

rabia o de romper a llorar. —Entiendo por qué no querías decírmelo, pero estamos casados. Se supone que somos un equipo. No puedes mentirme, ni seguir mintiendo.

—Debería habértelo contado antes.

—¿Por qué contactaste con Nicole y quedaste con ella en el bar? Aquella noche llegaste tarde. ¿Qué hiciste?

—Yo no contacté con Nicole. Estaba allí, en el bar, simplemente. No sé cuándo llegó. Me había tomado unas cervezas y ella vino a sentarse a mi lado. Dijo que estaba allí con otra persona y que me había visto. Desesperado, le pedí dinero. Un préstamo. Algo para reponer lo que me había gastado. No para apostarlo. Para arreglar las cosas. Dijo que sí, pero con una condición, y esa condición... ya te imaginas cuál es.

—Volver a tenerte.

Evan asiente. —Me enfadé mucho. Me fui. Ella empezó a llamarme. Le colgué varias veces.

—Creo que también me está llamando a mí —digo—. Se queda respirando al otro lado del teléfono. —Recuerdo un momento en la oficina en el que Nicole estaba cerca de mí, y alguien llamó y se limitó a respirar al teléfono. Así que, si es Nicole quien me llama, ¿quién fue aquella vez?—. O quizá no es ella, sino otra persona. Alguien a quien ella le pide que me llame.

Él espira profundamente. —A mí no me ha hecho eso. Siempre es muy directa, diciéndome que me reúna con ella para hablar de un préstamo. Supe que cometí un error esa noche en el bar incluso al dirigirle la palabra a alguien como Nicole. Es terrible. Manipuladora. Vengativa.

—¿Qué hacemos? —pregunto.

—No lo sé. Lo siento.

Me siento en el sofá y me froto la cara, deseando poder despertar de esta pesadilla. —Sabía quién era yo cuando me contrató. Esa persona fuera de nuestra casa... creo que también era ella.

—Quizá no —dice Evan—. No creo que llegara tan lejos. Aunque, después de lo que ha pasado esta noche, estoy empezando a

cambiar de opinión. Siempre ha estado mal de la cabeza, pero esto es diferente.

Levanto la cabeza. —Podríamos... vender la casa y volver a Vancouver. Podría recuperar mi antiguo trabajo. Estaríamos endeudados por los dos traslados, los honorarios de la inmobiliaria y lo que has perdido apostando. —Niego con la cabeza—. Pero podríamos salir adelante. Tú vuelves a trabajar, y lo digo en serio.

—Por supuesto —dice—. Haré lo que sea necesario para arreglar esto.

¿Cómo puedo ser tan estúpida para pensar que mi marido será alguna vez algo distinto de lo que es? Una persona capaz de actuar a mis espaldas y jugarse nuestros ahorros.

—Vas a tener una cuenta aparte —sentencio—. Una asignación, para que no puedas gastar más de lo que ganes. Ni una tarjeta de crédito a tu nombre nunca más. Lo digo en serio, Evan. —Fue algo de lo que hablamos la última vez que pasó esto, y a Evan le fue bien así. Solo cuando empecé a confiar en él y dejar de preocuparme, las cosas empeoraron—. Se acabaron las cuentas o créditos conjuntos. Volvemos a como estábamos antes.

Él asiente. —Claro. Lo que haga falta. Solo... no me dejes.

Suspiro. —Hablaré con mi antiguo jefe mañana por la mañana. —Miro fijamente a Evan—. ¿Todavía tienes el número de la inmobiliaria? ¿La que nos ayudó a comprar esta casa?

—Lo tengo —dice.

—Bien. Habla con ella. Averigua cuánto se tardaría en volver a poner esta casa en el mercado y por qué precio podríamos venderla. —Pienso en la figura sombría frente a nuestra casa la semana pasada—. Solo llámala. Que no venga por aquí. No podemos arriesgarnos si Nicole nos está vigilando.

Evan suspira. —Conozco a Nicole. Si no hacemos lo que quiere, te lo pondrá difícil volver a conseguir un buen trabajo. Si volvemos a Vancouver, lo mejor a lo que podrás aspirar es a tu antiguo puesto, quizá ascender allí, pero ya estabas casi en la cima.

Suspiro. —Toda mi carrera se va a ir al garete por tu culpa. —Miro a mi marido, incapaz de ocultar mi rabia—. Es lo que siempre has querido, que renuncie a mi sueño. Mientras tanto, tú no das un

palo al agua en tu vida. Te quedas en casa... ¿y para qué? ¡No para hacer reformas! Para jugarte mi dinero.

Evan baja la cabeza y se sienta en el sofá. —No sé qué decir. Debería callarme la boca. —Toma aire—. Podría simplemente... hacerlo.

—¿Te refieres a acostarte con Nicole? —Siento que me sube la tensión—. Tú... deberías callarte la boca —concuerdo.

Levanta las manos. —No sé qué hacer.

Intento serenarme. Que Nicole sea como es no es culpa de Evan, me recuerdo. Ella es la que nos está haciendo esto. Evan jugó, sí, pero eso no es culpa de Nicole. Estoy furiosa tanto con mi marido como con su ex prometida. Ambos me están causando un estrés insoportable. Casi me entran ganas de levantarme y gritar que se merecen el uno al otro y marcharme dando un portazo.

En lugar de eso, me quedo sentada pensando. Es difícil dar con un plan que no termine con mi carrera arruinada, conformándome con Vancouver o en divorcio. Me dije en el pasado que, si alguna vez se le volvía a ir de las manos el juego, no me quedaría con él. Se ha portado tan bien durante años... Vuelve a Ontario, sale con su hermano y ya está otra vez con las andadas.

No fue culpa de Tommy, me dice. Resulta difícil no odiar a ambos hermanos Walker en este momento.

—¿Qué hacemos? —repito las palabras de Evan.

—Me gusta lo que has dicho. Podemos volver a Vancouver. Vender esta casa. Yo trabajaré. Y no seré estúpido. Haré todo lo que se espera de mí. Nos alejaremos de Nicole, muy lejos.

Y al hacerlo, renunciaré al sueño que he tenido desde que era una niña.

Recuerdo lo que ha dicho Nicole en el restaurante esta noche. —¿Qué más tiene contra ti? —le pregunto—. Tienes cadáveres en el armario. Tienes que contármelo todo, ahora mismo.

Mira hacia abajo. —Solo intenta comernos la cabeza aún más. Trata de ponernos el uno contra el otro. Así es ella. Así ha sido siempre. Esa mujer es una vengativa.

Me levanto del sofá, con las manos a los lados de la cabeza, frotándome por un dolor de cabeza que en realidad no tengo.

Aunque no me duela, siento que me va a estallar el cráneo en cualquier momento. Empiezo a subir las escaleras lentamente sin decir ni una palabra a mi marido.

—¿A dónde vas? —pregunta él.

—A la cama. No puedo más por esta noche. Necesito descansar. —Evan empieza a seguirme, hasta que le pongo una mano firme en el pecho—. Duerme en el sofá esta noche.

CAPÍTULO 24

—Lo siento, Alice. No podemos volver a contratarte —dice mi antiguo jefe, Harold Lirewood. Su voz suena vieja y quebradiza, tal como se veía en la vida real. Aunque odio su respuesta, el simple hecho de oír su voz me consuela de una forma extraña. Quiero contarle todas las cosas terribles que han pasado, pero ¿por qué iba a importarle? Yo solo era su empleada. No era mi padre. —Lo siento mucho, Alice —repite—. Tenía la esperanza de que prefirieras estar allí. El nuevo hombre que hemos contratado para ocupar tu puesto lo ha estado haciendo muy bien. Y, seamos sinceros, aunque te contratáramos de nuevo, sé que no serías feliz en el cargo. Te irías otra vez. ¿Y en qué situación nos dejaría eso? Tendríamos que pasar por este proceso de nuevo. Eso sería demasiado.

Bajo la cabeza y me apoyo contra la pared del pasillo. —Lo entiendo, Sr. Lirewood.

—Sin resentimientos, ¿verdad? —pregunta.

Respiro profundamente. Trabajar para él era un sueño comparado con estar en Lovely Beauty Supplies. —Ninguno en absoluto —respondo.

—Cuídate mucho, Alice —dice. A su voz de anciano le cuesta completar las palabras. Me pregunto si estará tan emocionado como yo en este momento.

—Espere, Sr. Lirewood —digo rápidamente antes de que termine la llamada—. Solo quería darle las gracias. Pasé momentos estupendos trabajando para usted. Gracias por ser un jefe increíble.

Hay una pausa al otro lado del teléfono y casi puedo ver al anciano sonreír como si estuviera en la habitación con él. Siempre hubo algo muy entrañable en su presencia.

—Bueno, nos encantó tenerte con nosotros —dice—. Pero sé que harás cosas grandes en Toronto. Mejores de las que yo podría darte jamás. Bromeé con nuestro personal después de que te fueses diciendo que algún día leeríamos sobre ti en revistas o artículos de prensa por lo exitosa que llegarías a ser. Mi esperanza es que te acuerdes del tipo corriente para el que trabajaste antes y nos menciones. —Se ríe—. Sé que estás destinada a hacer grandes cosas. —Siento que se me hace un nudo en el estómago cuando dice esas palabras—. Adiós.

—Adiós, Sr. Lirewood. —Terminamos la llamada y levanto la cabeza, mirando a mi alrededor. La gente pasa de largo, pero no conozco a nadie. Me he escabullido a una planta distinta de la trigésima, donde está LBS. Necesitaba un poco de privacidad para mis llamadas y no podía arriesgarme a que Nicole las oyera.

Llamo a Evan y me lo coge de inmediato. —Mi antiguo trabajo ya no está disponible —digo nada más responder él, yendo al grano.

—Mierda —dice entre dientes—. Pensé que el viejo te aceptaría de nuevo en un instante.

Pienso en la cara de mi antiguo jefe, en la sonrisa que lucía siempre que yo hacía un buen trabajo y él estaba contento. Me encantaba la satisfacción que eso me daba, pero realmente me encantaba hacerlo por él.

Pienso en mi padre. Él nunca sonreía. Nunca me dedicaba ni un momento. Nunca estaba contento conmigo.

—No se equivoca al no aceptarme de nuevo —digo—. Me conoce. Sabe que quiero algo mejor. —Suspiro—. Nunca debería haberme ido.

Podría haber encontrado trabajo con el tiempo. Sin embargo, el Sr. Lirewood había contratado a sus hijos adultos para los puestos de responsabilidad. Ellos iban a hacerse cargo de todo cuando él falleciera. Yo estaba en la cima de mi antigua empresa. No había ningún otro sitio al que ascender en ese trabajo. Tenía que irme para prosperar.

—¿Has llamado a la agente inmobiliaria? —pregunto. Casi espero que me diga que no lo ha hecho, conociéndolo, pero me sorprende cuando dice que sí. —¿Y qué ha dicho?

—Bueno, por supuesto que estaría encantada de representarnos en la venta. Le he dicho que estábamos en medio de unas reformas. Ha dicho que tendríamos que terminar el trabajo de pintura y los azulejos del baño antes de poder ponerla en el mercado.

Suspiro. ¿Por qué Tommy y él tuvieron que abarcar tanto a la vez con las reformas?

—¿Cuánto? —pregunto—. ¿Cuánto dinero más necesitas para terminar lo que tienes empezado?

—Unos cuantos miles —dice—. En el peor de los casos, podría pedírselo a Tommy.

Asiento aunque él no esté en la habitación. —Deberías pedírselo. Quizá no le cuentes todo lo que está pasando con ya-sabes-quién.

—Ni siquiera puedo localizarlo. No me ha devuelto la llamada. Está de vacaciones de verano en el colegio. ¿Qué puede estar haciendo ese tío?

—¿Qué hay del precio de la casa? —pregunto—. ¿Qué ha dicho la agente inmobiliaria?

Hay una pequeña pausa. —No mucho más de lo que nos costó, o incluso menos. En los últimos meses, los tipos de interés no han dejado de subir y no se espera que bajen. Es una casa para reformar en una zona bonita, sí, pero mucha gente se está yendo de Toronto. Me ha dicho que tenemos el sector inmobiliario más caro del mundo.

Me llevo una mano a la frente. Es la peor noticia que puedo imaginar. Después de lo que tenemos que pagarle a la agente en comisiones y todos los demás gastos de vender una casa, podríamos acabar debiendo decenas de miles. Ni siquiera tendré suficiente para la entrada de una casa en Vancouver. Volveremos a vivir de alquiler y estaremos totalmente arruinados.

—Me tengo que ir —digo.

—Espera, Alice —dice él rápidamente. Suspiro y espero a que diga lo que tiene en mente—. Puedo pasar a buscarte si quieres.

—¿A buscarme?

—¿Para qué quedarte ahí? Vámonos ya. Recoge tu despacho y vámonos.

—Tengo que colgar. Debo volver a mi planta. —Termino la llamada y me dirijo de nuevo al ascensor. Una vez en la planta de la

empresa, paso por delante de Leigh, en recepción, que está al teléfono. Me saluda con la mano cuando paso por su lado. Le devuelvo una sonrisa forzada.

Miro hacia el despacho de Nicole. Dos hombres con trajes caros la observan mientras hace algún tipo de presentación. Uno de ellos se ríe. Nicole asiente mientras señala un gráfico de barras. Los hombres se levantan y ambos le estrechan la mano.

Abro la puerta de cristal de mi despacho, pero escucho su conversación mientras salen.

—Estaremos en contacto, Sra. Barrett —dice el hombre del traje azul marino.

—Cuídense —dice ella, estrechándoles la mano a ambos de nuevo—. Almorzaremos pronto.

Entro en mi despacho, me siento a mi escritorio y observo a Nicole en el suyo. Después de que los hombres se van, ella empieza a retirar parte de la información de la presentación y se toma un breve momento para mirarme antes de sentarse a su escritorio y escribir en su ordenador.

Yo podría hacer lo que ella hace. Lo sé.

Podría haber sido presidenta de una empresa. La máxima ejecutiva.

Se me habría dado genial también. ¿Qué me habría hecho falta para ser una mujer como Nicole?

Niña. Estúpida.

Me saco sus palabras de la cabeza. Mi padre lleva muerto más de un año y, sin embargo, sus palabras todavía me persiguen. Él me persigue.

Vamos a estar arruinados durante años. Va a pasar mucho tiempo hasta que volvamos a estar donde deberíamos, incluso si Evan llega a encontrar trabajo y, de algún modo, lo mantiene. Hace unas noches, volvió a mencionar lo de tener un hijo. Le resté importancia diciendo que ahora mismo necesitaba centrarme en mi carrera. Lovely Beauty Supplies era mi gran oportunidad.

Más bien un gran fracaso.

Aunque quisiera tener un bebé ahora mismo, ¿cómo podría traer a un niño a este mundo con mi vida hecha un desastre? No

podemos permitirnos un lugar decente para que viva un bebé. No podríamos proporcionarle cosas bonitas. Pienso en la casa donde crecí. Tenía suerte si mis padres me compraban algún juguete. Recuerdo ir caminando por un callejón cuando era niña, viniendo del colegio. Encontré una Barbie de aspecto destartalado que asomaba por una bolsa de basura en un contenedor detrás de una casa. La cogí rápidamente mientras miraba si había alguien cerca. Jugué con esa muñeca tuerta durante años.

Mi hijo iba a tener algo mejor.

Niña. Estúpida.

Me estremezco al pensar en él. No permitiré que mi bebé sea criado como lo fui yo. Iba a darle lo mejor que yo nunca tuve.

Suspiro cuando me doy cuenta de que ya me estoy tomando el pulso con el dedo, aunque no fuera consciente de que lo tenía allí puesto.

Un golpe en mi puerta de cristal me hace dar un salto. Leigh sonríe desde fuera y entra.

—Hola, guapa —dice con tono juguetón—. Estoy deprimida. —Finge un gesto de tristeza—. Hace días que no tomamos café. ¿Me estás ignorando? —Se ríe.

—No, lo siento —digo—. He estado muy ocupada.

—Perdona, me voy —dice ella—. Sé lo duro que es tu trabajo. Solo quería pasar a saludarte. —Se da la vuelta para irse, pero la llamo y me mira de nuevo.

Me levanto del escritorio y me acerco. No puedo ocultar la lágrima que se me forma en el ojo.

—¿Estás bien? —pregunta—. ¿Qué pasa?

Niego con la cabeza. Nicole debe de estar mirando. —Estoy bien. Solo quiero darte las gracias.

—¿Por qué?

—Te has portado genial. Realmente necesitaba una amiga aquí, y agradezco lo amable que has sido.

Ella se ríe. —Déjalo —dice, restándole importancia—. Me encantan nuestros cafés. De hecho, estoy deseando que llegue el momento. Mucha gente aquí nunca me habla. Solo soy la recepcionista.

Suspiro. —Bueno, ¿dejamos el café para otro día?

—¿Seguro que todo está bien? —pregunta. Asiento y le dedico una sonrisa forzada antes de que se marche.

Me giro y veo a Nicole de pie en su despacho, de frente a mí. Por un breve momento, las dos estamos enfrentadas, con la pared de cristal como única separación. Tiene una sonrisa de suficiencia en la cara.

Me siento en mi escritorio y sigo trabajando hasta que llega la hora de irme. Cumplo con el trámite de despedirme de Leigh. Ella misma se está preparando para irse; lleva su bufanda larga y el sombrero, y coge su maleta grande. Casi parece una estrella de cine. A mí me gusta vestir bien, pero Leigh lo lleva a otro nivel. Normalmente le haría algún comentario sobre su conjunto, pero hoy tengo demasiados pensamientos rondando mi cabeza.

Entonces la veo a ella, mi jefa, la razón por la que no puedo pensar con claridad, de pie en su despacho.

Nicole sale de su despacho y me sonríe. —Pasa una noche estupenda, Alice —exclama.

La ignoro. Salgo del edificio. Voy al aparcamiento. Me subo al coche. Conduzco a casa. No dejo de pensar en lo que debería hacer a continuación.

Evan ve mi coche desde la ventana delantera. Abre la puerta con aspecto preocupado.

Me mira esperando un abrazo, pero no se lo doy. Todo lo que quiero es sacudirlo y gritar con todas mis fuerzas. Paso por el lado de mi marido al entrar en mi casa. Veo botes de pintura en el suelo. Uno está abierto y el olor a pintura fresca me llega a la nariz.

—He estado trabajando todo el día —dice Evan, cerrando la puerta principal tras de sí—. Creo que puedo tener la casa lista para finales del fin de semana. Le echaré horas todo el día y toda la noche hasta que esté terminada. Tommy todavía no me ha devuelto la llamada, pero no pasa nada. Puedo terminar sin su ayuda. Yo...

Me giro hacia él. Mi rostro inexpresivo lo detiene en seco. —Lo del viernes con Nicole —digo, mirándolo fijamente—. Quiero que... simplemente lo hagas.

—¿Qué? —dice confundido—. Podemos...

Niego con la cabeza. —Hazlo. Ve a su apartamento. —Subo las escaleras hacia el dormitorio, sin mirar atrás hacia mi marido.

CAPÍTULO 25

Nicole

La reunión de hoy con los abogados de la empresa ha ido bien. Era algo que me había estado temiendo toda la semana.

Daba por hecho que mi reunión de accionistas con ellos sacaría a la luz que sabían lo que he estado tramando.

Sabrían cuánto dinero he malversado de Lovely Beauty Supplies. Llevo tiempo quitándoles dinero.

Fue una estupidez. Necesitaba más capital para cubrir mis pérdidas por unas malas inversiones. Podría haberlo devuelto con el tiempo, pero los abogados empezaron a olfatear. Empecé a recibir correos electrónicos haciendo preguntas.

Llegó al punto de que nuestro contable principal me llamó por unas discrepancias. Discrepancias en fondos que faltaban y que no podía explicar suficientemente. Me advirtió de que iban a llamar a la policía. Sentí que ya me habían pillado.

Sabía que mi tiempo se acababa. El final estaba escrito.

Sin embargo, era un delito de guante blanco. No había matado a nadie. Estaría en prisión unos pocos años como máximo. Quizá fuera después de un año por buen comportamiento.

Entonces ocurrió la reunión de hoy y, para variar, me he sentido segura de que tal vez las cosas funcionen.

No hay forma de reponer el dinero que cogí. Aunque entregara todos mis activos, no compensaría la pérdida.

Maquillé los números con mi propio equipo de contabilidad para intentar que las cosas parecieran mejores. Quizá eso funcionó. Mis inversores podrían estar pensando que todo va bien. El dinero que falta podría explicarse con la sarta de tonterías que preparé en mi presentación.

Suspiro. A veces la gente hace cosas extrañas cuando cree que su vida está a punto de acabarse. Estaba dispuesta a contratar a alguien como Alice solo por volver a tener a Evan en mi vida.

Me siento en mi despacho y me quedo mirando la habitación vacía de la vicepresidencia que está al lado de la mía.

Cincuenta mil dólares. Casi me río a carcajadas. Como si tuviera esa clase de dinero para regalar. Desde luego, no me gastaría eso por Evan.

La oficina está vacía. Alice se ha marchado por hoy sin decirme palabra. Hoy no era el día para no saber qué estaban haciendo los Walker.

Lo último que quería oír sería que la policía apareciera en su casa y que ellos les contaran todo lo que ha pasado.

Cojo mi teléfono y marco su número. Por un momento, me sobresalto al oír sonar un teléfono fuera de mi despacho.

Veo a Leigh de pie fuera de mi habitación. La miro con extrañeza mientras entra.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto—. Se supone que tienes que estar vigilando a Alice. Te dije que...

—No voy a seguir con esto —me interrumpe.

Me llevo una mano al pecho, sin entender esta flagrante insubordinación.

—Esta es la última noche —digo, pero luego me corrijo—. Bueno, mañana por la noche también, en realidad. Entonces habrás terminado.

—No —dice cortante—. Me has tenido vigilando a Alice la semana pasada. Hice lo que me pediste sin hacer preguntas. Hago muchas cosas por ti sin preguntar.

—¡Por eso te hice mi asistente ejecutiva! —grito.

—Sigo siendo solo la recepcionista —me corta ella—. Nunca contrataste a otra recepcionista.

—Estamos muy ocupados, Leigh. Lo sabes. Yo...

—Tuviste tiempo suficiente para contratar a Alice —replica ella—. Pero no el suficiente para cumplir con lo que me prometiste. ¡Iba a tener mi propio despacho! Mis propias tarjetas de visita.

—Estoy trabajando en ello, Leigh —digo, levantando las manos—. Solo ve a su casa esta noche. La última vez. Te necesito.

—No —repite ella—. Los he estado siguiendo a ella y a su marido. Tuve que vigilarlo en el casino por ti. Incluso hiciste que llamara a Alice y respirara por el teléfono como una maníaca. ¿Qué problema tienes con ella?

—Eso es algo entre ella y yo —le digo. Me levanto de mi escritorio y me acerco a Leigh—. Ahora, esto casi ha terminado. Limítate a hacer lo que te digo. Si no lo haces, no recibirás ninguno de los bonus que dije.

—¿Diez mil? —dice ella con una risa—. Me da la ligera impresión de que no voy a recibir ni un céntimo de ti, nunca.

—Los recibirás —afirmo, alzando la voz—. Solo haz lo que te pido y los recibirás.

—Igual que el despacho que me prometiste —dice, caminando de un lado a otro.

—Lo subiré a quince mil —le digo—. Solo termina lo que empezaste. No te estoy pidiendo que hagas daño a nadie.

—Solo que los acose —dice ella—. No puedo creer que haya hecho esto. Se acabó. He terminado. Y si intentas algo, llamaré a la pasma y se lo contaré todo. Se lo contaré todo a Alice. —Se cruza de brazos—. Debería contárselo todo. Sinceramente, es una persona muy agradable. No puedo creer que le haya hecho estas cosas. ¿Y para qué? Por un poco de dinero que ni siquiera vas a pagar.

—¡Leigh! —la llamo mientras sale furiosa de mi despacho. La sigo hasta que estamos cerca de su zona de recepción. Ella agarra el maletín grande que hay cerca de su escritorio.

—No —vuelve a decir, esta vez con una sonrisa—. Sabes, me encanta decirte que no. Debería haberlo dicho hace mucho tiempo.

—¡Les contaré a los policías lo de tus robos! —le suelto.

Se detiene en seco. —¿Qué?

—Sé cuánto producto te has llevado en los últimos años. Lo metes en esa maleta enorme. Cada vez que te veo, parece que vas a subirte a un avión para un viaje largo. —Suelto un bufido—. Vamos, debe de haber más de diez mil dólares en artículos a estas alturas, y eso a precio de producción. Imagina que le digo a la policía cuál es

el precio de venta al público de lo que te has llevado. ¡En Canadá, un robo de más de cinco mil puede acarrearte diez años de prisión!

Ella pone los ojos en blanco y se aparta el cabello rubio sobre el hombro. —Me dijiste que podía llevarme algo. Dijiste que básicamente era tu probadora personal de productos.

—Correcto, pero nunca dije que pudieras comprar la maleta más grande que he visto en mi vida y saquear el lugar una vez a la semana.

Ella respira profundamente. Se agacha y abre el lateral del maletín. Mete la mano y agarra una botella de la nueva línea de champú de LBS. Me la lanza.

—¡Pues quédatela! —grita. Saca más artículos y los tira a mis pies. Quédatelo todo. ¡Dimito! —Se da la vuelta y se aleja de mí, dejando su maleta atrás.

—¡No! —le digo, pero ella no se vuelve para hacerme caso—. ¡Estás despedida!

CAPÍTULO 26

Alice

Entro en la planta treinta de LBS. Intentaré no gritarle a Nicole si la veo, pero enseguida miro hacia su despacho y puedo verla en su escritorio, jugueteando con unos papeles.

Me entran ganas de irrumpir allí y gritarle que me deje en paz. En lugar de eso, sigo caminando hacia mi propio despacho.

Paso por delante de recepción, pero, para variar, Leigh no está allí. No veo ninguna de sus tazas de café sofisticadas ni su gran maleta junto al escritorio.

Echo un vistazo a las letras en negrita que hay en la parte inferior del mostrador de recepción. «Que tengas un día precioso».

Siento un escalofrío de grima, pero me sacudo la sensación al entrar en mi despacho, esta prisión de cristal.

Antes de que pueda empezar otro día en este infierno, Nicole está en mi puerta y entra. Esta vez no llama, sino que pasa con toda la desfachatez del mundo.

Lo que me llama la atención por ser diferente es el aspecto tan terrible que tiene. Su arreglada melena rubia, que suele llevar alisada y cepillada a la perfección, está recogida en un moño desaliñado.

—Necesito tu respuesta, ya —dice—. La necesito en este mismo instante.

Ni siquiera se molesta en darme los buenos días ni en ninguna de las cortesías que acostumbra a fingir conmigo. De hecho, agradezco que no ande con juegos hoy. No sé cuánto más bochorno puedo soportar. Sé que soy incapaz de disimular y solo puedo imaginar la rabia que debo de estar reflejando mientras miro a la mujer que quiere robarme a mi marido.

Respiro hondo, sin fingir ninguna sonrisa. La miro como si hubiera eructado delante de mí. —Estará allí. A las diez. En tu casa. —Una sonrisa se extiende por su rostro. Esta vez es genuina. Está obteniendo lo que quiere de mí. Más vale que yo obtenga lo que me merezco.

—Cincuenta de los grandes —dice ella—. Tendré el dinero listo para la semana que viene. Hoy necesito que me envíes oficialmente tu currículum para el puesto de vicepresidenta de Lovely Beauty Supplies.

—Sin problema —digo con brusquedad—. Lo tendré listo de inmediato. —Abro mi portátil y tecleo mi contraseña. Levanto la vista hacia ella; esa estúpida sonrisa sigue pegada a su cara—. ¿Hay algo más?

—No, eso será todo —dice—. Me marcho. Trabajaré desde casa. Te quedas al mando mientras yo no esté. ¿Te parece bien?

Hago una pausa. Esto era lo que quería, ¿verdad? Ahora lo está diciendo después de que yo le haya prometido a mi marido para esta noche. Un momento agridulce. Hoy estoy al mando de LBS.

Es algo con lo que siempre he soñado. Pensaba que, si alguna vez me ocurría, me sentiría abrumada por la felicidad y con una sensación de logro.

En cambio, siento que voy a vomitar por todo mi despacho de cristal a la vista de todos. El pobre Steve, el de la limpieza, me odiará.

Asiento en respuesta. Ella no me presiona más, capta la indirecta y sale de mi despacho sin decir ni una palabra más. Mientras finjo leer mis correos electrónicos, miro por encima del hombro y observo a Nicole guardando su portátil y algunos documentos. Sale de su despacho y pasa por la zona de recepción vacía.

Exhalo profundamente.

¿Qué he hecho?

¿Qué clase de pacto con el diablo he firmado?

Veo un correo de última hora de la noche que me llama la atención. «Anuncio de personal», reza el encabezado. Es de Nicole. Hago clic.

—Hola a todos:

Leigh Olson ya no trabaja para Lovely Beauty Supplies ni está vinculada a la empresa.

Atentamente,

Nicole Barrett.

¿Se ha ido ella? ¿La han despedido?

Leigh parecía tan normal ayer mientras trabajaba. ¿Qué ha pasado?

Bajo la cabeza, dándole vueltas, hasta que alguien llama a la puerta de mi despacho y me obliga a levantar la vista. Walt Denellio, un supervisor del departamento de atención al cliente, me saluda con la mano.

Cuando entra, le dedico una sonrisa falsa. —Buenos días, Walt.

—Días, Alice —dice él rápidamente. Señala el despacho de Nicole —. ¿Se ha ido? Necesitaba repasar unas cuantas cosas con ella hoy.

Asiento. —Estará fuera el resto del día, pero puedes consultármelo a mí. Me ha pedido que hoy me haga cargo de todo.

Él hace una pausa. —Me parece bien. —Se sienta al otro lado de mi escritorio y extiende unas hojas de Excel para que las vea.

CAPÍTULO 27

Cuando aparco frente a mi casa tras un largo día de trabajo, todas las luces están apagadas. Por un momento me preocupa que Evan ya se haya marchado o, lo que es peor, que me haya dejado.

Sin embargo, cuando abro la puerta principal, está sentado en el sofá, con la mirada fija en el televisor apagado.

—Siento náuseas —dice, sin mirarme—. Me siento podrido por dentro. No he sido capaz de hacer nada en todo el día. —Me lo imagino, ya que todavía lleva el pantalón de chándal y una camiseta blanca. Por fin me mira—. No soy ningún tipo de acompañante masculino. Esto no es algo que vaya a volver a hacer jamás.

Bajo la cabeza. —Lo sé. No volverá a ocurrir.

Él niega con la cabeza. —Si ella quiere que se repita, encontrará algo con lo que chantajearnos.

Asiento. —Qué más da si lo hace. Si no paga, lo haremos público. No necesito grabaciones de ella hablando de ello. Es probable que el edificio donde está tenga cámaras de seguridad o un registro de entrada. Eso demostrará que estuviste allí esta noche. Si a eso le sumas que yo he conseguido un ascenso rápido, todo encajará. Si no paga, o no me da lo que quiero, estará arruinada y lo sabe. Ahora tiene que seguir adelante con esto.

Se levanta frente al sofá y se encara conmigo. —¿Y yo también tengo que hacerlo? Esto no está bien. Soy tu marido. Este es nuestro matrimonio. Ella no puede controlar eso. Nunca podrá. Aún podemos mandarlo todo a la porra. Terminar con esto aquí mismo, antes de que todo cambie.

Le retiro la mirada. —No. —Si lo hago, ella gana. Mi carrera se arruinará. Nuestras finanzas quedarán destruidas. Sé que, tras unos años trabajando en empleos de mala muerte y estando endeudada

hasta las cejas por todo lo que ha pasado aquí, acabaré guardándole rencor a Evan. Le odiaré por no haber hecho esto.

Este era mi sueño. Este puesto es todo lo que siempre he querido. No dejaré que Nicole me lo arrebate. Tampoco dejaré que Evan lo arruine con su ludopatía.

Una noche, y él lo arregla todo.

Pienso en ellos besándose y me estremezco.

Respiro hondo. —Solo, por favor, hazlo.

—Si lo hago, me odiarás para siempre por ello —dice Evan—. Ya me odias ahora. ¿Acaso nuestro matrimonio ya está condenado? ¿Qué sentido tiene entonces?

Le miro a los ojos. —Si haces esto, no solo repararás lo que has hecho mal, sino que nunca volveremos a hablar del tema. En cuanto encuentre otro puesto directivo, me marcharé de LBS y dejaré atrás a Nicole.

—Ella nunca nos dejará en paz —dice él.

Niego con la cabeza. —Lo hará. —Si no lo hace, no quiero ni pensar en lo que le haría. Nunca he sido una mujer violenta, pero la idea de darle una paliza a Nicole en mi despacho, con las paredes de cristal permitiendo que todo el mundo me vea pateándole el culo, sería fantástica.

—¿Vamos a estar bien? —pregunta Evan. Es una pregunta justa. Apenas le he mirado desde ayer. Ni siquiera le he besado.

—Lo estaremos —le digo, sin saber si me estoy mintiendo a mí misma.

CAPÍTULO 28

Nicole

Voy a ir a la cárcel.

Ya no puedo negarlo. Ese es mi destino. La policía podría echar abajo mi puerta esta misma noche. Ya no importa lo que los abogados de Warner descubran sobre mis actividades fraudulentas.

Todo se ha acabado para mí.

Más me vale disfrutar de una última noche con alguien que me importó antes de pasar el resto de mi vida entre fríos barrotes de acero.

Observo el cielo nocturno desde mi balcón. Las cortinas del dormitorio se agitan suavemente con el viento. Llevo puesto un albornoz blanco mientras espero a que llegue mi invitado.

Miro hacia abajo, a los pequeños destellos de los coches y al movimiento de las cosas allá abajo. Parecen tan libres. Mi apartamento palaciego parece volverse cada vez más pequeño. Pronto será reemplazado por una habitación de menos de tres por tres metros.

Es suficiente para volver loca a una mujer, sabiendo lo que me espera.

Que Evan venga esta noche es, en realidad, lo mejor que me podría pasar. Aparte de librarme de lo que he hecho, que Evan me consuele una última vez es exactamente lo que necesito.

Cuando estábamos juntos, hace tantos años, tenía una extraña forma de hacerme sentir mejor con solo estar a mi lado. Podíamos ser como el aceite y el vinagre la mayoría de los días, pero cuando lo necesitaba, él estaba allí.

Está aquí de nuevo esta noche por mí. No es precisamente algo que quisiera hacer, pero podrían haber dicho que no. Podrían

haberme rechazado rotundamente. Renunciar.

Me pregunto cuánto de esto es elección de Evan o de Alice.

¿Acaso importa?

En realidad no. Necesito algo antes de que me arrebaten el resto de mis mejores años. Antes de que arrastren mi nombre por todos los periódicos. Ya puedo ver los titulares. Nadie me recordará por las cosas asombrosas que he hecho. Todo quedará eclipsado por lo que ha pasado.

Por lo que hice.

Por una noche, puedo fingir que las cosas son como se suponía que debían ser. Tendré a Evan.

Por mucho que todavía lo quiera, lo odio a partes iguales. Me pregunto cómo habría sido la vida si Evan no hubiera perdido el control. Si yo no hubiera perdido a nuestro bebé dentro de mí.

El aborto fue culpa suya. Él lo sabe. Si no hubiera sido tan violento, podríamos haber tenido una vida hermosa juntos.

Dos semanas después de que me pidiera matrimonio, dos semanas después del aborto, lo dejé. Sé que la única razón por la que me pidió que me casara con él fue porque estaba embarazada. Eso no me importaba en aquel momento. Era feliz, bueno, normalmente feliz. Peleábamos todo el tiempo, pero así éramos nosotros.

Esa era nuestra relación normal.

Me gusta pensar que éramos tan terribles el uno para el otro que lo único que tenía sentido era que fuéramos perfectos juntos.

Luego perdí al niño. Fue por lo que él hizo.

Todavía me duele, incluso años después. Cuando perdí al niño, perdí la única oportunidad que tenía de llevar una vida feliz.

Terminé con Evan.

Me pregunté durante años si fue la decisión correcta. Sentía que lo era hasta que mi inminente condena de prisión se cernió sobre mi cabeza; ahora no estoy tan segura.

Esta noche va a ser mi oportunidad de comprobarlo.

Antes de que pueda desanimarme demasiado, oigo unos golpes en mi puerta principal. Me termino la copa y sonrío. Me quito

el albornoz al entrar en mi dormitorio, revelando mi lencería negra. Es de encaje, justo como a él le gustaba.

Cuando abro la puerta, él me da la espalda por un momento. Cuando me mira, sé de inmediato que está conforme con mi elección. Recorre mi cuerpo con la mirada y, por un momento, puedo ver esa mirada de lujuria que tenía cuando éramos más jóvenes. Él era un lobo hambriento y yo era su presa dispuesta.

Le indico que entre y él lo hace sin decir una palabra.

—¿Una copa? —le pregunto, y él sacude la cabeza.

Evan mira alrededor de mi apartamento, asimilando su belleza. Me pregunto qué estará pensando. A menudo debe de preguntarse cómo habría sido su vida si hubiéramos seguido juntos.

Evan mira la cámara en el pasillo oscuro. Está orientada hacia él y una luz roja parpadea debajo.

—No te preocupes —le digo—. Está grabando, pero no tengo nada en el dormitorio.

Evan baja la cabeza y respira profundamente. Puedo ver los demonios internos luchando dentro de él. Evan era un hombre de principios, aunque confuso. Engañar no era algo que hiciera.

Supongo que eso es lo que lo hace más divertido.

¿Es realmente engaño si se preocupa profundamente por la persona con la que lo está haciendo? ¿O eso hace que las cosas sean más grises? Si no hubiera sido por lo que hizo, nos habríamos quedado juntos. Alice nunca habría estado en escena.

Evan lo sabe.

Lo llevo a la zona de la sala de estar. De nuevo, se toma un momento para contemplar los ventanales panorámicos que muestran el centro de Toronto de noche.

Finalmente habla. —Es precioso desde aquí arriba —logra decir.

Me siento en el sofá y doy una palmadita a mi lado. Él capta la indirecta y se sienta, aunque no muy cerca de mí.

Respiro hondo. No me gusta jugar. O se entrega a esto, o se marcha. No obligaré a un hombre a hacer esto.

—Evan —le digo, tocándole el muslo—, no tienes que quedarte. Puedes irte si quieres.

Él niega con la cabeza. —Hago esto por mi matrimonio, no por ti.

Niego con la cabeza. —No lo dices en serio. Nunca volverás a tener una oportunidad como esta. Sin compromisos. Yo tampoco soy una extraña para ti. Me quisiste una vez, ¿verdad? —No responde de inmediato.

—Entonces, ¿por qué me dejaste? —Tiene las manos juntas e inquietas en el regazo.

Le cojo una de sus manos sudorosas y la aprieto con fuerza. —No podía quedarme después de lo que hiciste, lo sabes. Siempre te amé.

Él me mira. —Ahora amo a Alice.

Asiento. —Lo sé.

Él hace una mueca. —¿Todo esto, lo que estás haciendo, es solo para que pase la noche contigo?

—Una noche —le recuerdo. Mi mano en su muslo empieza a subir por su pierna. Puedo sentir cómo se tensan sus músculos.

Antes de que pueda decir otra palabra, se inclina cerca de mi cuerpo. Exhalo, esperando que sus labios besen los míos, pero no lo hacen.

Se pone de pie abruptamente, extendiendo la mano para que yo la agarre. La tomo y me levanta del sofá con facilidad. Con nuestros cuerpos pegados, puedo sentir la tensión creciente entre nosotros.

—Vamos al dormitorio —dice, mirándome intensamente. Lo guío por el pasillo, paso por delante de la luz roja parpadeante de la cámara y abro la puerta de mi habitación. Observo la estancia en penumbra y las cortinas moviéndose con la brisa.

—Nunca vas a dejarnos en paz, ¿verdad? —dice en un susurro.

Me vuelvo hacia él y la mirada de lujuria ha desaparecido de su rostro. Lo que la ha reemplazado es una de ira y asco. Una mirada de rabia.

—¿Qué? —le digo.

—Alice —dice, manteniendo su mirada fija en mí—. Nunca le darás lo que quiere. Nunca me dejarás en paz. Esto no es solo una noche, ¿verdad? Quieres arruinar todo lo que tengo. Siempre quisiste hacerlo. —Exhala aire—. Nunca saldrás de nuestra vida.

CAPÍTULO 29

Alice

Estoy sentada ante mi escritorio en LBS. No podía quedarme en casa mientras Evan estaba con Nicole. Me he pasado el rato andando de un lado a otro por el salón, la cocina y el dormitorio, esperando a que se marchara para ir a hacer lo que le exigí.

En cuanto se ha ido él, lo he hecho yo también. Al principio he pensado en salir para detenerlo. Decirle lo estúpida que he sido por siquiera considerar que hiciera esto. En lugar de eso, me he quedado rezagada en el tráfico, dejando que su coche se distanciara del mío hasta que lo he perdido de vista.

No creo que me haya visto. Probablemente esté ocupado pensando en lo que va a pasar esta noche.

Siempre me he preguntado si los matrimonios pueden señalar el momento exacto en el que supieron que su unión había terminado oficialmente.

Pensé que descubrir la deuda de juego de Evan sería el nuestro, pero no es así.

Es Nicole. Es esta noche.

He ido a LBS y me he sentado en mi silla de la oficina, mirando de vez en cuando por la ventana hacia el complejo de edificios.

Nicole vive en el más alto de ellos. En uno de ellos está mi marido con ella.

Intento distraerme de lo que está ocurriendo en ese edificio entre mi marido y mi jefa centrándome en el trabajo. Al menos lo intento. Abro mis correos electrónicos y me quedo mirándolos con la vista perdida. Abro hojas de cálculo con información en la que normalmente me sumergiría, pero todo me parece trivial.

Ya nada tiene sentido.

¿Acaso no es esto lo que quería?

Hice lo que Nicole pidió. Presenté mi currículum para que lo tuviera en cuenta. Solo que no era para que lo tuviera en cuenta. Era parte de nuestro trato.

¿Qué estoy haciendo?

Me levanto del escritorio y voy al baño de empleados, encendiendo todas las luces que puedo en la oficina a oscuras a mi paso.

Me planto frente al espejo del baño y me observo en el reflejo.

Una versión más joven de mí se miraría y quedaría asombrada. «¿Tú has hecho esto? ¿Has logrado esto? Guau. Has demostrado a todo el mundo lo que vales realmente en este mundo. Tu familia se equivocaba contigo. No eres una inútil. Has demostrado que todos se equivocaban».

Padre se equivocaba. Se lo has demostrado.

Abro el grifo y me echo agua en la cara, cojo una toalla y me seco. Me acerco más al espejo.

¿Por qué no me siento realizada? ¿Por qué no me siento poderosa? ¿Por qué no siento que he demostrado mi valía?

Bajo la cabeza y una mancha roja en la esquina de la encimera de mármol me llama la atención. Cojo mi toalla de papel húmeda y la limpio. Vuelvo a mirar mi reflejo, odiándome cada vez más.

No importa cuánto limpie lo que me rodea, sigo estando sucia. Después de que Evan se acueste con mi jefa para conseguirme un ascenso, siempre me sentiré así.

Salgo de inmediato del baño, paso de largo por mi oficina y me dirijo directamente a la de Nicole. Sobre su escritorio está mi currículum. Lo cojo y a punto estoy de romperlo allí mismo.

En lugar de eso, miro a mi alrededor.

Observo su silla y palpo la fina calidad de su cuero. Toco el material unos instantes más antes de sentarme en ella. Pongo las manos sobre su escritorio y dejo que mis dedos se deslicen por la superficie.

Esto podría ser mío. Me lo merezco. Me lo he ganado.

¿Arruinará todo esta mancha de lo que estoy permitiendo que pase esta noche? Si consigo lo que quiero, y Evan redime su deuda,

¿no seremos más felices? Ambos conseguimos lo que necesitamos.

Miro desde la oficina de Nicole hacia la mía.

Ser vicepresidenta lo cambiará todo en mi carrera. Lo cambiará todo para Evan y para mí. Los ejecutivos se llevan todo el dinero. La gente que trabaja para ellos cobra migajas comparado con el sueldo de Nicole.

Y todo lo que hará falta es una noche para conseguir lo que quiero. ¿Qué tan difícil será olvidar una sola noche?

Giro la pierna y el pie se me engancha con el cajón inferior abierto de su escritorio. Miro dentro y veo una botella. Abro el cajón del todo y descubro una botella de vino con corcho. Ya está abierta y se han bebido la mitad. Esbozo una sonrisa burlona al pensar en la mancha roja oscura del baño. ¿Con qué frecuencia viene Nicole aquí a beber sola?

Saco la botella y, con todas mis fuerzas, tiro del corcho hasta que sale. No me molesto en rebuscar en el cajón para buscar una copa y bebo directamente de ella. Me limpio la boca con la manga y sonrío.

Miro hacia el cajón abierto y algo más me llama la atención. Un marco de fotos.

Doy otro trago largo de vino y dejo la botella sobre el escritorio antes de agacharme y agarrar el marco. Me quedo mirando la foto. Es de una Nicole joven, parece que en una granja. Hay una silueta negra de una mazorca de maíz pintada en el lateral del establo azul claro. Me quedo mirando las letras negras en negrita debajo de la imagen del maíz. «Brooks County, la capital del maíz de Canadá».

Me río al pensar en lo inocente que parece Nicole en esta foto. Esa sonrisa falsa que le he visto lucir desde que empecé en LBS no es la misma que esta.

Su felicidad es genuina.

Estoy a punto de devolver la foto al cajón cuando veo otra dentro. Esta la reconozco demasiado bien.

Es la de Evan y yo.

La foto que pensé que el servicio de limpieza había tirado ha estado en su cajón todo este tiempo.

Me levanto del escritorio. Miro a Evan y a mí en la foto que nos hicimos en nuestra luna de miel.

¿En qué me he convertido? ¿En qué he dejado que se convierta nuestro matrimonio?

Una parte de mí quiere derramar el vino restante sobre el escritorio y prenderle fuego.

En lugar de eso, agarro mi currículum y, sin dudarlo, lo rompo por la mitad. Para ser más dramática, lo rasgo en varias tiras más antes de lanzarlas por el despacho de Nicole.

Miro por la ventana, hacia el edificio de Nicole.

Sé que ya es demasiado tarde, pero tengo que arreglar el desastre que he provocado. Sin importar lo que ya haya pasado entre Evan y ella, tengo que detenerlo ahora.

Salgo del edificio sin prestar mucha atención al guardia de seguridad que me desea las buenas noches. Llego rápidamente a mi coche sin temor a los peligros que me rodean, a diferencia de antes.

Solo tengo una cosa en mente. Llegar al apartamento de Nicole. Nos dio su número de puerta. Solo tengo que encontrar la forma de entrar.

Aparco ilegalmente en un sitio justo delante del edificio de Nicole. Me da igual si el ayuntamiento se lleva mi coche con la grúa. Necesito entrar lo más rápido posible, y lo hago.

Si no tuviera tanta prisa, me quedaría asombrada con los suelos de mármol y la gran chimenea del vestíbulo. Es como algo que verías en un hotel de lujo.

Veo a alguien en una oficina de cristal, de un modo casi inquietante parecido a la mía. Sé de inmediato que trabaja para el edificio y hago todo lo posible por disimular mientras camino hacia el ascensor. Todo mi ser quiere correr hacia él y pulsar el botón.

Cuando por fin lo hago y el botón de subir se ilumina, me siento un poco mejor. No tengo ni idea de qué voy a decir o hacer cuando llegue a su apartamento.

—¿Puedo ayudarla? —dice el hombre, saliendo de su oficina. No le respondo de inmediato y rezo para que la puerta del ascensor se abra pronto. No lo hace y el hombre se repite.

Me giro hacia él y sonrío. —Sí, hola, he venido a ver a mi amiga, Nicole. Nicole Barrett. Vive en el último piso. Me está esperando.

La puerta del ascensor se abre por fin.

—Señora —me llama él—. Las visitas después de las once tienen que registrarse con un documento de identidad con foto y tenemos que llamar a la señorita Barrett antes de que usted abandone el vestíbulo. Por favor, vuelva.

Entro rápidamente en el ascensor y pulso el botón de cerrar. —¡Me está esperando! ¡Tengo que irme! —grito. Veo la cara de confusión del hombre mientras las puertas se cierran.

Espero con impaciencia a que el ascensor llegue al último piso.

Mi teléfono vibra y lo saco rápido; veo que es un mensaje de un número desconocido.

—Esto no era parte del trato —dice. Viene adjunta la imagen de un brazo rojo, con hematomas. Inhalo hondo, preguntándome qué está pasando.

Observo con ansiedad cómo la pantalla del ascensor muestra cada piso por el que pasamos hasta que llegamos a lo más alto y las puertas se abren.

Salgo corriendo de inmediato al pasillo. Solo hay dos puertas. Llamo continuamente a una y, cuando no oigo ningún ruido dentro, me entra el pánico y golpeo la otra puerta con furia.

Evan abre la puerta, desconcertado. —Alice —dice con la boca abierta—. ¿Qué haces aquí?

Tiene el pelo desaliñado y la frente le brilla por el sudor. Solo puedo imaginar por qué tiene ese aspecto, e inmediatamente se me llenan los ojos de lágrimas.

—Ha sido un error —digo pasando por su lado—. Nunca deberíamos haber aceptado esto. —Entro hecha una furia en el apartamento de Nicole—. ¡Nicole! —grito—. ¡Esto se ha acabado!

Evan entra en la habitación con los brazos caídos. —No sé qué ha pasado —dice, esforzándose por encontrar las palabras.

—¿Qué? —pregunto—. ¡Nicole! Sal. Ponte algo de ropa. Haz lo que tengas que hacer.

Evan extiende las manos. —Tienes que dejar de gritar —dice con calma, en un tono de voz que me asusta.

—¿Dónde está ella? —le pregunto.

Él baja la cabeza. Entra en el dormitorio. Casi espero ver a Nicole despatarrada en la cama, satisfecha con el resultado de su trato

conmigo. Sin embargo, no está allí, y Evan sigue caminando a través de una puerta acristalada hacia el balcón.

Mira hacia abajo.

Me pongo a su lado y siento un escalofrío por el viento. —¿Dónde está ella?

Miro hacia abajo y veo a unas cuantas personas de pie formando un semicírculo. La farola muestra una mancha roja en la acera, justo debajo.

CAPÍTULO 30

—¿Qué ha pasado? —grito, mirando hacia abajo, a la desordenada pila de color carmesí que mancha el cemento.

Evan se tapa la boca, sin responder.

—¿Qué narices ha pasado? —le increpo.

—¡Ha saltado! —responde él—. Se ha suicidado.

—Oh, no, no —digo, intentando recuperar el aliento. Me siento casi mareada. Al mirar desde tanta altura, siento como si estuviera a punto de caerme yo también.

Evan me agarra del hombro.

—Se lo ha hecho ella misma —repite.

El mundo me da vueltas. ¿Cómo ha podido ocurrir esto?

—¿Por qué? —consigo preguntar por fin.

Evan vuelve a llevarse una mano a la boca y regresa al dormitorio. Se queda mirando un gran retrato sobre la cama de Nicole sentada en su escritorio de la oficina.

—Estaba alterada, supongo, no lo sé. —Camina de un lado a otro hasta que se detiene y me mira—. Me negué a seguir con el plan. Le canté las cuarenta. Sabía que esto no sería el final de lo que tenía planeado para ti, para mí... para nosotros. Esto era solo el terrible comienzo.

Oigo el sonido de sirenas de policía a lo lejos. No hay duda de a dónde se dirigen esos vehículos de emergencia. Lo que queda del cuerpo de Nicole está debajo de nosotros, desparramado en la acera.

—O sea —digo, asimilando la situación—, ¿la rechazas y ves cómo salta?

Él me mira, confundido.

—Sí, así es.

Exhalo aire.

—¿Y cuándo has hecho esto? —Saco mi teléfono móvil y le enseño la foto que Nicole me envió de su brazo amoratado—. ¿Has sido tú? No estás contando todo lo que ha pasado. ¿Por qué, Evan?

—¡No la he tocado! —grita—. No lo he hecho.

—Entonces, ¿se ha hecho esto ella misma?

Él hace una pausa y me mira.

—No lo sé. Después de que la rechazara, me dio un portazo con la puerta de su habitación. Llamé a la puerta para que abriera.

—¿Por qué no te fuiste sin más?

—Tenía miedo. Por lo que fuera a hacernos ahora que me había negado. ¡Quería que parase! Que nos dejara en paz, ya sabes.

—¿Has hecho esto por nosotros? —pregunto, señalando hacia el balcón.

—¡Te he dicho que no! —grita él—. No la he empujado ni la he tirado por el balcón. Ella cerró la puerta. Cuando la abrí, ya había saltado.

—¡He creído entender que habías dicho que la viste saltar!

—No lo sé. Todo ha pasado muy rápido. Me ha parecido verla en el balcón, gritando antes de saltar. —Sigue dando vueltas por la habitación—. Dios mío, esto tiene muy mala pinta. Deberíamos... irnos sin más.

—¡Qué! —grito—. No podemos irnos así. El hombre del vestíbulo me ha visto y probablemente también te haya visto a ti.

—Esa maldita cámara —dice él—. Nicole tiene una cámara en su propio pasillo.

La imagen del brazo amoratado no se me quita de la cabeza.

—No entiendo la foto que me ha enviado. ¿Cómo ha podido hacerse esto ella sola?

—¡No lo sé! —vuelve a gritar Evan. Me agarra con firmeza—. Nunca quise venir aquí esta noche. ¡Lo he hecho por ti! ¡Por nosotros! Debería haber dicho que no a este estúpido plan.

El sonido de las sirenas está ya más cerca, y oigo que vienen más. Muy pronto, la policía estará aquí. Salgo al balcón y me quedo mirando las luces rojas y azules que parpadean abajo y la multitud, mucho mayor ahora, que rodea la escena.

—¿Qué hacemos? —grita Evan—. ¿Qué hacemos?

Vuelvo al pasillo y veo la cámara que Evan ha mencionado. Está orientada hacia la puerta principal y me mira directamente. Inspiro profundamente, observando la luz roja que parpadea debajo de ella.

CAPÍTULO 31

Estoy sentada en una habitación pequeña con dos corpulentos detectives que me devuelven la mirada, preguntando una y otra vez sobre todo lo ocurrido. Se han presentado cuando he entrado en esta salita, pero soy incapaz de recordarlo. Lo único en lo que puedo pensar es en lo que le ha pasado a Nicole y en lo que eso significa para Evan y para mí.

Evan no está conmigo. Solo puedo suponer que se encuentra en una habitación pequeña similar en algún lugar de la comisaría, frente a detectives parecidos, respondiendo a las mismas preguntas. Me pregunto hasta qué punto habrá sido sincero.

Se lo he contado todo a la policía. Les he relatado cada aspecto que se me ha ocurrido y que me ha conducido hasta esta noche. Les he explicado lo de nuestra mudanza, mi trabajo en Lovely Beauty Supplies. Cómo era Nicole como jefa. Les he hablado del chantaje para que pasara una noche con mi marido.

He dicho que sospecho que Nicole era quien me llamaba por las noches y a veces durante el día, limitándose a respirar al teléfono. Les he hablado de la persona que estaba fuera de mi casa aquella noche y de que creo que Nicole también estaba involucrada en eso.

No estoy segura de si los polis me creen. No estoy segura de qué piensan realmente de nada de lo que les he contado, porque han mantenido sus miradas gélidas durante las últimas horas de interrogatorio.

De vez en cuando he hecho una pausa para asegurarme de que realmente me estaban escuchando, porque no daban ninguna señal sonora. Si alguien me hubiera contado la mitad de lo que he pasado recientemente, me habría quedado boquiabierta, sin aliento ante cada palabra.

Después de relatarles a los detectives lo sucedido hasta mi llegada al apartamento de Nicole, el detective calvo que lleva una camisa de color rojo brillante dice algo por fin.

—¿Odiaba usted a Nicole Barrett? —pregunta.

Le miro con incredulidad. ¿Qué clase de pregunta es esa? Nicole no me cae precisamente bien. ¿Está insinuando algo con su pregunta?

—No me caía bien Nicole —confirmo—. Nos estaba chantajeando a mi marido y a mí. Utilizó el dinero y un ascenso para intentar conseguir lo que quería.

El otro detective, que viste una camisa azul marino con las mangas arremangadas, levanta una ceja. —¿Para conseguir a su marido?

Asiento. —Eso es. Creo que Nicole me contrató porque sabía quién era yo, la mujer de Evan. Lo quería de vuelta en su vida y me utilizó a mí para lograrlo.

—¿Quién podría corroborar esto? —pregunta el detective de la camisa roja.

Me tomo un momento para pensar y calmar mis nervios. —Bueno, no estoy muy segura. —Sin embargo, de pronto caigo en la cuenta—. Leigh. Leigh Olson. Era la asistente ejecutiva de Nicole. Cuando me contrataron, Nicole dijo que fue Leigh quien me encontró en LinkedIn, pero sospecho que no fue así. —Suelto el aire —. Pero la han despedido. Precisamente el otro día. Supongo que ustedes, como detectives, podrían encontrarla.

El detective de la camisa azul asiente. —Investigaremos eso.

El otro oficial se frota la nariz. —¿Ha sido violento su marido en el pasado?

Inspiro profundamente. ¿No solo sospechan de mí por la muerte de Nicole, sino también de Evan?

—No, nunca —respondo.

Los detectives intercambian una mirada. El de la camisa roja vuelve a mirarme. —¿Alguna vez le ha contado algo sobre algún acto violento que pudiera haber cometido?

—No, nunca —repito. Evan me ha dicho que Nicole saltó del balcón, suicidándose. Cierto, a veces es un bocas y tiene mal genio,

pero nunca ha hecho nada más que ladrar. Nunca ha llegado más lejos con nadie. —Mi marido es un buen hombre.

—¿Y en cuanto al empleo? —pregunta el detective de la camisa azul—. ¿A qué se ha dedicado su marido durante los últimos dos años?

Bajo la cabeza. —Ha estado entre trabajos. No es un empleado muy bueno. —Les explico parte de su historial laboral pasado y cómo Evan me dijo que lo dejó. Por un momento me siento culpable al contarles que le dijo a uno de sus jefes que se fuera a la mierda antes de marcharse. No estoy precisamente dando la imagen de un marido inofensivo.

—¿Por qué rompieron su compromiso su marido y Nicole? —pregunta el detective calvo.

Asiento. —Bueno, Evan me dijo que eran personas muy diferentes. Discutían a menudo. —Cuando me doy cuenta de la implicación de mi comentario, me corrijo rápidamente—. Pero eso es lo que pasa cuando las relaciones no marchan bien, por supuesto.

—¿Le informó alguna vez de haber sido violento o intimidante con Nicole? —continúa el detective calvo.

—No —confirmo.

El detective de la camisa azul abre una carpeta sobre la mesa, saca una foto y me muestra el brazo amoratado de Nicole. La foto que ella envió antes de morir.

—Que usted sepa, ¿es esta la primera vez que se muestra violento con una mujer? —pregunta.

—No... no lo sé —admito finalmente.

—Usted recibió este archivo de imagen de la señorita Barrett, ¿verdad? —pregunta.

—Sí —respondo. Miro el brazo enrojecido de Nicole. En la parte superior está el mensaje que me escribió: «¡Esto no formaba parte del trato!».

—¿Qué dijo Evan cuando usted fue al apartamento? —pregunta el hombre de la camisa azul—. Después, cuando se dieron cuenta de que la señorita Barrett estaba muerta, ¿qué se dijo?

—Llamé a la policía de inmediato —miento. No les digo que al principio pensé lo mismo que ellos. Que Evan le había hecho algo.

Los dos detectives intercambian una mirada antes de que el hombre de la camisa azul continúe. —Entonces, ¿él no dijo que deberían abandonar el edificio antes de que apareciera la policía?

—No —digo rápidamente. Los dos vuelven a mirarse.

No necesito leerles la mente para saber que me estoy cavando mi propia fosa. Inmediatamente pienso en la cámara que había en el pasillo. Quizá tenía sonido además de lo que grababa. ¿Podría haber captado lo que Evan y yo habíamos dicho? —Está bien —digo, bajando la cabeza—. Evan sí dijo que deberíamos salir de allí, pero estábamos asustados. Me dijo que él no lo hizo.

—¿No hizo qué? —pregunta el calvo.

Le miro como si fuera tonto. —¡Matar a Nicole! Saltó. ¡Se suicidó por ser la mujer miserable que era! —Los dos detectives se miran entre sí.

Empiezo a pensar que debería haber mantenido la boca cerrada y no haberles contado todo a estos dos polis. Debería haber buscado un abogado. Ahora me miran como si prácticamente hubiera confirmado que fui yo quien empujó a Nicole Barrett desde su balcón.

—Creo que eso es todo lo que necesitamos por esta noche, señora Walker —dice el hombre de la camisa azul. Los dos detectives se levantan y, sin saber qué hacer, me quedo paralizada. Casi espero que me esposen si me levanto de la silla.

—¿Podemos irnos? —pregunto.

El detective de la camisa roja me mira desde arriba. —Podemos organizar que la lleven a casa. ¿Le gustaría?

Asiento. —Gracias. —Vuelvo a inspirar—. ¿Ha terminado Evan de hablar con ustedes también?

Los dos detectives vuelven a cruzarse una mirada antes de que el hombre de la camisa azul hable. —El señor Walker, su marido, ha sido acusado oficialmente del asesinato de Nicole Barrett. —Sus palabras son frías como el hielo.

Siento que el mundo me da vueltas. Es como si la pequeña habitación se estuviera volviendo más pequeña y apenas pudiera respirar.

—¿Lo han arrestado? —logro preguntar finalmente—. ¿Por asesinato?

—Así es, señora Walker —dice el detective calvo de la camisa roja —. No es fácil decirle esto, pero él no volverá a casa con usted. Podemos organizar que la lleven a casa de algún familiar si lo prefiere.

—No tengo familia por aquí —digo, sin aliento. Pienso en Tommy por un momento, pero no me molesto en hablarles de mi cuñado. Todo lo que quiero es que la habitación deje de dar vueltas y que todo tenga sentido—. Él no lo hizo —digo, en defensa de mi marido —. Él no la mató.

—¿Cuánto sabe usted del pasado de su marido? —pregunta el hombre de la camisa azul.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —pregunto—. Por supuesto que conozco el pasado de mi marido.

Frunce los labios y mira a su compañero por un breve instante. — Esta no es la primera vez que mata a alguien.

CAPÍTULO 32

Los inspectores abren la otra sala de interrogatorios y veo a Evan tras una mesa, con los brazos estirados y bostezando. El hombre no parece tener ninguna preocupación en el mundo. He estado a punto de sufrir un ataque al corazón durante las últimas horas mientras Evan está sentado a una mesa, bebiendo un refresco.

No sé quién es la persona que tengo enfrente, pero no parece mi marido. No parece estar tan asustado como yo tras las preguntas que he respondido.

Cuando Evan me ve a mí en vez de a la policía entrando en la sala, se levanta de inmediato. —¡Alice! —dice, confundido—. ¿Qué estás... estás bien?

—¡No! —grito—. Me has estado mintiendo.

—¿Qué?

—¿Mataste a un hombre?

Evan mira alrededor de la sala vacía. —Alice —dice, bajando las manos como si intentara que baje la voz—. No deberíamos hablar de esto aquí. Deberíamos esperar a que intervenga el abogado.

—Mataste a alguien —repito.

—No es lo que piensas.

—Fuiste a prisión por asesinato. ¡Nunca me lo dijiste! ¿Cómo has podido? ¿No crees que habría sido importante decírselo a tu mujer en algún momento de nuestra vida juntos? ¿Ibas a decir algo alguna vez? Tú lo hiciste. ¡Tú mataste a Nicole! ¡Dímelo ahora mismo!

Evan vuelve a mirar alrededor de la sala. —Para, Alice. Están escuchando. ¿No lo sabes? ¿No ves lo que están haciendo?

—¡No me importa lo que esté haciendo la policía! No me importa lo que se esté grabando. Has matado a alguien. —Pienso en Nicole—. ¡A dos personas!

—¡No! —responde él gritando—. Fue un homicidio imprudente. Aquel hombre.

Suspiro con incredulidad. —¿Ni siquiera recuerdas su nombre? ¡Qué psicótico eres!

—Me sé su maldito nombre, Alice —dice con severidad. Cuando se da cuenta de su tono, se calma—. Steve Moore. Por aquel entonces estaba prometido con Nicole. Estábamos en un bar. Ese tipo, me refiero a Steve, estaba borracho y agresivo. No paraba de coquetear con Nicole justo delante de mí. Yo estaba acalorado, pero lo dejé pasar. Tommy también estaba allí. Quería pelearse con él por mí, pero hice que se retirara. Después me quedé al otro lado de la barra. En un momento dado, sin embargo, Nicole volvía con unas bebidas en la mano y Steve le dio un azote en el culo. Ella soltó las bebidas y le gritó. Yo intervine de inmediato. Nos peleamos. Le pegué fuerte. Al caer, se golpeó con el lateral de un taburete. Y...

—Murió —digo, terminando la frase.

—Me arrestaron esa misma noche —dice, respirando hondo—. Me metieron en una sala, como esta. —Mira a su alrededor—. Respondí a cada pregunta que me hicieron los policías. A cada maldita pregunta. —Una lágrima empieza a asomar en su ojo derecho—. Y pasé un año en la cárcel después del juicio. Nicole me dejó casi inmediatamente después de que me arrestaran oficialmente.

Aspiro profundamente. —¿Por qué no me lo dijiste?

—Estaba embarazada —continúa él, bajando la cabeza—. Nicole. No estaba bebiendo, pero quería venir al bar con Tommy y conmigo. Estaba embarazada de cuatro meses. Nunca debí dejar que viniera al bar. No sé en qué estaba pensando. Después de que matara a aquel hombre, esa noche ella abortó.

Evan respira hondo. —Nicole me dejó después de aquello. Fue mi abogado quien me dijo que ella nunca más quería saber nada de mí. No volví a verla hasta que estuve en tu despacho... Después de un año en prisión, quería irme. No podía quedarme en Ontario.

Cuando me fui de Toronto —dice entre respiraciones profundas—, quería dejar todo esto atrás. Lo que pasó con Nicole, Steve... ni siquiera podía mirar a Tommy de la misma forma después de lo que hice. —Me mira fijamente, con las lágrimas rodando ya por sus mejillas—. Maté a aquel hombre. También tenía una hija. Esa niña seguirá adelante para siempre sin su padre por lo que hice. No podía soportarlo. No podía volver a quererme a mí mismo. Me mudé. Y entonces te conocí a ti.

—¡Deberías habérmelo dicho! —grito, golpeándole el hombro —. Merecía saberlo.

—Lo sé —dice él—. Te lo mereces. Ojalá lo hubiera hecho. Pero si te lo hubiera dicho en nuestra primera cita, me habrías dejado. Si te lo hubiera dicho poco después, también lo habrías hecho. ¿Y si estuviéramos prometidos? Habrías cancelado la boda, igual que hizo Nicole. Eres lista, igual que ella lo es... era. —Baja la cabeza—. Me habrías visto como el perdedor que era y también me habrías dejado. No te culparía. Maté a alguien. No hay vuelta atrás de algo así. Todo el mundo te trata diferente cuando se entera. ¿Sabes lo difícil que fue encontrar un trabajo alguna vez?

Le miro, entornando los ojos, atando todos los cabos ahora. —¿Por eso nunca trabajaste?

—Quería ser profesor, como Tommy —suspira—. Ese sueño murió la misma noche en que... —Se interrumpe antes de completar la frase—. Encontré unos cuantos trabajos que me gustaban, pero al final querían que rellenara información, o a veces se enteraban de mi pasado. Y eso era todo. Hora de seguir adelante. El dinero que tenía para los estudios, para ser profesor, era inútil en aquel momento. Pensé que había una forma rápida de convertir ese dinero en un éxito.

—Empezaste a jugar —digo.

Él asiente. —Eso solo empeoró las cosas, mucho peor, pero a veces, cuando estaba en las mesas, ganando, me sentía en la cima del mundo. Pensaba que volvía a tener el control de mi vida. Hasta que se acabó todo el dinero. Y entonces casi te pierdo a ti también.

Bajo la cabeza, intentando comprenderlo todo. Es un exceso de información. Aunque no puedo entender cómo, ahora todo cobra

sentido.

Vuelvo a mirar a mi marido, con mis propias lágrimas cayendo ahora por mi rostro. —No tenías por qué matarla. A Nicole. Podríamos habernos ido. No tenías que matarla por nosotros. Por eso lo hiciste, ¿verdad? ¿Para que nos dejara en paz?

Se detiene un momento, mirando alrededor de la sala. —Deberíamos esperar al abogado.

—¡Dime la verdad! Esta vez, nada de mentiras. ¡Me lo merezco!

Él relaja los hombros y tarda unos instantes antes de responderme. —Yo no maté a Nicole. Lo juro por todo lo que me importa. No te hablé de mi pasado porque no quería que me dejaras. No te hablé del juego porque es de lo que me serví después de matar a aquel hombre para volver a sentirme íntegro. Aunque ahora no puedo evitar que te vayas. —Hace una pausa un momento —. No voy a volver a la cárcel. ¡No puedo! Yo no lo hice.

Sus ojos brillantes se vuelven gélidos.

Se acerca a mí y la puerta de la sala de interrogatorios se abre. Los dos inspectores se plantan frente a mí mientras Evan grita: —¡Yo no lo hice!

CAPÍTULO 33

Seis meses después.

Todo es diferente ahora. Todo.

No solo eso, hoy es la comparecencia de mi marido. Hoy presentará oficialmente su declaración de inocencia por el asesinato de Nicole Barrett.

No había forma de que pudiéramos pagar su fianza para que volviera a casa. No había suficiente valor en nuestra casa para avalarla. Tommy tampoco tenía ese tipo de dinero. No podíamos permitirnos un buen abogado. Tuvimos que aceptar uno de oficio.

Ha pasado mucho tiempo desde aquella noche terrible. La atención mediática finalmente está empezando a calmarse. Es agradable.

Sin embargo, con el comienzo del juicio a la vuelta de la esquina, los reporteros y periodistas volverán en tropel. Entiendo por qué. Es una historia jugosa. Una jefa chantajeando a una empleada para acostarse con su marido. Un marido violento, exconvicto por asesinato, que mata a la jefa de su mujer.

Con la atención que los medios estaban prestando al asesinato de Nicole, los tres éramos ahora famosos.

Evan tenía razón cuando dijo lo difícil que era encontrar trabajo después de haber matado a un hombre. Lo que no se imaginaba, sin embargo, era lo difícil que iba a ser para la esposa de un asesino encontrar trabajo con él todavía en la cárcel a la espera del juicio.

En cuanto entraba en las entrevistas, notaba que sabían quién era inmediatamente. A pesar de que incluso usaba mi apellido de soltera en el currículum, era difícil evitar que la gente supiera qué cara tenía con mi rostro plasmado en los informativos justo al lado de una mujer asesinada y de un marido asesino.

Por supuesto, los entrevistadores no decían nada. Yo seguía adelante con la entrevista, sabiendo que nunca volverían a llamarme.

No podía entrar en una cadena de comida rápida para un puesto de gerencia sin que supieran quién era.

Finalmente encontré trabajo, eso sí, como comercial. Pasé de ser directora de ventas a ser comercial para una pequeña empresa agrícola. Tuve el privilegio de vender el mejor estiércol de Ontario. Literalmente pasé de estar en lo más alto de mi departamento a vender mierda.

A pesar del cambio drástico en mi vida, en realidad disfrutaba del trabajo. Trabajar con granjeros era agradable. Si sabían quién era, no parecía importarles. Todo lo que querían era un buen descuento para su producto.

Aunque era fácil burlarme de mí misma por lo que estaba vendiendo ahora, vendía un buen producto que era importante. Ahora trabajaba fuera de Toronto, lejos de toda la gente urbana y de los problemas de allí.

Mi zona de ventas era enorme. Pude viajar y hablar con muchísima gente. Ver tantos tipos de estilos de vida diferentes. Era agradable. Incluso apacible.

Todo en la ciudad era deprisa, deprisa. Aquí, iba a mi propio ritmo.

También se me daba bien mi trabajo de ventas. El dueño sabía lo que me estaba pasando y, a pesar de ello, nos llevábamos genial. Nunca mencionaba a Evan, a menos que yo le diera alguna novedad sobre su caso. Respetaba mi privacidad.

Ahora vivo con Tommy.

Eso es toda una historia en sí misma. Tommy también era una persona peculiar. Un poco tosco a veces. Podía beber como un cosaco, especialmente durante el verano. Sin embargo, al vivir con él, pude ver un lado diferente de su personalidad.

Era bueno en su trabajo como profesor de gimnasia. Me contaba todas sus historias sobre lo que los niños hacían o decían ese día en el colegio. Era verdaderamente hilarante.

Su novia, Vanessa, era un encanto. Es curioso, hubo un tiempo en que Evan y yo bromeábamos con que no era real. No podía ser más amable. Un hombro en el que apoyarme durante un momento difícil.

Ha venido cada vez más estos últimos meses. Ha llegado al punto en que básicamente vive con nosotros, y estoy agradecida por ello.

Es fácil hablar con ella y ha sido muy cariñosa y empática conmigo por lo que estoy pasando.

Después del arresto, Tommy me ofreció vivir con él, sin pagar alquiler, hasta que pudiera aclararme. Me llevó un mes quedarme en mi casa y enfrentarme a facturas que no podía pagar antes de aceptar su oferta.

No solo eso, sino que terminó las reformas de mi casa de una manera minimalista para que pudiera ponerla en el mercado. Se vendió casi de inmediato y los nuevos propietarios tomaron posesión rápidamente.

Perdimos dinero con la venta, por supuesto. Los honorarios de la inmobiliaria, y prometí devolverle a Tommy lo que me dio para terminar las reformas. Dijo que no me preocupara por eso, pero lo hago. Le debo mucho.

Tommy y su novia me ayudaron a mudarme de la casa a un pequeño dormitorio de invitados que tenía.

Si no fuera por mi cuñado y Vanessa, no creo que hubiera superado estos últimos meses.

Es curioso cómo las personas que menos sospechas que estarán ahí para ti aparecen con más fuerza cuando más las necesitas.

Mi nuevo jefe me ha permitido tomarme media mañana libre para poder venir hoy al juzgado. Tommy, Vanessa y yo estamos sentados en la primera fila.

El abogado de Evan está sentado solo en su mesa, revisando documentos. Es joven. Sin mucha experiencia en los tribunales. No hay mucho que podamos hacer al respecto. Para empeorar las cosas, Evan le está haciendo la vida más difícil al joven abogado.

Durante los últimos meses, nuestro abogado ha estado intentando que mi marido acepte un acuerdo de culpabilidad. El fiscal de la corona ofreció diez años de prisión si Evan se declaraba culpable de asesinar a Nicole.

Él lo rechazó de plano.

Se ha mantenido firme en su historia de que no mató a Nicole, y yo le creo. Cada vez más he revivido lo que pasó esa noche y los eventos que condujeron a ella. La única prueba verdadera que tenía el fiscal era un mensaje de texto de un brazo con moratones que Nicole envió antes de suicidarse.

Eso iba a ser difícil de explicar. Aunque Nicole era exactamente el tipo de persona que incriminaría a Evan antes de suicidarse.

¿El problema? Convencer a otras personas que nunca conocieron a una mujer como Nicole.

Tommy pensaba que su hermano también se enfrentaba a una batalla cuesta arriba. Todos estábamos preocupados por que Evan fuera a juicio.

Podría pasar el resto de su vida en prisión si lo declaraban culpable.

Las puertas se abren y los policías traen a Evan, esposado, y se sienta con su joven abogado.

Evan me mira todo el tiempo. No está sonriendo. ¿Cómo podría? Pero incluso en su silencio, puedo ver lo feliz que está de verme.

Todo lo que quiero es correr hacia él, abrazarlo y decirle que le creo. Decirle que todo saldrá bien, a pesar de no saber si eso es cierto.

Le esbozo una leve sonrisa, mientras una lágrima rueda por mi mejilla.

Tommy levanta la mano. —¡Te quiero, Evan! —Uno de los agentes de policía en la sala le pide que guarde silencio. Tommy, siendo Tommy, lo ignora. —¡Te queremos! —grita de nuevo.

Su novia rodea a Tommy con el brazo y le susurra algo. Tommy asiente y me mira. —Todo va a salir bien —dice—. Evan es un luchador. Superará este.

Suspiro. ¿Este? Refiriéndose a que perdió su último juicio por asesinato. No respondo y, en su lugar, miro a Evan. Él me devuelve

la mirada. Por un momento, parece que solo estamos nosotros dos en la sala hasta que la puerta trasera se abra y el juez entre en la estancia.

El juez se dirige tanto a los abogados como a la sala. —Tengo entendido que se ha llegado a un acuerdo entre ustedes.

El abogado defensor se pone en pie. —Así es, señoría. Nos gustaría seguir adelante con un acuerdo oficial de culpabilidad.

El juez se encara con mi marido. —Señor Evan Walker. Ha sido acusado del asesinato de Nicole Barrett. ¿Cómo se declara?

Evan continúa mirándome mientras deja que la palabra ruede por sus labios. —Culpable. —Baja la cabeza y vuelve a mirarme—. ¡Tuve que hacerlo! —grita—. Tuve que hacerlo.

Tommy se levanta en señal de protesta y empieza a gritarle al abogado de su hermano. Su novia intenta calmarlo, pero no lo consigue.

Yo sigo mirando a Evan. Los dos nos miramos fijamente a los ojos. Sin que él diga las palabras, sé exactamente lo que está pensando.

—Por favor, no me dejes.

Me limpio una lágrima del ojo mientras el juez golpea con su mazo. —¡Ya está bien! —grita, calmando la sala inmediatamente.

CAPÍTULO 34

Conduzco por las carreteras del condado, consultando la lista de direcciones de agricultores que me ha facilitado mi jefe. Intento ceñirme a mi lista de clientes potenciales, ya que han mostrado interés por mi empresa en el pasado, pero a veces acabo ante la puerta de algún establo desconocido.

No lo puedo evitar.

Las ventas son algo que se me ha dado bien por naturaleza siempre. No puedo evitar intentar venderles algo a puerta fría a personas que no tienen ni idea de quién soy. Me he dado cuenta de que incluso con la gente más sencilla, de esa que pone carteles de «Prohibida la venta ambulante», una vez que empiezo a hablar con ellos y a conectar, acaban interesándose por mi producto.

Eso sí, siempre me aseguro de ofrecerles un gran precio de lanzamiento. Es difícil de rechazar, especialmente en una época en la que todo cuesta más.

Hoy estoy a una hora y media de Toronto. Es una zona con apenas una docena de agricultores que han hecho negocios con mi empresa, pero hay algunas oportunidades de hablar con clientes nuevos.

Después de lo que pasó ayer en la lectura de cargos, quiero despejar la mente y no pensar en Evan ni en su inminente condena a prisión. Un viaje largo por carretera y hablar con clientes nuevos es justo lo que necesito.

Cierro una venta y me lleno de energía. Hoy ya he cerrado varias.

Mi plan está funcionando bien.

Después de que la policía se llevara a Evan de la sala del tribunal, Tommy y yo hablamos con su abogado. En el último momento, Evan se lo había pensado mejor y había decidido aceptar el acuerdo de

culpabilidad. Por fin ha reconocido que los riesgos de negarse eran demasiado altos. Había muchas probabilidades de que lo enviaran a la cárcel para el resto de su vida adulta.

Al aceptar un acuerdo de diez años, tiene la oportunidad de salir a tiempo para pasar el resto de su vida conmigo. Podríamos encontrar la felicidad juntos en cualquier vivienda que nos pudiéramos permitir.

Lo más probable es que no haya niños en nuestro futuro. Tendría más de cuarenta años cuando saliera de prisión.

Lo de ser directiva ya quedaba fuera de mi alcance.

Mi vida consistiría para siempre en llamar a las puertas de los agricultores para venderles trastos. El lado positivo de todo esto es que, en realidad, me gusta. Por primera vez en mucho tiempo, no tengo esos sentimientos constantes de duda e inseguridad que me hundían. Me siento en paz profesionalmente, aunque mi vida sea un caos absoluto.

Siempre pensé que necesitaba estar en lo más alto del mundo empresarial para ser alguien. Para sentirme mejor. Para valer algo. ¿Quién hubiera imaginado que por fin encontraría eso con el trabajo que tengo ahora?

Si Evan estuviera aquí, estaría más que encantada de darle un hijo, aunque estuviéramos sin blanca y viviendo con su hermano.

Tommy sigue diciéndome que puedo quedarme con el dormitorio libre todo el tiempo que necesite. Lo quiero por eso, pero no puedo seguir instalada allí.

Los largos trayectos por el condado son demasiado para mí. Me vendría mejor vivir en algún lugar rural ahora. Siempre me he considerado una chica de ciudad, pero hay algo romántico en el hecho de trabajar en pequeñas comunidades y pueblos como estoy haciendo ahora.

A Evan también le habría encantado. Podríamos haber tenido una casa bonita en el campo, con un jardín grande. Un perro grande para ese jardín. Una habitación infantil con un bebé. Habría sido precioso.

Ahora, ese sueño se ha esfumado.

Claro que podría buscar un sitio pequeño para alquilar por aquí, pero no sería con Evan, al menos no en un futuro cercano.

Empiezo a odiar este trayecto tan largo que tengo mientras voy de un lado a otro buscando clientes nuevos. Enciendo la radio, intentando pensar en cualquier otra cosa, cuando algo fuera me llama la atención.

Un cartel rectangular y largo al borde de la carretera me deja, literalmente, con la boca abierta. Detengo el coche en mitad de la solitaria carretera secundaria, mirando por el espejo retrovisor.

Pongo la marcha atrás y retrocedo hasta que vuelvo a ver el cartel.

—Condado de Brooks. La capital del maíz de Canadá.

Al lado hay un símbolo que ya he visto antes. Una mazorca de maíz. Estaba en una foto que vi en el cajón del despacho de Nicole. En ella, ella era más joven.

Ahora estoy en ese pueblo. Avanzo con el coche, mirando a mi alrededor. En aquella foto se veía una granja de color azul claro. Recuerdo que pensé lo extraño que era ver un granero azul, ya que siempre había dado por hecho que la mayoría eran rojos.

Ahora que trabajo con agricultores, he visto graneros de muchos colores y tipos diferentes. La idea de un granero azul ya no me parece tan rara. Sin embargo, en una zona pequeña como el condado de Brooks, no debería ser tan difícil de encontrar.

Suena mi móvil y lo cojo. —Let It Grow, habla Alice. —Por suerte, no tengo que responder al teléfono repitiendo un eslogan estúpido como nos obligaban a hacer en Lovely Beauty Supplies. «Que tenga un día precioso» es lo último que se me pasa por la cabeza ahora cuando recuerdo mi antiguo lugar de trabajo.

—Soy yo —dice Tommy con voz contenida.

—¿Qué pasa? —pregunto sorprendida—. ¿Es por Evan? ¿Está bien?

Tommy no responde al principio, y yo repito la pregunta frenéticamente.

—Sí, él está bien, es que... hay un investigador en el salón de mi casa y quiere hablar contigo.

CAPÍTULO 35

Cuando llego a casa de Tommy, él ya está en la puerta principal con cara de preocupación.

—Está en el salón —dice, señalando hacia atrás—. Ha pedido hablar solo con usted y estaba dispuesto a esperar hasta que llegara a casa.

—¿Quién es? —pregunto.

—Se ha presentado como el investigador Hicks —dice él—. Vanessa y yo estaremos arriba si nos necesita, ¿de acuerdo?

Asiento y entro en casa de Tommy. Echo un vistazo al salón y veo a un hombre mayor y corpulento sentado en el sillón reclinable favorito de Tommy. Se pone de pie cuando entro en la habitación.

—¿La señora Walker? —pregunta. Asiento y él me extiende la mano—. Soy Cormac Hicks.

Le doy la mano. —¿Es usted detective, señor Hicks?

—En una vida anterior, sí —dice con una sonrisa. Hace un chasquido con la boca—. Me jubilé hace unos años. Ahora soy investigador privado.

Por un momento, suspiro aliviada. Me preocupaba qué información compartiría hoy conmigo un oficial de policía. ¿Le había pasado algo a Evan en prisión? ¿Había más pruebas contra mi marido? ¿Estaba mi vida a punto de empeorar de alguna manera?

Creo a mi marido cuando dice que es inocente de la muerte de Nicole. No creo que pudiera soportar más noticias trágicas.

El investigador Hicks sonríe. —Estoy aquí en nombre de la familia Olson. Tengo entendido que usted conocía bien a su hija, Leigh.

—¿A Leigh? —digo confundida—. Bueno, trabajamos juntas durante unas semanas. ¿Pasa algo malo?

—Eso es lo que la familia Olson quiere que investigue. Están muy preocupados por la seguridad de su hija. Lleva desaparecida algún tiempo.

Cojo aire. —¿Desaparecida? ¿Desde cuándo?

—Ha pasado más de seis meses —dice, haciendo otro chasquido con el lateral de la boca—. Se ha presentado una denuncia por desaparición ante la policía de Toronto, pero han cerrado el archivo. Creen que no está desaparecida. Al fin y al cabo, es adulta y puede elegir no decirle a nadie a dónde va o por qué no contacta con sus seres queridos. La preocupación, por supuesto, es por qué no diría a nadie dónde está o por qué se marchó. ¿Mencionó ella alguna vez algo sobre irse de Toronto? ¿Le habló alguna vez de lugares a los que le gustaría mudarse?

Pienso detenidamente en nuestras citas para tomar café y en nuestros encuentros. —No, nada que yo recuerde. ¿Cuándo fue la última vez que alguien la vio?

Saca una libreta de su chaqueta larga. —Esperaba que usted también pudiera ayudar con eso. ¿Es capaz de recordar el último día que la vio?

—Fue en el trabajo, el día antes de que fuera despedida de Lovely Beauty Supplies.

—¿Tuvo algún contacto con ella después de ese día? ¿Mensajes de texto o llamadas suyas, aunque no descolgara el teléfono?

Niego con la cabeza. En aquel momento, no estaba preocupada por Leigh. Nicole nos estaba poniendo a Evan y a mí en la peor de las situaciones. Incluso después de la muerte de Nicole, pensé en ponerme en contacto con Leigh, pero mi vergüenza por lo que había pasado me lo impidió.

—¿Hay algo que pueda compartir conmigo que crea que podría ayudar en mi investigación? —pregunta él.

Niego con la cabeza. —Lamentablemente, no. ¿Sospecha su familia que ha pasado algo terrible? ¿Indicios criminales? ¿Hubo alguna señal de que Leigh no se hubiera mudado?

—Ninguna en absoluto. La última persona que la vio con vida fue un guardia de seguridad nocturno en el edificio donde trabajaba. Informó haberla visto salir con una maleta grande que solía llevar

consigo. Al hablar con otros empleados de Lovely Beauty Supplies, informaron que ella podría haberse ido a Vancouver. Un miembro del personal dijo que Leigh había mencionado que iba a trabajar allí como modelo.

El señor Hicks me entrega una tarjeta de su bolsillo. —Si recuerda cualquier cosa, por favor, llámeme. Su familia está preocupada, como puede imaginar.

Se da la vuelta para irse, pero lo detengo. —¿Por qué... por qué fue despedida? —pregunto.

—Ese es otro misterio. —Vuelve a hacer un chasquido con el lateral de la boca—. Su antigua jefa —dice, midiendo sus palabras—, no dejó constancia del motivo. Solo tenemos un correo electrónico que circuló al día siguiente de su desaparición confirmando que había sido despedida. No pudimos localizar su teléfono móvil, ni su portátil... La maleta grande que llevaba la noche que desapareció no estaba en su casa. Después de ser despedida, se desvaneció.

CAPÍTULO 36

Después del trabajo, iré a visitar a Evan a la cárcel. El horario de visitas es solo hasta las seis. Tendré que terminar mi jornada antes para llegar a tiempo a la prisión. Con las cifras de ventas que estoy logrando, a mi nuevo jefe no le importará que me tome un tiempo extra para ir a verle.

Nunca pensé que me vería en la situación de tener que ausentarme del trabajo para visitar a un marido en la cárcel, pero así es mi vida ahora.

Será la primera vez que lo vea desde que se declaró culpable. Me necesita más que nunca.

A mi nuevo jefe no le importa que me tome tiempo libre. Debo decir que ha sido estupendo trabajar para alguien tan comprensivo como él.

Miro por la ventana mientras conduzco por la carretera comarcal. He oído utilizar el término «el jardín de Dios» para describir la sensación que transmite este lugar. Y es verdad...

Las tierras de cultivo se ven interrumpidas por grandes zonas boscosas.

Me gustaría decir que he vuelto al condado de Brooks solo para disfrutar de su belleza, pero no es así.

La visita del investigador me molestó durante toda la noche. Di vueltas en la cama, pensando en lo que le pasó a Leigh. ¿Cómo puede una mujer joven desvanecerse de esa manera?

Esa noche busqué en las redes sociales, tratando de encontrar cualquier cosa. Por supuesto, lo más probable es que el investigador Hicks ya hubiera hecho lo mismo al principio.

Todo lo que encontré fue un anuncio de desaparición publicado por sus padres en internet. La publicación solo tenía unos pocos

emoticonos tristes y algunos comentarios. Varias personas la habían compartido. Hice clic en los mensajes del anuncio de la persona desaparecida para ver qué había dejado la gente.

—¡Esperamos que la encontréis! —había escrito alguien. —Por favor, mantente a salvo —dijo otra persona. —Mi más sentido pésame —escribió alguien más.

Eso me molestó.

La muerte es permanente. Que alguien esté desaparecido te hará preguntarte por siempre qué le habrá pasado. Si yo fuera madre, sería el peor temor imaginable, el no saber qué le ocurrió a mi hija.

No sé por qué, pero hice clic en el perfil de la madre de Leigh. Tenía la cuenta privada, pero en su perfil había una foto de Leigh cuando era adolescente junto a su madre.

Solo podía imaginar la angustia por la que está pasando su familia.

Fue en mitad de la noche cuando estuve a punto de llamar al investigador. Sin embargo, me pareció una tontería. Un pequeño detalle que no importa. ¿Cómo podría importar?

La noche en que Evan fue al edificio de Nicole, yo estaba en mi despacho en LBS. No podía quedarme en casa pensando en lo que mi marido y Nicole podrían estar haciendo.

Todavía me odio por haber accedido a lo que Nicole quería. Casi parece que fue otra mujer la que permitió que Evan fuera al apartamento de Nicole aquella noche.

Dejo de lado ese pensamiento y pienso en lo que ocurrió en la oficina. En el baño, había una mancha roja.

Podría haber sido cualquier cosa. Pensé que era vino.

Pero, ¿y si fuera sangre?

El investigador dijo que el guardia de seguridad nocturno vio a Leigh salir del edificio. Así que ninguna de mis ideas tiene sentido. ¿Qué más da que hubiera una mancha roja en el baño?

En mi mente, sigo volviendo a la foto de Nicole frente al granero azul. Hoy, mientras conduzco por el condado, no he hecho ni una sola venta. Todo lo que he hecho en todo el día es buscar ese granero azul.

Sé qué aspecto tiene y que tiene el símbolo de una mazorca de maíz. Seguro que puedo encontrarlo.

¿Cómo de grande puede ser un condado?

La respuesta es sorprendente. Es enorme. Esa foto es de hace décadas. Quienquiera que sea el dueño ahora podría haberlo pintado de otro color. He pasado hoy por tantas tierras de cultivo... Podría haberlo hecho sin saber si ha sido reformado o derribado.

Pienso en llamar a la puerta de todas las propiedades de los granjeros. Alguien tiene que conocer a Nicole.

Me odio por dedicar todo mi día a una mujer que murió hace meses. Una mujer que, tras su muerte, tendió una trampa a mi marido por haberle quitado la vida.

Los restos de Nicole que quedaron de su caída fueron incinerados hace mucho tiempo y, aun así, incluso muerta, seguía viviendo en mi cabeza.

Giro en una carretera y paso junto a una zona boscosa. Inspiro profundamente cuando lo veo.

Un viejo granero azul.

A su lado hay una casa de aspecto descuidado. No veo coches ni camionetas aparcados fuera. Ni rastro de vida. Aparco a un lado de la carretera y me quedo mirando el edificio.

CAPÍTULO 37

Nicole

Estar muerta no está tan mal.

Uso una horca para mover el heno por el establo. Una gallina pasa corriendo sobre mi pie y sonrío.

A esa la llamé Helen. Me pareció que las manchas blancas de sus plumas la hacían destacar sobre las demás. Era mi favorita porque no tenía miedo de acercarse a mí. Respetaba su desparpajo.

Aquí fuera no hay canales de noticias ni televisión por cable, para el caso. Mi tía Thelma no tenía televisor. En su lugar, tenía estanterías y más estanterías llenas de libros. Novelas románticas. No es mi género favorito, pero servirá por ahora.

Por lo que he podido comprobar, tampoco hay conexión a internet en ninguna parte por aquí. No se ve ninguna torre de telefonía cerca. Un cinturón de árboles rodea el establo y la casa de mi tía.

Estoy completamente aislada aquí fuera, y me encanta.

Es una vida sencilla, y una que ahora puedo disfrutar. En cierto modo, tengo que pasar desapercibida. No puedo exactamente llevar una vida de alto perfil nunca más, a menos que quiera ir a la cárcel por el resto de ella.

Los delitos de guante blanco que cometí en LBS son una cosa. Después de mis reuniones con los abogados de la empresa, llegué a pensar que aún había una forma de salirme con la mía con el fraude que cometí.

El asesinato es diferente.

Nunca tuve la intención de matar a Leigh. Jamás pensé que fuera capaz de hacer algo así. Sin embargo, en el fragor del momento, lo hice.

Leigh se negó a hacer lo que le pedí. Ya no pensaba seguir a Alice ni a su marido por mí. Dijo que me desenmascararía. Que le diría a Alice en qué andaba metida.

No podía permitir que eso sucediera.

En un arrebato de ira, cogí un pisapapeles grande del escritorio de Leigh. Era uno de los que les regalé a todos los empleados. Impreso en letras negritas en la parte delantera estaba el lema de nuestra empresa: —Que tengas un día estupendo—. Mientras Leigh me desafiaba descaradamente y empezaba a marcharse, corrí hacia ella y la golpeé en la cabeza. Cayó de inmediato.

Me entró el pánico. Empezó a sangrar. Preocupada, la arrastré hasta el baño mientras ella gemía suavemente, hasta que terminé lo que había empezado.

Mientras observaba cómo el charco de sangre de las heridas abiertas en el cráneo de Leigh se vertía sobre las baldosas blancas, me lavé las manos en el lavabo. Fue solo entonces, cuando la adrenalina de mis actos empezó a disiparse, cuando me di cuenta de verdad del lío en el que me había metido.

Pensé mucho. Incluso consideré llamar a la policía. ¿Qué más podía hacer?

No llamé a las autoridades. Afortunadamente, fui más lista que entregarme.

Al salir del baño, y dejar a Leigh, fui al cuarto de la limpieza y cogí un cubo y una fregona. Fue entonces cuando me fijé en la maleta grande de Leigh junto a su escritorio.

Tenía justo el tamaño perfecto para ella.

Me llevó algún tiempo limpiar, pero después de hacerlo, conseguí calmarme de nuevo. Aquella terrible noche no había terminado. Tenía que salir del edificio con el cuerpo de Leigh sin que me pillaran.

¿Pero cómo?

Leigh tenía su bufanda larga y su sombrero en el escritorio. Me puse ambas cosas y recé una rápida oración. Mejor aún, en un cubículo cercano, alguien había dejado una chaqueta larga de color gris. Me la puse y me dirigí al ascensor.

Al salir del edificio, el guardia de seguridad nocturno me saludó y me deseó buenas noches. No me di la vuelta para mirarlo. En su lugar, levanté la mano y saludé mientras las puertas electrónicas se abrían. Habría salido corriendo del edificio si hubiera podido, pero el cadáver de Leigh era pesado de arrastrar, incluso con ruedas en la maleta.

La llevé a mi apartamento, sin saber qué más hacer con un cadáver. Metí la maleta en mi gran vestidor.

La gente no iba a tardar mucho en notar la ausencia de Leigh. Me di cuenta de que mi noche estaba lejos de terminar. Llevando mi disfraz, fui a casa de Leigh. Cogí ropa y la metí en una bolsa de basura. Ya había recuperado su teléfono después de que muriera. Vi su portátil en la cocina y también lo cogí. No se sabía qué información podría haber en él. Podría tener algún documento en alguna parte hablando de lo que la obligué a hacer. Alguna prueba que me señalara.

Cuando regresé a mi apartamento, me duché y me cambié de ropa. A pesar de haber asesinado a alguien, estaba relativamente limpia, por muy asqueada que me sintiese.

Apenas dormí.

En su lugar, planeé qué hacer a continuación. No podía quedarme en mi apartamento mucho más tiempo. Necesitaba irme. Ir a algún lugar donde no pudieran encontrarme.

Pensé en la granja de mi tía. Ella estaba ahora en una residencia. No había nadie en su propiedad. La casa estaba ruinosa, lo sabía. De cuando crecí, sabía que había pocos vecinos por los alrededores.

Podría ser el lugar perfecto para esconderme hasta que pudiera averiguar qué hacer a continuación.

Fui a trabajar al día siguiente para mantener las apariencias. No solo me sentía fatal, sino que mi aspecto también lo era. No estoy segura de haber tenido nunca tan mala cara en el trabajo como aquel día. Me arrepentí incluso de haber ido hasta que la vi a ella.

Alice.

Ver lo angustiada que parecía esa mañana me hizo sentir un poco mejor. Me enfrenté a ella. Casi me río cuando me dijo que Evan iba a ir a mi apartamento esa noche.

Podía dedicar un poco de tiempo extra antes de estar huyendo por el resto de mi vida para una noche más de puro placer sin adulterar.

Evan iba a alegrarme un poco el día.

Salí de la oficina y empecé a prepararme. Primero, conseguí dinero. Luego conduje varias horas hacia el norte hasta la granja de mi tía. Compré suficiente comida que no solo llené su despensa, sino también una gran zona de su sótano con productos no perecederos. Sería comida suficiente para aguantar meses escondida.

Tras dar una vuelta rápida por el condado de Brooks, supe que sería perfecto para mí. El vecino más cercano estaba a diez minutos en coche.

Conduje de vuelta a mi apartamento y me preparé para la llegada de Evan.

Cuando llegó, estaba emocionada por nuestra noche, pero eso cambió rápidamente. Me enfurecí cuando me rechazó. Incluso amenazando con destruir la carrera de su mujer y con una enorme suma de dinero, no quiso estar conmigo.

Todos aquellos años que pasamos juntos. Las muchas veces que fue voluntariamente a un dormitorio conmigo, no significaron nada.

Podríamos haber tenido un hijo juntos si no hubiera matado a aquel hombre. El estrés de aquello me provocó un aborto. Fue culpa suya que nunca tuviera una vida llena de hermosos recuerdos.

En su lugar, lo dejé. Seguí adelante y, mientras mi vida ardía a mi alrededor, lo único en lo que podía pensar era en recuperar a Evan. Una oportunidad más de tener lo que siempre quise. Dejé que mi ambición profesional se interpusiera en lo que pudo haber sido una vida maravillosa.

Solo hizo falta el miedo a ir a la cárcel por fraude para darme cuenta.

Cuando Evan me rechazó esa noche, supe que mi vida se había acabado de verdad. Incluso huyendo, ¿cuán feliz podría ser realmente?

Admito que pensé en saltar de verdad por aquel balcón. ¿Qué sentido tenía seguir? ¿Qué sentido tenía huir? ¿Cuánto tiempo

pasaría antes de que me encontraran y me metieran en la cárcel por mis delitos?

Había asesinado a alguien la noche anterior. ¿Cuánto tiempo me quedaba como mujer libre?

Quería saltar. La verdad es que sí.

Pensé en Alice y Evan siguiendo adelante con su vida después de que yo me suicidara. La idea de su felicidad fue la única razón por la que no salté. Cerré la puerta de mi dormitorio en la cara de Evan. Él se quedó en el pasillo, pidiéndome que abriera para que pudiéramos hablar más.

En lugar de hacer eso, entré en mi vestidor. Miré la maleta con Leigh dentro.

Como ejecutiva, tienes que pensar rápido. Pensar de forma creativa para triunfar. Tienes que ser ingeniosa. También necesitas un poco de suerte.

Cogí un cinturón de mi armario y me lo enrollé en la parte superior del brazo, frotándolo con fuerza tanto como pude hasta que sentí que la piel se abría. Rápidamente cogí mi móvil de la mesilla de noche y saqué una foto de lo que me había hecho en el brazo.

Le envié la foto a Alice, además de un mensaje: —¡Esto no entraba en el trato!—

Volví al vestidor y cogí la maleta, arrastrándola hasta el balcón. Me costó abrir la bolsa y tirar el cuerpo de Leigh por el borde, pero me asombró mi propia fuerza en un momento de crisis. Observé a Leigh mientras su cuerpo caía hacia los puntitos que eran las personas allá abajo. Antes de irme, tiré mi móvil junto con ella.

Oí a Evan abrir la puerta de mi dormitorio y corrí rápidamente fuera de su vista por el balcón, arrastrando la maleta vacía conmigo. Los únicos que viven en el último piso conmigo son los Rumfield, una pareja de ancianos. Nuestras terrazas comparten una barandilla negra.

Salté rápidamente sobre ella y me llevé la maleta. Aún en lencería, me entró el pánico al pasar ante las ventanas de mis vecinos. Afortunadamente, no parecía que estuvieran en casa. Todas las habitaciones estaban oscuras. La puerta de la terraza estaba

cerrada y, por un momento, pensé en saltar del balcón de verdad esta vez.

Estaba atrapada.

Intenté abrir todas las ventanas hasta que encontré una que cedió. Cuando conseguí abrirla del todo, me colé en el apartamento. Una vez dentro, abrí la puerta de la terraza y metí la maleta. La escondí debajo de una cama en una habitación de invitados.

La señora Rumfield también tiene un guardarropa impresionante. No tanto como el mío, pero decente. Caro. Empaqué algo de su ropa más informal y la metí en otra maleta que encontré en su gran vestidor.

Estaba lista para salir del apartamento.

¿Pero cómo llegaría a la granja de mi tía?

No había planeado esto. No había previsto hacer lo que hice con el cuerpo de Leigh. No formaba parte de mi plan incriminar a Evan por mi asesinato.

Eso simplemente ocurrió de forma natural. Me sorprendió lo orgánicamente que mi plan había cuajado todo junto, al menos hasta ahora.

La granja estaba a varias horas de distancia. ¿Cómo podía llegar allí?

Por esto es, por supuesto, por lo que pillan a los asesinos. No planifican las cosas bien. Había tenido suerte hasta ese momento, lo sabía.

Mientras caminaba hacia la puerta principal del apartamento, intentaba que se me ocurrieran ideas, hasta que unos golpes en la puerta me sobresaltaron.

Arrastré los pies en silencio por el suelo y miré al pasillo a través de la mirilla. Alice estaba gritando. Podía verla golpeando frenéticamente mi puerta pasillo abajo.

Evan abrió la puerta de mi apartamento y ella entró. Él cerró la puerta tras ella.

Sonreí para mis adentros mientras observaba el pasillo.

Al dar un paso atrás, vi varios ganchos en la pared. Uno de ellos tenía un par de llaves de coche. Las cogí y salí del

apartamento, y tomé el ascensor directo al aparcamiento subterráneo.

Muevo más heno por el establo, pensando en lo maravillosamente que salió aquella noche.

Claro, no pude tener a Evan una vez más ni arreglar lo que pensé que podría ser una vida hermosa juntos. Cuando me rechazó, supe que eso nunca ocurriría. Después de matar a Leigh, supe que era imposible.

Así que hice lo siguiente mejor. Incriminar a mi ex prometido por mi muerte.

¡Ay, cómo desearía tener una televisión que funcionase! Me encantaría ver los titulares. Me encantaría ver a Evan con las esposas puestas. Su juicio. Me encantaría ver la cara de Alice cuando se dé cuenta de que su vida perfecta está destruida, igual que lo estuvo la mía.

Todo lo que tengo aquí, en medio de la nada, son mis pensamientos de alegría por lo que ha causado mi muerte… y novelas románticas.

Llevar una vida en una granja requirió acostumbrarse un poco.

Después de unos días, empecé a volverme más audaz. Salía de la casa y daba pequeños paseos por el bosque cercano. Un día me encontré con una pareja de unos sesenta y tantos años que hacía senderismo. Eran mis no tan cercanos vecinos.

Mentí y dije que era la nueva dueña de la granja. Sabían que mi tía probablemente vendería la tierra pronto y, afortunadamente, no hicieron demasiadas preguntas.

Eran una pareja maravillosa. Les dije cuánto echaba de menos los huevos frescos de granja. Se ofrecieron a venderme gallinas. Compré cuatro. La única a la que me molesté en poner nombre fue Helen.

Ahora tengo huevos frescos de granja todos los días.

También tenían planeado subastar algunas vacas pronto. Les dije que les pagaría un precio justo por ellas si me traían las dos vacas a mí. Aceptaron. Menos líos para ellos.

Ahora estoy preparando el establo para mis nuevos animales. Me río pensando que pronto podría tener una granja en pleno

funcionamiento, con mis propias cosechas.

Claro que era arriesgado exponerme en público. La pareja de ancianos parecía lo bastante amable, pero bastaría con que uno de ellos viera un titular de las noticias y quizá establecieran una conexión.

Aunque no lo han hecho hasta ahora.

No estoy segura de cuál será el siguiente paso en mi vida. ¿A dónde iré después? Intento tomarme las cosas día a día.

De momento, puedo disfrutar de mi vida sencilla, con mis gallinas y mis vacas. Disfrutaré pensando en la vida urbana de la que huí y en Evan pudriéndose en una celda de la cárcel en alguna parte.

De vez en cuando, oigo pasar coches por la carretera rural. Oigo uno ahora, pero suena diferente. Suena más cerca.

Apoyo la horca contra la pared y miro por la ventanita.

Me quedo literalmente boquiabierta cuando la veo a ella.

Alice Walker está de pie en el porche delantero de mi tía, llamando a la puerta.

CAPÍTULO 38

Alice

Llamo a la puerta principal de la casa. Nadie responde. Espero un momento antes de llamar con más fuerza. Al asomarme por los grandes ventanales de la fachada, no veo muchos indicios de que alguien viva en esta vieja casa. Está bastante descuidada. Una de las ventanas tiene incluso tablones de madera, completando ese aspecto de «aquí no vive nadie».

Cuando miro hacia el interior, junto al sofá, distingo una taza de café y un libro con un hombre semidesnudo en la portada. Parece muy fuera de lugar en una casa donde no hay nadie.

Alguien tiene que estar aquí. La única pregunta es qué haré si ese alguien aparece.

—Hola, absoluto desconocido, pero sé que alguien llamado Nicole Barrett vivió aquí en su momento... hace años.

Parece una frase de apertura ganadora para saludar a alguien a media tarde.

Miro el móvil. No he hecho ni una sola venta hoy ni me he puesto en contacto con nadie para intentarlo. Si mi nuevo jefe pudiera verme ahora, ¿qué pensaría?

Siento la tentación de marcharme. Subirme al coche e irme. Al fin y al cabo, ¿qué sentido tiene estar aquí?

Llamo una última vez, rezando para que quienquiera que esté leyendo ese libro de aspecto erótico esté en casa para hablar conmigo.

No viene nadie.

Un sonido cercano me sobresalta. Ha sonado casi como un golpe contra una lata. Al girar la cabeza, veo el tristemente célebre

cobertizo azul. El mismo ante el que Nicole estaba de pie hace tantos años.

El cobertizo está todavía más ruinoso que la casa.

Una de las puertas del cobertizo está entreabierta. Una pequeña gallina con motas blancas en las plumas sale corriendo. Casi me río ante lo absurdo de la situación.

Había pedido una señal de vida, pero esperaba una con la que pudiera mantener una conversación.

Camino hacia el cobertizo, aminorando el paso al acercarme. Miro por las ventanas, pero no alcanzo a ver nada en el interior. No hay luces encendidas. No hay movimiento. Solo una gallina. Una que, además, se ha escapado. Observo el campo y veo a la gallina corriendo, dándose a la fuga.

—¿Hola? —grito mientras me acerco a las puertas del cobertizo —. ¿Hay alguien ahí? —Me quedo fuera y vuelvo a llamar, pero nadie responde—. Me llamo Alice. Soy comercial. —Por un momento creo oír el crujido de un movimiento en el interior—. Me preguntaba si están contentos con su abono. ¿Satisface su proveedor actual todas sus necesidades?

Pongo los ojos en blanco ante mi propio y terrible discurso de ventas. Por suerte, no me oye nadie, ya que ahora estoy segura de que el cobertizo está vacío.

Por curiosidad, empujo la puerta despacio. Chirría hasta que queda abierta de par en par. Asomo la cabeza y, al igual que antes, no veo a nadie dentro. Sin embargo, veo un gallinero a un lado del cobertizo.

—¿Hola? —llamo. Entro. Veo a alguien moviéndose al otro lado del cobertizo. Me da la espalda—. Perdona si te he asustado —digo con una sonrisa—. Me preguntaba si...

—¡Déjame en paz! —Se gira y veo que es Nicole. Está viva. De pie frente a mí, con una expresión de pura maldad grabada en su perverso rostro. Tiene un machete en la mano.

Lanza un grito mientras corre hacia mí. Por el pánico y la confusión, me quedo mirando cómo mi antigua jefa esprinta hacia mí, con el machete hacia atrás, lista para asestar un golpe.

Grito y corro tras un poste de madera. Nicole descarga el machete, clavándolo con tanta fuerza en la gruesa columna que le cuesta sacarlo. Sin embargo, lo consigue y vuelve a armar el brazo.

—¡Nicole! ¡Para! —grito. Corro hacia la puerta del cobertizo. Ella está justo detrás de mí y siento el aire de su mandoble. El machete me rasga la espalda, atravesando mi camisa y mi piel. Grito de dolor mientras caigo al suelo de tierra. Me arrastro hacia la salida, intentando escapar, pero Nicole se planta frente a mí.

—¿Cómo demonios me has encontrado? —exige saber—. ¿Quién más lo sabe?

Miro a Nicole desde el suelo. Me acecha, sosteniendo el machete frente a su cara con ambas manos apretando con firmeza la empuñadura.

—Un investigador privado —miento—. Él lo sabe. Fue a casa de Tommy a hablar conmigo. —Pienso en la sangre del lavabo de LBS. Pienso en mi amiga desaparecida—. ¡Sabemos que mataste a Leigh! La mataste en la oficina. —A medida que voy uniendo los cabos rápidamente y en voz alta, a Nicole se le va desencajando la mandíbula con cada palabra, y el machete va bajando. Casi lo tiene al costado cuando continúo—. ¡Mataste a Leigh! Fue su cuerpo el que cayó desde tu balcón. ¡Todo el mundo lo sabe! —Apoyada contra una pared cerca de mí hay una horca. Miro rápidamente a Nicole—. No lo sabes, ¿verdad? La policía te está buscando.

Nicole sonríe con suficiencia. —¿Buscándome? —Me doy cuenta de mi error de inmediato. Probablemente sea el último. Así que no saben dónde estoy, ¿verdad? Buen farol, Alice. Pero no me has vendido tu mentira. —Levanta el machete sobre su cabeza, pero antes de que pueda descargarlo sobre mí, le doy una fuerte patada en el lateral de la pierna. Me escabullo hacia la pared, haciendo muecas de dolor con cada movimiento, y agarro la horca.

Sin dudarlo, la estiro hacia Nicole, alcanzándola en el abdomen. Empujo con todas mis fuerzas contra ella mientras grita de terror. Hago pie y me lanzo hacia delante, clavándole las puntas aún más profundamente.

Nicole suelta el machete, gritando a pleno pulmón. Con los ojos muy abiertos, doy un paso atrás y, con toda la fuerza que puedo

reunir, saco la horca de su cuerpo sin apenas resistencia. La sangre tiñe rápidamente su camisa y le resbala por los muslos.

—¡Para, Nicole! —grito, intentando razonar con ella—. No me obligues a matarte.

—Ya estoy muerta. —Se ríe, gimiendo de dolor. Se tambalea hacia mí mientras yo retrocedo unos pasos. Sigue sonriéndome con maldad, solo que esta vez veo un rojo intenso en su boca. Escupe sangre y tose, dando otro paso hacia mí.

Vuelvo a levantar la horca hacia ella. Me mira con los ojos entrecerrados por el dolor, observa la salida del cobertizo y vuelve a mirarme.

—¡Espero que disfrutes de tu vida feliz! —grita—. ¡Con tu guapo marido! Algún día tendrás hijos. Lo tendrás todo, pero... nunca tendrás lo que yo tuve. Nunca serás como yo. Una jefa. Una ejecutiva. Solo serás tú. Alice Walker. Una zorra aburrida. Una don nadie. Nada.

Mantengo la horca levantada hacia ella, lista para volvérsela a clavar en cualquier momento. —Ser nada es mejor que ser cualquier cosa que se parezca a ti.

La sonrisa de Nicole se desvanece y baja la cabeza. Cuando vuelve a mirar hacia arriba, me temo que se lanzará contra mí de nuevo. Un último esfuerzo desesperado por matarme.

En lugar de eso, se da la vuelta y sale corriendo del cobertizo. Bajo la horca, incrédula. Me tomo unos momentos para recuperar el aliento antes de salir lentamente del cobertizo.

A pesar de su herida, Nicole ya está a cierta distancia, corriendo por el campo que hay detrás de la casa. La veo atravesar el prado y adentrarse en una espesa franja de arbustos, desapareciendo en el bosque.

CAPÍTULO 39

Alice
Tres años después

—Solo quiero agradecerle de nuevo por confiar en nosotros —digo por teléfono mientras estoy sentada en mi escritorio—. Significa mucho para mí que confíe en Lovely Beauty Supplies para todas sus necesidades de belleza. —La mujer al otro lado de la línea es, sin duda, una clienta satisfecha y me dice que volverá a llamar pronto para hablar de un pedido mayor para su tienda de productos de belleza el mes que viene. Antes de que termine la llamada, pronuncio rápidamente el lema de nuestra empresa—. Y espero que tenga un día precioso. La mujer me da las gracias de nuevo y cuelga.

Sonrío mientras me quito los auriculares. Me levanto de mi escritorio y observo a la gente que trabaja para mí. El nuevo director de ventas, mi antiguo puesto, nota mi mirada, sonríe y me saluda con la mano. Yo le devuelvo la sonrisa.

Las cosas han cambiado. Vuelvo a mirar mi escritorio. Es el mismo donde solía sentarse Nicole Barrett. Ahora soy la presidenta de LBS.

Todo lo que siempre deseé se ha hecho realidad.

Se me respeta, se me admira. Lovely Beauty Supplies va mucho mejor bajo mi dirección. Nuestras ventas han aumentado un treinta por ciento desde que asumí el cargo.

Me giro y miro hacia fuera a través de las paredes de cristal de mi oficina. La sonrisa que luzco se desvanece pronto cuando no hay nadie allí. Todo el personal se ha esfumado.

Estoy completamente sola. Miro hacia el mostrador de recepción, donde solía sentarse Leigh. Al parpadear, mi padre está sentado allí,

con una mueca cruel en el rostro. Mueve la boca. No necesito oírlo para saber lo que ha dicho.

Niña estúpida.

Mi teléfono móvil vibra sobre la mesa. Lo cojo y, antes de responder, veo que es de un número desconocido.

—¿Diga? —respondo a la llamada. Nadie habla. —¿Quién es? —pregunto con voz aterrorizada.

Esta vez oigo algo. Una respiración. Al principio es leve, pero empieza a acelerarse.

—¿Nicole? —susurro.

—Que tengas un día precioso —grita su voz perversa justo antes de que se corte la comunicación.

Me incorporo en la cama, sin aliento, presa del pánico. Siento el pulso mientras el corazón se me acelera. Miro alrededor de la habitación a oscuras.

Recupero el aliento antes de iniciar una técnica de relajación que aprendí. Se llama 5,4,3,2,1. Nombra cinco cosas que veas, cuatro que oigas, tres que sientas, dos que huelas y una que saborees. Resulta raro hacer el ejercicio, pero ayuda.

Finalmente miro a mi lado en la cama, a Evan. No me atrevo a despertarlo. Me ha dicho que siempre que tenga pesadillas, especialmente con Nicole, se lo haga saber. Me ha dicho que no le importa qué hora sea.

Ha habido innumerables noches en las que se ha quedado a mi lado durante horas hasta que consigo calmarme.

No necesito que Evan me diga que todo irá bien. Sé que así será. Ahora puedo calmarme sola.

Lovely Beauty Supplies es cosa del pasado. Ya no trabajo para ellos y, desde luego, nunca aceptaría ningún puesto allí, ni siquiera el de presidenta.

Después de lo ocurrido, gané una indemnización importante por todo lo que Nicole nos hizo pasar a Evan y a mí.

Fue más que suficiente para encauzar nuestras vidas. Compramos una casa en el campo. A Evan le encanta. A mí me encanta. Es perfecta para nosotros.

Será perfecta para nuestro futuro hijo. Pongo una mano sobre mi vientre que empieza a crecer. Me recuerdo a mí misma la belleza que llevo dentro. Una niña. Lo confirmamos hace unas semanas.

Sigo trabajando para la empresa de abonos y me sigue gustando. No es el trabajo que jamás me habría imaginado haciendo, pero lo disfruto. Y se nota. Los ingresos de la empresa han aumentado desde el día en que empecé. No significa mucho con un equipo tan pequeño, pero el dueño me nombró jefa de ventas.

Incluso ha hablado conmigo sobre comprar participaciones de la empresa para ser copropietaria. No estoy segura de si quiero eso, pero me lo estoy pensando.

Evan también está mucho mejor. Le llevó tiempo averiguar qué quería hacer profesionalmente. Ahora que no tenía que ocultarme su pasado, pudo buscar trabajo abiertamente.

Me sorprendió cuando me dijo que quería empezar su propio negocio de reformas. Supongo que no debería haberme extrañado. Es el trabajo perfecto para él, y puede ser su propio jefe. Tommy le ayuda durante las vacaciones de verano y Evan incluso ha contratado a un chico joven para ayudarle con su creciente negocio.

Evan no ha vuelto a jugar desde que perdió todo nuestro dinero. Fue duro para él. Ahora es sincero conmigo sobre lo que pasa por su cabeza. Yo también le cuento lo que pasa por la mía.

La terapia ayudó. Le llevó tiempo aceptar ir. La única forma de que lo hiciera era si yo hacía lo mismo.

Trastorno de estrés postraumático, me han dicho que tengo. Pensé que después de todo el tiempo transcurrido desde lo del granero sería capaz de dormir mejor.

La terapia también me ha ayudado a mí. Mis pesadillas son mucho menos frecuentes. Se acerca el aniversario del día en que Nicole me atacó con el machete. Fue un día traumático, y mi psicóloga me ha dicho que espere que mi cuerpo reaccione en el aniversario del suceso, aunque en mi mente sepa que esta vez está muerta.

¿Pero lo está?

Su cuerpo nunca fue encontrado.

Después de que se adentrara en el bosque, llamé al 112 inmediatamente. Incluso llamé al investigador privado justo después, mientras esperaba a que llegara la policía.

Me sorprendió que el detective Hicks apareciera casi al mismo tiempo que el primer coche patrulla. Se emprendió una búsqueda masiva. Se utilizaron perros e incluso un helicóptero. A pesar de la búsqueda, Nicole Barrett no fue hallada.

Yo no tenía ni idea de hasta dónde se extendía el bosque. El día que la policía suspendió la búsqueda, tuve miedo. Les exigí que siguieran buscando. Tenían que encontrar su cuerpo.

Las autoridades aceptaron un día más, y ese día sí encontraron algo.

Su ropa. Toda. Tirada entre los arbustos estaba la camisa manchada de sangre que Nicole llevaba el día que me atacó. Encontraron sus pantalones. Todo. El ADN confirmó más tarde con certeza que era la ropa de Nicole.

¿Por qué se arrancaría Nicole la ropa?

Mi mente se aceleró con mil teorías. Debió de encontrar otra ropa. Podría haber encontrado a algún excursionista. Quizá tenían ropa de repuesto que ella robó.

Nicole podría seguir ahí fuera en alguna parte.

Me levanto de la cama y miro hacia fuera, al gran patio trasero, hacia el bosque que hay detrás. Siento que el pulso se me acelera, preguntándome si Nicole me está vigilando en este preciso momento. Cojo el móvil y lo miro.

En cualquier momento siento que podría iluminarse con una llamada de un número desconocido intentando localizarme.

Nicole, respirando al otro lado, queriendo hacerme saber que sigue ahí fuera. Sin embargo, nunca ha ocurrido en la vida real, sino solo en mis pesadillas.

La policía tiene teorías distintas. Un médico examinó la camisa y los pantalones ensangrentados y concluyó que era imposible que Nicole hubiera sobrevivido.

¿Entonces por qué se arrancó de repente la ropa y corrió desnuda hacia el bosque?

La policía también tenía teorías para eso. No es inusual que alguien se desvista cuando padece hipotermia. Hay muchos relatos de excursionistas perdidos que mueren por congelamiento y que, cuando sus cuerpos son finalmente descubiertos, están completamente desnudos. El cerebro hace creer a esas personas que están sufriendo un golpe de calor cuando su cuerpo ha perdido casi todo el calor.

La mente es algo muy potente, algo que he aprendido tras mi diagnóstico de TEPT.

Me recuerdo a mí misma que Nicole Barrett está muerta. La policía ha cerrado la búsqueda de su cuerpo. Su cadáver está en alguna parte ahí fuera en el bosque, esperando a ser descubierto.

Lo sé. Espero que sea verdad. Eso no impide que mi mente me juegue malas pasadas. No detiene las pesadillas. No estoy segura de si terminarán algún día.

No hasta que encuentren su cuerpo.

Hasta entonces, por mucho que me diga que está muerta, no podré estar completamente en paz. Seguiré sobresaltándome cuando suene el móvil. Sudaré si recibo una llamada de un número desconocido y, a veces, incluso seré incapaz de descolgar.

Ya se creyó que Nicole estaba muerta una vez, pero no era así. ¿Qué probabilidades hay de que esté viva ahora? ¿Qué posibilidades hay de que alguien pueda ser declarado muerto dos veces?

Intento calmarme, volviendo a mirar a Evan acurrucado entre las sábanas, profundamente dormido. Pongo de nuevo una mano sobre mi vientre y rezo para ser capaz de volver a dormir.

Vuelvo a levantar el teléfono y me quedo mirando la pantalla negra, esperando a que se ilumine con una llamada.

EPÍLOGO

Sarah Penske

—¡Sarah! —me grita James en la oscuridad. Es difícil oírle por encima de la lluvia torrencial que cae en el bosque que nos rodea. Tiemblo de frío mientras el agua me golpea el cuerpo.

—Estoy aquí —respondo a mi novio en la oscuridad. Está casi todo en penumbra. Apenas puedo ver lo que tengo delante.

—¡He encontrado una cueva! —grita él.

Mi cuerpo se sacude mientras camino hacia su voz, intentando no tropezar con los arbustos y la hierba alta bajo mis pies.

Jamás habría pensado que mi vida podría llegar a un final tan repentino, a los veinticinco años, solo porque acepté ir a una estúpida caminata con mi novio.

James me convenció para salirnos del sendero. Ese fue el error número uno.

Quería caminar unas cuantas horas para llevarme a esa preciosa cascada de la que siempre me hablaba. De niño, se pasaba todo el tiempo en estos bosques. Era uno de sus lugares favoritos para hacer senderismo en su infancia. Dijo que conocía un atajo para llegar a los saltos de agua. Ese fue el error número dos.

He perdido la cuenta de los errores que siguieron. Aceptar caminar por una zona sin cobertura de móvil fue otro. No decirle a nadie a dónde íbamos fue aún peor. Han pasado casi dieciocho horas desde que empezamos y no tenemos ni idea de dónde estamos.

Con la lluvia golpeándonos y sin estar preparados para el duro clima otoñal, ¿cuánto tiempo más podremos aguantar?

¿Quién nos encontrará? ¿Nos encontrarán?

Nos vamos a morir de frío aquí fuera. Solo es cuestión de tiempo.

James me coge de la mano. —Todo saldrá bien, Sarah —me dice. Pero sus palabras no me sirven de consuelo. Es su maldita culpa que esté metida en este lío. Fui lo bastante tonta como para aceptar esta caminata. Tenía la loca idea de que me pediría matrimonio delante de la cascada.

Hemos estado hablando de casarnos cada vez más, y hoy pensaba que por fin me iba a demostrar que hablaba en serio.

Me frota los costados con las manos, intentando calentarme. —Date prisa —dice—. Estaremos mejor en la cueva. —Me ayuda a subir con fuerza por una colina y finalmente veo la abertura.

Una vez dentro de la cueva, me estremezco aún más. Pensaba que al dejar de llover me sentiría mejor al instante, pero casi tengo más frío.

James está tan empapado como yo, temblando en la cueva. Me abraza con fuerza e intenta calentar mi cuerpo con el suyo. Titiritamos juntos en la oscuridad mientras miro a mi alrededor.

—¿Y si hay osos? —pregunto.

Le castañetean los dientes mientras se ríe. —¿De cuántos avistamientos de osos has oído hablar en esta parte de Ontario? No pasará nada. —Busca en los bolsillos de sus vaqueros mojados y saca el mechero. Lo acciona hasta que, por suerte, prende con una pequeña llama.

—Solo tengo que encontrar algunas ramas secas —dice, agitando el mechero a nuestro alrededor—. Podemos hacer una hoguera. Quitarnos la ropa mojada.

—Nos vamos a morir aquí fuera —digo, incapaz de saber si la humedad que rodea mis ojos es por la lluvia fría o por las lágrimas.

—No —dice para tranquilizarme—. No, vamos a estar bien. Recordaremos esto dentro de unos años y nos reiremos de lo terrible que fue.

Suspiro, con ganas de gritarle, pero reprimo mi rabia. ¿De qué sirve estar enfadada ahora? Nos necesitamos el uno al otro, sobre todo si pensamos sobrevivir. Espero que tenga razón. Espero que algún día recordemos lo de hoy y nos riamos de lo cerca de la muerte que creíamos estar. Quizá esto incluso nos una más como pareja.

Eso será después de que lo mate por ser tan estúpido.

Me suelta y empieza a adentrarse en la cueva. —¡James! —grito.

—No pasa nada —dice—. Quédate ahí. Vuelvo enseguida.

Tiemblo de forma incontrolada mientras le veo desaparecer en la oscuridad, solo pudiendo adivinar dónde está por el tenue resplandor del mechero.

Por miedo, me entran ganas de gritarle que deje de usarlo. Podría gastar todo el combustible antes de que hagamos fuego. Si eso ocurre, no sobreviviremos a la noche.

Antes de que pueda decírselo, James grita: —¡Oh, Dios!

—¿Qué? —James no responde. Camino hacia la llama. —James, ¿qué pasa?

—¡No! No vengas aquí.

—¿Por qué? —grito, confundida, intentando calentarme con mis propias manos. En la penumbra, veo a James al lado de algo grande —. ¿Qué es eso? ¿Un animal muerto? ¿Un oso muerto?

Al ponerme al lado de James y ver lo que ha encontrado, le agarro la mano con fuerza, conteniendo el aliento.

Frente a nosotros, apoyados contra la roca, están los restos óseos de una persona. Quedan trozos de carne seca en algunos de los huesos, recordándome que en algún momento fue un ser humano. Es su destino, un recordatorio de lo que seguramente será el mío.

—Mira —dice James, alzando el mechero hacia la roca, por encima de los restos.

Grabada en la roca hay una frase.

—Que tengas un día maravilloso.

◆ ◆ ◆

Nota de la autora:

Espero de todo corazón que hayas disfrutado de la lectura de mi historia tanto como yo disfruté creándola. Como autora independiente, lo único que me importa es lo que pienses de mi libro. Si te ha gustado mi historia, te agradecería mucho que te tomaras un momento para dejar tu reseña en la tienda de Amazon. Significaría muchísimo para mí.

Gracias por leer, y espero que me acompañes la próxima vez.

James

Ahora, por favor, disfrute de una muestra de mi historia MI MARIDO ES ESCRITOR:

PRÓLOGO

Entrada de diario

Es un mentiroso y un manipulador. Es engañoso e insensible. No es quien yo creía que era.

Es mi marido. Y esta es mi historia. Como dice el título de la portada de nuestro álbum de boda, que está acumulando polvo en nuestro armario: «Esta es nuestra historia de amor».

Más bien es una pesadilla, y estoy atrapada con él en este sueño terrible.

Es el peor tipo de mentiroso porque se le da bien. Utiliza la verdad para revestir sus mentiras. Esos son los mejores engaños, los que emplean verdades a medias acompañadas de mentiras exageradas. Justo cuando eres víctima de otro de sus engaños, te quitan la alfombra de debajo de los pies y te das cuenta de que te han tomado el pelo.

No debería sorprenderme su maestría para la mentira. Se gana la vida con ello. Mi marido, el otrora famoso autor Stephen Dyer, vive en un mundo de ficción. Crea mentiras cada día que se sienta ante su teclado.

¿Cómo podía esperar que no hiciera lo mismo con su vida real? Desde el momento en que lo conocí, me mintió. Me transmitió ideas grandiosas sobre cómo era su mundo. Cuando me pidió salir por primera vez y me invitó a formar parte de su vida ficticia, acepté encantada. Poco a poco, la realidad que me presentaba se fue desmoronando, pieza a pieza. Solo cuando las mentiras quedaron al

descubierto comprendí por fin quién era realmente Stephen Dyer, y no era ninguna de las mentiras que me había contado.

Mi marido es un monstruo.

Esta es mi historia. Perdón, «nuestra historia de amor».

Soy una ilusa que adora los finales felices. Sé que mi historia no tiene uno de esos.

CONTINÚA LEYENDO AHORA